

El modelo argentino / Debate sobre la unidad de los partidos socialistas /
Desafíos y posibilidades del socialismo democrático / El Hogar Obrero: crisis y perspectivas /
Encuesta: La crisis del sistema universitario argentino /
Entrevista a Luis Moreno Ocampo / Venezuela: cuando lo impensable es real /
El futuro de la socialdemocracia en América Latina / El tiempo de la sociedad

Documentos/Separatas: La Iniciativa de Estocolmo sobre Seguridad Global y Gobernabilidad

Machi, Estévez Boero, Jaimovich, Bravo, Laporta, Portantiero, Tula, Polino, Coronato Montes de
Oca, Gadano, Shuberoff, Krotsch, Yanes, Teixidó, Pedroso, Leiras, Chejfec, Paramio, Ortiz, Adrogué,
Veca, Ricoeur, Rocard, Puricelli Yañez, Bosoer, E. Semán, Franzé

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan C. Portantiero y Jorge Tula

Nº 32, abril '92 \$ 5.-



EN ESTE NÚMERO

Demandas para socialistas

En un número con variados núcleos de interés, la sección Política presenta quizá el segmento más denso. En un debate que incluye a cuatro de los más destacados dirigentes de la Unidad Socialista y a los directores de *La Ciudad Futura*, se analizan -no siempre con miradas únicas- los problemas por los que atraviesa el proyecto de unificación de los partidos que la integran y el rol reservado en ese proceso a los socialistas sin partido. El tema ha merecido, además, el complemento de un artículo de Tula. *Desafíos y posibilidades del socialismo democrático*. Allí se abordan, por un lado, el escenario que abren las profundas transformaciones de este conmoviente fin de siglo y, por otro, la posibilidad de que la propuesta de fusión de ambos partidos se articule bajo el concepto de equidad social que define John Rawls a propósito de la refundación de un sistema de reglas. También en relación con la idea de reconstruir los valores del socialismo y su capacidad renovadora ante los problemas de la época - con la crisis de los modelos socialistas de este y los grandes cambios económicos, políticos e ideológicos que se experimentan por todo el planeta - se enlaza el diálogo Paul Ricoeur/Michel Rocard, que ocupa el lugar del Ensayo. Próximo a estas reflexiones, el artículo de la Contrapunto, *El tiempo de la sociedad*, recoge la síntesis de una reciente ponencia de Portantiero. Y en el mismo registro, nuestro Editorial incrusta en el debate sobre la reconstrucción del mercado y la sociedad.

Otro núcleo duro de esta edición se ubica en la sección Universidad, donde tres protagonistas, el Rector de la UBA, el Decano de Filosofía y Letras y el Secretario de Posgrado de Ciencias Sociales, responden a un cuestionario sobre

los más acuciantes problemas del área, dando comienzo a la encuesta que durante este año llevará a cabo LCF. Lucrecia Teixidó interviene -por fuera de la encuesta- y reclama de decanos y rectores, y también de la Franja Morada, una reacción acorde con sus responsabilidades. No lo que se refiere a política internacional se encaran algunos de los temas de mayor actualidad. Sergio Chejfec, Jefe de Redacción de *Nueva Sociedad*, nos ha enviado desde Caracas un artículo sobre el intento golpista del 4 de febrero, describiendo el escenario previo y la frágil situación institucional consecuente. En *La era de la incertidumbre* Guillermo Ortiz analiza el desarrollo de la reunión del Consejo de la Internacional Socialista llevada a cabo en Santiago de Chile, mientras Adrogé se refiere a los olvidados requerimientos que la inminente constitución del Mercosur está planteando a la izquierda del Cono Sur. Y otras dos intervenciones, breves, pero llenas de actualidad: ante las debilidades del modelo neoeservador de crecimiento, Paramo escribe sobre *El futuro de la socialdemocracia en América Latina*, por su parte, Salvatore Veca lanza un SOS antirracista con su nota *Un fantasma ataca a Europa: se llama tribalismo*.

En esta edición se presenta nuevamente la sección Entrevista. El personaje elegido fue Luis Moreno Ocampo, uno de las figuras más prestigiosas y seguramente más interesantes en el ámbito del Poder Judicial. Seirra y Pedross conversaron con él sobre su crítica visión sobre la justicia argentina, la corrupción generalizada que corre nuestra sociedad y la imposibilidad de combatirla desde dentro del propio sistema jurídico, el balance de su gestión y sus proyectos en la hora

de que -para sorpresa de todos- abandona la Fiscalía.

En *Acción Positiva: justicia, necesidad o discriminación?* Zita Montes de Oca echó una "mirada-mujer" sobre la controvertida ley que establece un cupo mínimo para la participación femenina en las listas electorales, y señala que los objetivos que le dieron origen están lejos de ser cumplidos. Un tema que en su momento generó el desconcierto y aún sigue sembrando interrogantes sin respuesta es el de la crisis de la casi centenaria cooperativa El Hogar Obrero, tan estrechamente ligada a las mejores tradiciones del socialismo argentino. Héctor Polino, conceder como pocos de la problemática del cooperativismo, ensaya una explicación de las causas del problema y diseña caminos de salida.

Libros acerca un extenso anticipo de un trabajo de próxima edición de J. Franzé. *El concepto de política en Juan B. Justo*. Leiras comenta, con respeto pero sin demasiada simpatía, *El asedio a la modernidad*, de J. J. Sebrelli, y algo similar ocurre con la nota de E. Semán sobre *Cuéntame tu vida*, de J. Baldó. Lo estrictamente político es tomado por Bosser, que comenta *La sociedad despolitizada*, de N. Tenzer, y por Gabriel Puricelli Yañez, quien se hizo cargo de *El golpe de agosto*, el testimonial trabajo de Gorbachov.

Las ilustraciones son de Saul Steinberg, sobre quien Machi ha trazado unos inteligentes lineas.

Por último, una aclaración: no incluimos en este número ninguna referencia al atentado de que fue objeto la embajada de Israel, pues el mismo se produjo cuando esta edición estaba ya en prensa. En la próxima trataremos de abordar el tema.

La Ciudad Futura

Steinberg

Carlos Machi

El verbo epouon, siguiendo la etimología propuesta por Joseph Moreau, significa interrogar. Si trazamos una línea imaginaria desde la definición original, saliendo deliberadamente las connotaciones que la palabra ironía ha ido adquiriendo desde entonces, no dudaremos en obsequiar a Saul Steinberg con esta cualidad propia de un buen humorista. Su estilo encuentra el rasgo humorístico en las grietas de un costumbrismo gentil, proponiendo un arte del absurdo suavizado sólo por la melancolía. En la obra de Steinberg cobra sentido la frase de Falstaff en Enrique IV cuando habla de *a jest with a sad brow*, una broma con aires tristes: él busca la complicidad del espectador con un tempero moderado y taciturno, ajeno a la risa brutal de los bufones masmediáticos.

Esta retórica exige, es cierto, una hipótesis especial en el público: o, en todo caso, un público con una disposición especial. "Un hombre resbala en una cáscara de banana delante de diez personas: si él se ríe, es una muestra de buen humor. Diez personas resbalan en diez cáscaras de banana delante de un hombre: si éste se ríe, comete una imprudencia." En esta cita de R. Escarpit se resume la delicada mecánica de la ironía.

Saul Steinberg, su nombre verdadero es Saul Jakobson, nació en Rámniv -Sráz, Rumania, el año 1914. Estudió Sociología y Psicología en la Universidad de Bucarest y más tarde, en Italia, realizó estudios en la Facultad de Arquitectura del Politécnico de Milán. Durante su estancia en este país publica sus primeros dibujos en la revista *Bertoldo*. En 1940 visita los Estados Unidos y sus obras aparecen en *Harper's Bazaar* y la revista *Life*, relacionándose luego con Harold Ross y James Greaghy, editor y director de esta respectivamente, de la revista *The New Yorker*. Después de un corto periodo en la República Dominicana, consigue la visa e ingresa a los EE.UU. en 1942. Tiene una serie de perennanopropios de la ficción, es enrolado accidentalmente en la marina, asignado a una unidad de inteligencia naval especializada en explosivos y en operar en sucesivas misiones a China, África del Norte, India y Europa. De estas experiencias de viajero provinciano gran parte de sus primeros dibujos, en donde la fidelidad no logra velar la peculiar mirada de un humorista. Recordamos entonces lo dicho por Congreve: "Fólan las personas de ingenio no son humoristas, pero todos los humoristas son personas de ingenio".

EDITORIAL

Hace poco más de un mes y en medio de la algarabía que le causara su viaje por Europa, el presidente Menem anticipó a un periodista que un "modelo argentino" de organización económica y social había adquirido crédito internacional. Insinuó que en países como Francia o Bélgica había autoridades dispuestas a tomarlo como ejemplo y adoptarlo para resolver sus problemas. Agregó, por fin, "sin soberbia pero con orgullo" que los líderes europeos ya no hablan del modelo alemán sino del modelo argentino.

Más allá de la ingenuidad que puedan traslucir esas palabras, ellas impulsaron la instalación de un debate interesante sobre el proceso argentino en el que han participado incluso especialistas extranjeros. ¿Puede hablarse de alguna particularidad nacional que destaque al plan de estabilización en curso? En resumidas cuentas: ¿existió un modelo argentino?

Una primera respuesta debe necesariamente moderar nuestro patriotismo. En verdad, en el país estamos aplicando con estricto rigor fórmulas que para el Este y el Sur ofrecen los grandes poderes económicos internacionales y específicamente el gran auditor de ellos, el Fondo Monetario Internacional. Recetas que tienden a desmantelar las anteriores etapas estatistas que, con grados diversos, aplicaron los desarrollismos nacional-populistas y los socialismos reales. Una ola uniforme, en fin, que se extiende desde el Oeste al Este y desde el Norte al Sur.

Dicha ola parte de un supuesto que para nuestros países alcanza el valor de una advertencia: recuperar la que ha sido llamada la "verdad económica" esto es, aceptar la necesidad de un ajuste a las nuevas condiciones del mercado mundial tal cual se está reconstruyendo, económica y geopolíticamente, como salida de la crisis. Dicha "verdad" se instala, a su vez, sobre un eje central: el replanteo de las relaciones entre estado y mercado. Hasta Castiglioni, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julián Gadano, Miguel Ángel García, Julio Godio, Marcelo Leiras, Antonio Miramón, Guillermo Ortiz, Gerardo Pedross, Ernesto Semán, Pablo Semán.

Comité Asesor: Emilio de Ipola, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreiner, Marcelo Losada, Ricardo Nadelman, Juan Pablo Renzi, Oscar Terán.

Maqueta original: Juan Pablo Renzi
Servicio de Ilustración: Laura Rey.
La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo Nº 177, Sucursal 12, (1412), Buenos Aires.
Composición e impresión: Gráfica Integral. Abstracción 1955, Cap. Fed. Distribución en kioscos del interior: Distribuidora Rio IV, California 2587, Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinfín, Saavedra 710, Cap. Federal.

Nº de Registro de la Propiedad Intelectual: 192675.
Suscripción anual: Argentina, u\$s 40.-Exterior: u\$s 60.- Bibliotecas e instituciones: u\$s 80.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

El modelo argentino



sobre distintos modos de esa articulación. Hay un modelo que podríamos llamar "ortodoxo" de ajuste y reconversión, cuyos paradigmas fueron el "hatcherismo" y el "reaganismo" en Gran Bretaña y los Estados Unidos. Poco tuvieron que ver con la forma de regulación entre estado y mercado aplicada en Alemania o Japón, por no mencionar, además, los casos conocidos de los "tigres asiáticos" y, por supuesto, los países escandinavos. Examinados los distintos ejemplos, todos los especialistas coinciden que quienes peores resultados tuvieron -económica y socialmente- fueron Estados Unidos y Gran Bretaña. Y lo que fue falló en ambos casos fue la ilusión de que,

replegado el estado, "achicado" en sus funciones, el mercado podía ocupar el papel de organizador de la sociedad. Los dos economías muestran hoy los graves problemas generados por esa fantasía.

No parece erróneo pensar, a esta altura, que el "modelo argentino" propugnado por Menem se parece bastante al de Thatcher y Reagan, pero con agravantes. De entre todas las alternativas ofrecidas se eligió la más simplista: esa es, en todo caso, nuestra originalidad.

En la búsqueda de fórmulas para el ajuste, el gobierno fue optando, en tres años,

caminos sucesivos. El primero con Bunge & Born, el segundo con Ermán González, el tercero con Cavallo. Los dos iniciales fueron derrumbados por los amagos de la hiperinflación; el último, mucho más serio y creativo, se topó en el verano con dificultades imprevistas. Nada está así garantizado ni siquiera en el orden macroeconómico de la estabilización. Pero el tema puntual -por que no apostamos al fracaso- no es la estabilización sino lo que debe seguirle. Y es allí donde el "modelo argentino" muestra sus debilidades y también sus agravantes.

La corrupción, por un lado, y el desorden (llamémoslo así) político integran los últimos. ¿Podrá evitarnos nuestro modelo? No parece fácil porque están en la misma substancia de este régimen, en su estilo, en su forma de hacer y entender la política. Estos son, sumariamente, sus agravantes.

¿Cuáles sus debilidades?

El tema que nos surge es el de las relaciones entre estado, mercado y sociedad en los procesos de reconversión, recurrente tema, tan inevitable como la necesidad de una adaptación a la verdad económica para discurrir éxitos o fracasos. Porque la integración con el mundo implica también estabilidad democrática de las instituciones políticas y ello, en sí, orlos procesos de reestructuración, no es sólo -valga la redundancia- un problema institucional. El caso venezolano nos muestra que también es un problema social.

El mínimo de democracia requerido también un mínimo de equidad: no dura mucho la democracia política bajo el "apartheid" social. El "modelo argentino" parece ciego ante esta verdad. La gobernabilidad de estos procesos de transición se rinde frente a la ineficiencia y la corrupción pero también frente a la injusticia, que puede llevar al caos o a la descomposición.

De estos riesgos no nos salvará el mercado sino la intervención del estado y sobre todo de la sociedad. Touraine ha recordado una frase de Jacques Attali según la cual un mercado sin estado se vuelve un mercado negro. Es tiempo que en el debate esto quede claro: si un deber es reconstruir el estado, otro, simultáneo, es reconstruir al mercado y a la sociedad.

No hay otra plataforma posible para la izquierda democrática. Un verdadero modelo argentino, regional, latinoamericano, pensando desde el Sur, deberá rechazar todo intento fantástico de retorno al pasado -y aquí es donde la verdad económica se torna inevitable- para poder construir, desde la política, una verdad social que reconte la modernidad con la participación y con la lucha contra la desigualdad. Tal el desafío frente a un estado que no puede volver y a un mercado que no puede reinar sin contrapesos.

La Ciudad Futura

Sumario

- 2 La Ciudad Futura: Demandas para socialistas
 - 2 Carlos Machi: Steinberg
 - 3 La Ciudad Futura: El modelo argentino
-
- Política
- 4 G. Estévez Boero, E. Jaimovich, A. Bravo, N. Laporta, J. C. Portantiero y J. Tula: Debate sobre la unidad de los partidos socialistas
 - 8 Jorge Tula: Desafíos y posibilidades del socialismo democrático
 - 10 Héctor Polino: El Hogar Obrero: razones de su crisis y perspectivas
 - 11 Zita Coronato Montes de Oca: Acción positiva: ¿justicia, necesidad o discriminación?
-
- Universidad
- 12 Julián Gadano: Encuesta I - La crisis del sistema universitario argentino. Responden O. J. Shu-

- beroff, L. Yanes y P. Krotsch
 - 15 Lucrecia Teixidó: Universidad nacional o Albergue Wernes
-
- Entrevista
- 16 Osvaldo Pedross/Marcelo Leiras: La Argentina, en el Idi Aritia y Suecia. Conversación con Luis Moreno Ocampo
-
- Internacional
- 18 Sergio Chejfec: Venezuela: cuando lo impensable es real
 - 19 Ludolfo Paramo: El futuro de la socialdemocracia en América Latina
 - 20 Guillermo Ortiz: La era de la incertidumbre
 - 21 Gerardo Adrogé: La izquierda y la integración
 - 22 Salvatore Veca: Un fantasma ataca a Europa: se llama tribalismo

- Ensayo
- 23 P. Ricoeur/M. Rocard: Justicia y mercado
-
- Libros
- 24 Gabriel Puricelli Yañez: Historia apresurada (Mijail Gorbachov, El golpe de agosto)
 - 25 Fabián Bosser: Para salir de la impotencia política (Nicolás Tenzer, La sociedad despolitizada)
 - 26 Marcelo Leiras: ¿La hora de los fantasmas? (Juan José Sebrelli, El asedio a la modernidad)
 - 27 Ernesto Semán: Historia de una profesión liberal (Gorge Balán, Cuéntame tu vida)
 - 30 Javier Franzé: Leyes históricas y sujeto político en Juan B. Justo (Anticipo de su libro El Concepto de política en Juan B. Justo)
 - 32 Juan Carlos Portantiero: El tiempo de la sociedad

La Ciudad Futura

B. Mue 2094 - Tel. (1039) Tel. 953-1581

Dirección: José Arión, Juan Carlos Portantiero, Jorge Tula.
Consejo de Redacción: Gerardo Adrogé, Javier Arizaga, Fabián Bosser, Franco Castiglioni, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julián Gadano, Miguel Ángel García, Julio Godio, Marcelo Leiras, Antonio Miramón, Guillermo Ortiz, Gerardo Pedross, Ernesto Semán, Pablo Semán.
Comité Asesor: Emilio de Ipola, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreiner, Marcelo Losada, Ricardo Nadelman, Juan Pablo Renzi, Oscar Terán.
Maqueta original: Juan Pablo Renzi
Servicio de Ilustración: Laura Rey.
La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo Nº 177, Sucursal 12, (1412), Buenos Aires.
Composición e impresión: Gráfica Integral. Abstracción 1955, Cap. Fed. Distribución en kioscos del interior: Distribuidora Rio IV, California 2587, Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinfín, Saavedra 710, Cap. Federal.
Nº de Registro de la Propiedad Intelectual: 192675.
Suscripción anual: Argentina, u\$s 40.-Exterior: u\$s 60.- Bibliotecas e instituciones: u\$s 80.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

POLÍTICA

Debate sobre la unidad de los partidos socialistas

Una reunión con los representantes de los partidos Socialista Democrático y Socialista Popular se llevó a cabo en la redacción de *La Ciudad Futura*, el 11 de marzo. Esta es una síntesis de las opiniones allí vertidas.

J. Tula: Esta es una vieja idea de *La Ciudad Futura*. En sus cinco años de vida la revista ha expresado reiteradamente que uno de sus objetivos centrales era coadyuvar a la construcción de una fuerza socialista moderna, que pudiera dar satisfacción a los requerimientos de la sociedad argentina, y si esta mesa redonda se realiza hoy y no se hizo con anterioridad es porque ahora tenemos una hipótesis clara: después de muchos años, en América Latina, y particularmente en Argentina, las posibilidades de desarrollo y crecimiento de una fuerza socialista y democrática están más vigentes que nunca. Seguramente eso se debe a una serie de razones históricas que son conocidas por todos nosotros. El fracaso de las experiencias populistas y las secuelas que puede dejar esta experiencia que el neoliberalismo está realizando en la región crean un campo propicio para que el fortalecimiento de las ideas de un socialismo democrático se produzca en un plazo más o menos perentorio.

Pero se me ocurre que si las condiciones históricas están dadas para que el pensamiento socialista se desarrolle, es necesario que éste haga cuentas con una serie de tradiciones. El paso del tiempo y las grandes transformaciones que se han producido en el mundo y en nuestro país merced que sean análogas. Quiero decir que a los viejos valores del socialismo, la solidaridad, la libertad y la igualdad de oportunidades hay que agregarle nuevas ideas que se derivan de los requerimientos de la sociedad.

Nos gustaría empezar una conversación que después deberá extenderse, sobre un tema que es el de las posibilidades de la reconstrucción o construcción de una nueva fuerza política socialista y democrática, y digo socialista y democrática en el sentido amplio, desde luego. Hasta ahora, los dos partidos socialistas más representativos del país han realizado tareas conjuntas. Desde hace varios años vienen presentándose de manera unida a las contiendas electorales, pero la idea de la construcción de una nueva fuerza demanda otras cosas, transitar otros caminos. Y por cierto se sabe, porque hay experiencia internacional al respecto, que todo tránsito hacia la conformación de una expresión más acabada de lo que puede ser el socialismo democrático demanda a veces tiempo, presenta inconvenientes y requiere de mucho esfuerzo para poder concretarla.

N. Laporta: Me parece que hay dos grandes circunstancias a ser tenidas en cuenta. La primera de ellas es justamente la experien-

Con el propósito de debatir acerca de los proyectos de fusión orgánica entre los partidos que componen la Unidad Socialista y el papel que en ese proceso podrían jugar sectores de los llamados "socialistas sin partido", en el marco de la idea de construcción de una moderna fuerza socialista en la Argentina, *La Ciudad Futura* invitó a una mesa redonda al diputado Alfredo Bravo y al concejal Norberto Laporta, por el Partido Socialista Democrático, y al diputado Guillermo Estévez Boero y al concejal Ernesto Jaimovich, por el Partido Socialista Popular. En nombre de la revista participaron Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula.

cia que ya se viene realizando como consecuencia de un largo proceso de acercamiento que nos ha permitido marchar juntos en esos últimos años. Creo que nosotros, que solemos rodearnos caracterizándonos como hombres apegados al método científico, lo hemos hecho no sólo por una cuestión electoral, sino porque hemos asumido conscientemente nuestra responsabilidad histórica y hemos llegado a la conclusión de que la dispersión, la diáspora histórica del socialismo generaba la imposibilidad de marchar concretamente hacia la realización del socialismo en el país. El otro aspecto que quería poner en consideración podríamos dividirlo en dos grandes secciones. La primera es la contemplación de la realidad nacional hoy, aquí, el proyecto neoliberal de alguna manera representado y asumido por los dos grandes sectores políticos que se disputan el poder hasta el día de hoy, y frente a ello, la inexistencia de un proyecto alternativo. Gran desafío en ese sentido para quienes venimos trabajando desde el umbral de la unidad socialista, por cuanto es evidente que lo nuestro no puede agotarse en un proceso voluntarista y en un deseo de cambio, sino que tiene que estar absolutamente identificado con esa realidad. Y por otra parte, con la necesidad del pueblo argentino, que quiere conocer, a través de un discurso y una propuesta clara, una alternativa que parece imprescindible al momento de hoy. La otra sección está dada por un hecho que evidentemente ha venido a promover el mundo de las ideas, un hecho para muchos impensado cinco años atrás, representado por la caída de la alternativa autoritaria del socialismo, causando gran confusión dentro de la vida del socialismo contemporáneo. Es decir, la caída del comunismo a la manera en que lo pudo haber interpretado Lenin y posteriormente Stalin. Esto evidentemente genera en nuestro alrededor y dentro de nuestra sociedad política un planteamiento al que también nosotros tenemos que dar respuesta. En el sentido de que no quedando más límites hacia la iz-

quierda que algunas agrupaciones infantiles y primarias, aparecidos como los representantes legítimos de un pensamiento necesario de recuperar banderas frente al pueblo trabajador al que representó con absoluta lealtad.

E. Jaimovich: Nosotros realmente consideramos oportuna esta invitación realizada por *LCF*, habida cuenta que 1992, desde nuestro punto de vista, es el año en donde quienes integramos la distintas organizaciones de la Unidad Socialista debemos definir la fusión de esas organizaciones en un solo partido. Creemos que es positivo teniendo en cuenta que la primera quincena del mes de abril está convocando el Congreso Nacional ordinario y extraordinario del Partido Socialista Popular para evaluar los contenidos y metodologías de esta fusión, y entendemos que en la segunda quincena del mes de abril está convocada la asamblea anual del Partido Socialista Democrático, en donde sin duda también uno de sus puntos fundamentales de consideración será el tema de la unidad. En segundo lugar creemos también que ese debate tiene su oportunidad porque la aspiración de los partidos nacionales que integran la US, más el Partido Socialista del Chaco que ha avanzado en este sentido, se da en un momento en donde comienza a reestructurarse paulatinamente en forma sostenida la representatividad del socialismo en el país. Y vive a las condiciones difíciles que y pese a nuestra nación, los resultados del último proceso electoral indican no solamente un avance del socialismo en su representatividad, sino que en cierta forma son la constatación de que el socialismo puede convertirse en una alternativa de gobierno en nuestro país. La ratificación tanto en Zárate, como en Rosario, como en Montero, de las gestiones socialistas, con un altísimo porcentaje de votación en las mismas, expresan que las posibilidades de gobierno del socialismo en las ciudades y en nuestro país, aun en las actuales condiciones de crisis, son realmente muy grandes y

pueden contar con un consenso muy amplio en nuestra población.

En tercer lugar creemos que lo planteado por Tula y por Laporta son los grandes temas a discutir en el socialismo. En la realidad de un mundo en transición, de un país en transición, donde se derrumban viejos esquemas y viejas realidades, es necesario avanzar hacia nuevas propuestas que tengan en cuenta la realidad, su viabilidad de realización, es decir, el necesario consenso dentro de la población para que puedan ser llevadas adelante.

Nuestra intención es que siendo un debate que no se define en un día, sino a través de muchos debates y estudio, y sobre todo a través de mucha praxis y militancia dentro de la realidad nacional, éste se vaya dando en el seno de un partido único.

No es una coincidencia a priori tener una totalidad de coincidencias para la unidad del socialismo. Creemos que el marco de coincidencias existentes, que se ha ido elaborando en ocho años de trabajo común, en donde se ha participado en cuatro elecciones en común, en donde se han realizado más de veinte seminarios nacionales en común, en donde en los distritos y en el orden nacional se han ido integrando política y humanamente las distintas expresiones que conforman la US, ha configurado el suficiente sustento de coincidencias como para posibilitar la convivencia de un solo partido.

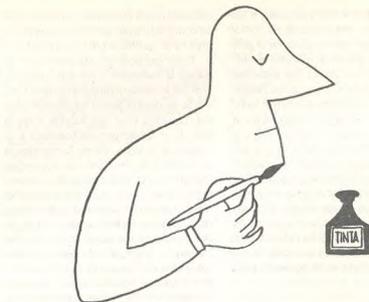
G. Estévez Boero: Creo que, como decía Tula, estamos en una oportunidad para el desarrollo de una alternativa socialista en nuestro país. Vivimos el fracaso de los partidos mayoritarios en concretar la articulación de la sociedad civil, que se encuentra cada día más desintegrada. Y en la medida en que el socialismo ofrece y proyecta la posibilidad de esa articulación va siendo visto como algo deseable, no sólo por su contenido innegable de solidaridad, sino por su contenido de capacidad honesta hacia una sociedad que sufre los efectos de su desintegración creciente.

Pero ese proceso lleva un tiempo. Nosotros tenemos que articular el país en forma trascendente de abajo hacia arriba. Para eso creemos que hay que descentralizar, que hay que generar focos de organización, vecinales, en los sindicatos, en las cooperativas, los diversos movimientos sociales que son todos focos de articulación de la voluntad de la mujer y el hombre argentino, donde se va a comenzar a vertebrar una nueva sociedad civil. Democrática, que jerarquice la libertad, la justicia, la solidaridad y que vaya a formas que –ya de vuelta del vanguardismo– permita que cada uno tenga la posibilidad de determinar su vida en mayor plenitud. Es una gran oportunidad

porque éste es un vacío que se percibe en lo cultural, en lo social, en lo económico, en lo político, en la salud, en la educación. Creo que ésta es la gran tarea, y para eso no hay que esperar que todos estemos de acuerdo en los detalles, sino que hay que posibilitar la concreción de un partido abierto, profundamente democrático. De un partido que no aspire a una consulta constante, porque eso sería ya una deformación orgánica a partir del criterio de la consulta, pero sí que garantice el protagonismo de todos sus integrantes, que genere el terreno para que estas ideas puedan evolucionar y poner en movimiento a la sociedad civil.

A. Bravo: En general, pareció que no se observan mayores diferencias en cuanto al objetivo que se persigue en este proceso. Sin embargo, quiero hacer algunas puntualizaciones porque creo que como sucede en todo proceso, nos vamos a encontrar con algunas dificultades. Por un lado es solamente crear un partido socialista –partido que puede nacer de la voluntad y la decisión de sus propios integrantes y de sus propias bases y dirigentes– sino como creamos el Partido Socialista. Y tenemos que tener en cuenta los desafíos que se nos presentan en la construcción de ese partido socialista. Guillermo lo ha dicho muy bien. Tiene que ser un partido abierto, democrático –de esto no cabe la menor duda–, tiene que tener una vida interna que posibilite la movilización no solamente de las acciones sino también de las ideas. Y estas ideas tienen que tener la claridad suficiente para no ser solamente una postulación teórica. Creo que crearse un partido socialista –con cuyo objetivo, como bien lo dijo Laporta, se viene transitando desde hace seis o siete años–, demanda más que una simple alianza electoral. Demanda una lucha compartida en todos los campos donde debe estar presente el socialismo. No solamente en la universidad, sino también en los colegios y las escuelas, en el ámbito del sindicato, en las sociedades intermedias. Y además necesita ir recogiendo el consenso que le permita no sólo ir acrecentando el caudal electoral, sino que le permita tener en su expansión un poder de concentración y reflexión de las ideas que se puedan ir movilizando a través de los ciudadanos de la república.

Quiero poner el acento en la construcción de ese partido socialista, que además de todas las resoluciones internas, carta orgánica, declaración de principios, mecánica instrumental de elección de sus cargos de conducción y su renovación, tiene que tener presente el objetivo primordial: el qué manera llegamos, cómo llegamos y cómo somos interpretados e interpretamos las expresiones e inquietudes de la ciudadanía. Aquí va a darse indudablemente el debate necesario para ir puntualmente en un discurso como es necesario que todavía no los hemos debatido. Y esto no es para decir que no debemos llegar a ese partido en junio/julio, o en agosto o cuando sea. Significa que debemos construirlo sólido. Y que esa construcción que va a nacer de este proceso, que ya tiene la ventaja de los años anteriores, nos va a permitir avanzar con mayor fuerza, para que este partido además sea el partido de los socialistas, y no solamente la unión de dos partidos. Que pueda integrar en su seno a todos aquellos que vuelvan de experiencias frustradas, aquellos que en algún momento pertenecieron y después se alejaron del partido, aquellos que iniciaron otros caminos y



que hoy pueden pagar la vuelta, un partido donde todos ellos puedan encontrar la puerta abierta para que su ingreso sea posible y sea posible la vida democrática dentro de nuestro partido. A mí no me cabe la menor duda de que esto ha sido así, y debe seguir siendo así. Porque si no estaremos en un simple proceso de fusión y en una conclusión que no es el pensamiento de ninguno de los que acá ha expuesto. Creo que la experiencia que cada uno de nosotros acabamos de vivir en el 90 nos tienen que hacer pensar qué es lo que ha pasado en la vida institucional, cuáles son las circunstancias que han atravesado los ciudadanos de este país. Si nos retrotraemos un poco en la historia, desde año '30 hay huellas que han quedado en el tejido social que justamente se traducen hoy –y esto no lo podemos negar– en un descrédito de la dirigencia política, en una ofensiva contra la política, en un descrédito organizado y orquestado de la cosa política.

Creo que tanto con Laporta como con Jaimovich y Guillermo, soñamos con ese gran partido socialista. Partido que en algún momento lo tuvimos, que luego por todos esos avatares históricos caímos en una diáspora que le hizo mucho daño a la misma idea socialista. Que sufrió el saqueo de todas sus realizaciones, hasta de sus expresiones de comunicación, entre sí. Creo que sobre la unidad es poco lo que se debe decir: hay decisión, hay una solicitud permanente de nuestros compañeros, no diría tanto de la sociedad, quiero ser más realista en cuanto a lo que yo puedo aspirar de lo que está pasando. Pero creo que están dadas las condiciones para que esto que estamos diciendo acá sea verdad. Y que en definitiva nos permita juntarnos dentro de muy poco diciendo que este partido socialista que acabamos de refundar, recrear, reconstruir o construir o el término que cada uno crea aplicable, ése sea el partido de los socialistas que se va a engrandecer cada día más.

Porque si no somos capaces de eso podremos hacer un acto orgánico muy bien estructurado en cuanto a sus documentos que le dan vida, pero llegaremos a ser una expresión más dentro de la vida partidaria. Yo quiero que este partido socialista nazca con toda la fuerza y los ímpetus y con todas las posibilidades de llegar a ser el gran partido de los socialistas que todos queremos.

J. C. Portantiero: Creo que, culminando la primera ronda de conversación de esta noche, con tantas ideas interesantes propuestas es posible entretejer una exposición. Pero me parece que es necesario precederla

de cierta definición acerca de cuál es nuestra posición frente al debate. Porque nosotros, *LCF*, somos los anfitriones y de alguna manera los moderadores de esta reunión, pero también aspiramos a ser interlocutores en el debate. No solamente un reflejo de un cruce de opiniones coincidentes en líneas generales, como podría serlo de cualquier otro órgano periodístico. Aspiramos a un poco más, en todo caso no a una prerrogativa mayor, sino a intercambiar esfuerzos al interior de un proyecto común. Estamos absolutamente convencidos de la necesidad histórica, no por ninguna razón trascendente sino por cómo se da el juego de las coyunturas en el mundo, sobre todo en el Sur y en el Este, de la construcción de grandes partidos socialistas. Y sabemos que, en el caso particular de la Argentina, la locomotora de esta reconstrucción tiene que estar conducida por aquellas fuerzas que históricamente y con una experiencia que acá se ha mencionado como de trabajo conjunto, han acometido ya orgánicamente en la expresión de esta voluntad política de constitución de una fuerza unificada del socialismo. En ese sentido, no nos cabe ninguna duda de que tanto el PSD como el PSP son los pivotes fundamentales y definitorios de la posibilidad de construcción de un partido socialista en la Argentina.

Pero, el socialismo hoy y aquí, trasciende los límites de la sumatoria de los partidos. En ese sentido, me parece que el reto que planteaba Bravo en su intervención tiene que ser asumido por nosotros, y en primer lugar por quienes en esta mesa representamos o intentamos representar a una franja importante de socialistas sin partido en la Argentina. Los socialistas sin partido por distintas razones, los que estuvieron en opciones políticas que desde un tronco común finalmente colapsaron, o porque en algún momento participaron de la experiencia del viejo partido socialista y quedaron en el camino, o sin haber participado en ninguna experiencia advierten que efectivamente es en la posibilidad de la construcción de una praxis y de una teoría socialista donde puede hallarse una posibilidad de dar respuesta a los problemas del mundo de hoy, gente que por cualquiera de estas razones piensa que tendría un lugar en la vida política nacional integrándose a una fuerza política nacional que reivindicara el nombre y la tradición del Partido Socialista.

Esto implica una operación organizativa, una operación política concretamente, pero también una operación ideológica, una operación que incluya un debate de actuali-

ización de temas, que incluya la posibilidad de repensar las nuevas características que aceleradamente asume el mundo de hoy en términos de la posibilidad que desde un socialismo democrático y sólido se le pueda encontrar respuesta. Hay por tanto una agenda que tiene que ver con la crisis de nuestra sociedad y la crisis de los modelos mundiales que una reconstrucción o construcción –tomo acá esa imprecisión del vocabulario, necesaria frente a un proceso en marcha– tiene que ver en cuenta para estar a la altura de los tiempos.

Hay en la sociedad argentina un reservorio de expectativas que no fueron entonces satisfechas a partir del primer gobierno constitucional que asumió en el '83 y que quedan como ansiedades de la población que no encuentran cabida. Y se dan también en el otro gran sector político: todos los impactos y remezones que puede provocar esta suerte de mutación o trasvase ideológico que el menemismo va haciendo desde el poder con lo que fueron las tradiciones del peronismo. Creo que esta situación de inquietud, malestar y descontento que aparece sacando a las dos grandes fuerzas, de alguna manera ha alimentado este relanzamiento electoral que todavía en términos relativos pero muy significativos, ha tenido el socialismo en los últimos compromisos electorales. Una parte de este éxito tiene que ver con que el socialismo puede ser visto por mucha gente que estuvo vinculada de alguna manera como votante a las grandes expresiones tradicionales, y que ahora empieza a sentir que ya no lo representan. En ese sentido, muy coyuntural, pero muy objetivo –porque me parece que es algo que puede ser constatado, que no es una fantasía, radica una de las razones que hacen que la constitución de un Partido Socialista como tercera fuerza, y no diría como alternativa de poder, pero sí como alguien que pueda tener en el debate político argentino, no es una ilusión. En política, como en todo, cuando aparecen las oportunidades, éstas no duran infinitamente. La historia está llena de ocasiones perdidas y creo que la gran habilidad de los dirigentes es entenderlas para tratar de capturarlas y tratar de construir alrededor de ellas una fuerza propia. Me parece que estamos en una situación así, donde dada la sensación de malestar que en los grandes partidos comienza a producirse, de no ser aprovechada por configuraciones democráticas y progresistas, puede dar lugar a desmembramientos peligrosos. Por los flancos de lo que se corre el riesgo de que los partidos desuostros aparezcan o puedan aparecer aventuras de cualquier tipo. Y de hecho, también sobre esto las últimas elecciones nos han dado algún ejemplo.

Por lo tanto la perentoriedad sobre la necesidad de ofrecer a la ciudadanía esta perspectiva política es grande. Pero en el entendido de que estamos hablando de la reconstrucción de un partido socialista, y no de otros objetivos que pueden plantearse, como puede ser un frente amplio de izquierda –que es otro tema– y si siquiera de otro objetivo que pueda plantearse en otro momento, como una coalición de centroizquierda. Estoy hablando pura y exclusivamente de la construcción de lo que creo que tiene que ser una suerte de gran impulso de la reconstrucción democrática en la Argentina, que es la construcción de un partido socialista. Y pasado cierto tiempo los tiempos existen y que no se puede dilatar

infinitamente la posibilidad concreción de una alternativa, porque las ocasiones se pierden en la historia.

Y para concluir creo que si este diagnóstico es certero, y si efectivamente se trata de la construcción de un gran partido socialista, esa construcción tiene que transformarse en un gran hecho político y no simplemente en un acuerdo de dirección que aparezca en la prensa y se pierda al segundo día. Tiene que tener las características de un momento que signifique una convocatoria amplia, que sin perder noción de sus límites sea capaz de hacer llegar a la sociedad la idea de que una fuerza con viabilidad política y que trasciende la estrecha frontera de los propios partidos que lo conforman está naciendo en la Argentina.

J. Tula: En todas las intervenciones hubo una coincidencia absoluta respecto de la necesidad de una nueva fuerza socialista. No quisiera decir nada más al respecto, ya que todos han sido muy explícitos en ese sentido. Hace rato hice referencia a algunas experiencias históricas en otros lados que llevaron tiempo, pero que finalmente, con el esfuerzo, en aquellos casos en que no existieron caudillos que llevaran adelante este proceso como en el caso de Mitterrand en Francia o de Felipe González en España, cuando eso no existió, se llegó con voluntad política a la construcción de una nueva fuerza. Y este es el caso de Argentina, en donde no sé si existen caudillos como para llevar adelante este proceso a través de la fuerza de una persona, pero sí parece existir una fuerte voluntad al respecto. Pero valdría la pena hablar de los tiempos de esta fusión, ya que algunos de los acá presentes —por lo menos Portantiero en su última intervención— hablaron sobre la perentoriedad de este proceso porque parece ser cierto que hay oportunidades históricas que cuando se desaparecen no se vuelven a presentar, y al parecer estamos en presencia de una oportunidad de este tipo. Hablamos de tiempos, también, en cuanto a la presencia de ciertas figuras importantes de ambos partidos. Aun cuando no sea la voz oficial de los partidos, porque en pocos meses va a haber congresos donde se discutirá este tema de manera más precisa, si es posible adelantar, dar opiniones personales sobre si deben fijarse o no límites en el tiempo para dar nacimiento a una nueva fuerza.

Más allá de las experiencias que se han llevado a cabo, y que ya se mencionaron, en el sentido de que hubo varias experiencias de alianzas electorales, me pregunto, ¿es posible ir más adelante?, ¿es posible fijar un cronograma para avanzar hacia la construcción de un nuevo partido? Y en el caso de que esto sea posible, ¿cuáles son los pasos a dar? Como a lo que voy pienso que es un proceso complejo en el que existen dificultades, me gustaría saber qué dificultades se presentan en el camino que impidan un avance más rápido.

N. Laporta: En esta segunda ronda creo que vamos entrando más en el terreno concreto. A mí no me gusta hablar de nueva fundación, porque creo que el nuestro es un proceso histórico al que tenemos que asumir con nuestros aciertos, nuestros defectos. Yo diría que, en términos generales, la vida argentina de este siglo, a partir del advenimiento de la creación de Justo, está absolutamente comprometida con la idea de socialismo. No hay una única expresión política que no haya tenido que reconocer en algún momento que ellos están modelados a la sombra de las ideas socialistas. Les gustó o

no a los radicales, a los peronistas y a los mismos liberales. Parafraseando un poco a Lefebvre yo diría que entonces en el país habría sólo dos grandes contenidos ideológicos: el contenido liberal con todas sus variantes y el contenido socialista. Dentro de esa continuidad histórica, creo que nosotros estamos dando pasos en dirección hacia un objetivo que todos aceptamos y con el que todos estamos de colaborar, que nos parece que no es sólo un objetivo tendiente a satisfacer las necesidades de progreso de los socialistas, sino que entendemos que puede ser el comienzo de un trabajo histórico nuevo del socialismo, y la constitución de una herramienta idónea para enfrentar este período de decadencia en que se ha sumergido la vida política y social de nuestro país.

Creo que deberíamos tener en cuenta algunos de las viejas experiencias que vivió el partido respecto de la conformación de este proyecto hacia el que estamos apuntando. Todas las divisiones del socialismo fueron las consecuencias de un largo proceso, proceso que también se trató de otros partidos, y que hizo que alguna vez alguno de nuestros maestros, Nicolás Repeto, trabajara sensatamente sobre un ensayo al que tituló *Las enfermedades comunes de los partidos políticos en la Argentina*. En ese ensayo uno encuentra como dato fundamental de la observación de tantos años de vida política, como la que efectuaba el maestro, la existencia de un fuero conductor que era una especie de elemento homogeneizador de la idea del partido. Cuando ello no sucedía, la destrucción de ese hilo hacia que convivieran, dentro del partido que fuera, interpretaciones políticas y a veces ideológicas que se contraponían en términos absolutos a lo que es propio partido decía representar. Hace poco, leyendo una intervención de Sábato, me encontré con una definición que me parece muy interesante, en la que también se tiene en cuenta en nuestro proceso: la identificación del discurso con los hechos. Sábato señala que una de las causas más importantes, no del deterioro del prestigio de los partidos políticos, sino del deterioro de la credibilidad de la sociedad en las expresiones políticas del país, estaba dado por la ausencia de la identificación entre el discurso y los hechos. En ese sentido creo que nosotros tenemos que hacer un laboreo dentro de la Unidad, para que las respuestas a las necesidades del pueblo argentino sea una respuesta que nos permita ser coherentes con nuestro discurso, y con los hechos que estamos decididos a protagonizar en todas las instancias políticas en que seamos capaces de hacerlo.

Sobre la base de estas consideraciones, que podrían aparecer descolocadas si yo no hiciera referencia a lo que voy a decir, es cierto que creo que tenemos que tener en cuenta que si el proceso unitario no es más allá, no lo es como consecuencia de que no se desea avanzar hacia él, sino que existen temores, existen circunstancias que tenemos que tener en cuenta y que de alguna manera, seguramente, van a condicionar la convivencia de dos estructuras partidarias en el camino hacia la construcción de una sola estructura. Esos temores son múltiples y no hay por qué ocultarlos. Existe el temor al copamiento, existe el temor a la superioridad cuantitativa, existe el temor a la posibilidad de procesos que vayan trasvando experiencias de un lado hacia el otro. En una palabra, existe todo lo que compone la condición humana de todos los que ingresan a la actividad política, que no tenemos por

qué ocultar, que son datos de la realidad, que no conforman aquellas experiencias enfermizas a las que hacía referencia Repeto.

Cabe entonces preguntarse cómo se encara la transición. Con toda modestia, creo que la transición implica tiempos. Creo que lo que cabe es pensar sensatamente en esa transición tiene que hacerse sobre la base de un debate que nos conduzca a un camino de consenso donde la experiencia que estamos desarrollando en los cuerpos legislativos y en otras actividades comunes se profundice, y que en un plazo razonable nos permita convencernos de que estamos en un proyecto definitivamente común, de que no corremos el riesgo de experiencias frustrantes, y que además estamos trabajando en la elaboración de un proyecto que identifique al socialismo que nosotros queremos con las nuevas realidades de la Argentina y del mundo, que amparado en los viejos sueños de los fundadores, con un objetivo que creo que sigue siendo vigente, sin embargo sepa entender cuál es el camino del progreso, cuál es el mensaje progresista que debo emitir esta expresión histórica del socialismo, y de qué manera esta nueva forma de trabajar por la realización del socialismo puede ser insertada en los sectores a los que nosotros nos dirigimos, fundamentalmente a los hombres de trabajo.

E. Jaimovich: Tula nos planteaba algunas precisiones. Creo que es importante entender que el intercambio de ideas entre los actuales integrantes de la US acerca de los contenidos del socialismo en nuestro país, de su forma de expresión, de su metodología de trabajo, así como también el intercambio de ideas acerca de las características que debería asumir un partido único del socialismo en nuestra realidad es un intercambio que no comienza hoy. Es un intercambio que lleva ocho años, durante los cuales ambos partidos hemos tenido una experiencia común de la vida política de nuestro país muy intensa, en donde hemos aprendido a conocernos en un intercambio que ha sido altamente positivo entre los partidos y hacia la realidad, que ha determinado que en estos ocho años ambos partidos hayan cambiado. Entonces creo que el punto reside en definir si sobre las bases de las coincidencias que se han venido generando durante todos estos años estamos dispuestos a aceptar la definición democrática de nuestras disidencias o matices, sobre la base de la participación en esa decisión del conjunto de los afiliados y de aquellos que se definen con una posición compatible con la socialista en nuestro país.

Ya en 1983 se plantean las bases de aquella función: un partido pluralista dentro del socialismo con reconocimiento de corrientes de opinión interna, con un funcionamiento sobre la base de la participación democrática de sus afiliados, con la conformación de sus cargos de dirección integrados en forma proporcional, y también se planteaba la existencia de un acuerdo que posibilite una transición de una conducción compartida por el tiempo que se acuerde, antes de abrir a la participación plena de los afiliados esta decisión.

Creo que estos son los aspectos que nos necesarios definir. ¿Existen actualmente coincidencias lo suficientemente profundas como para aceptar definir entre nosotros nuestros matices y nuestras coincidencias en forma democrática? Si existen esas coincidencias, esa fusión está determinada. Si esas coincidencias no existen, es decir que

todavía predominan los temores acerca de lo que puede determinar esa decisión democrática, la unidad por lo menos en los términos inmediatos no es posible. Creemos que es necesario avanzar por el primer camino. Tenemos confianza en nuestras ideas y en los compañeros del socialismo democrático como para iniciar este trabajo común. Y en cuanto al otro aspecto que hace a la temática que plantea Portantiero, creemos que los partidos, o los militantes que tenemos partido, tenemos la responsabilidad de unificar el socialismo en el plazo más corto posible para posibilitar también que los socialistas sin partido tengan partido, y tengamos un ámbito democrático de participación y de decisión sobre el contenido y las modalidades de desarrollo de una alternativa sobre la base de los valores socialista en nuestro país.

Creemos que estos son aspectos sobre los cuales es necesario avanzar. Pero también sobre esto hay tiempos de la realidad nacional y de la vida interna. La realidad nacional determina los tiempos históricos y hace que a veces la oportunidad no se repita, pero también también las realidades internas del propio partido. La composición entre los partidos nacionales que integran la US ya comienza, después de ocho años, a presentar algunos pequeños signos del envejecimiento de la actual situación, es decir, la existencia de una alianza. Estos signos están determinados por las contradicciones que se presentan en lugares y distritos sobre aspectos que es necesario definir democráticamente en situaciones en las que no existen los mecanismos para resolverlo. Entonces la cosa se resuelve sobre la base del consenso, y si hay consenso sobre la imposición de un partido sobre el otro, o de la amenaza de un partido de que si no se suma a la otra fuerza, se perderá la vida. Cuando estos elementos comienzan a presentarse y no existen mecanismos democráticos de participación de los afiliados que puedan definirlo en una forma razonable, positiva e incontestable, comienza a desandarse un camino que ha llevado mucho tiempo y esfuerzo construir. Por eso cuando se nos pregunta por los tiempos, decimos que en este sentido nunca se agotan, pero empieza una cuenta regresiva que no depende de nuestra voluntad, sino que también depende muchas veces de circunstancias concretas. Hemos hablado con los compañeros socialistas democráticos, como con los que no tiene partido, de la necesidad de crear múltiples mecanismos de intercambio y de apertura a los efectos de poder participar activamente en este proceso de verificación tanto de las ideas como de las modalidades orgánicas concretas de este futuro Partido Socialista.

Creo que esto tiene que ser un proceso de este año es muy importante aprovecharlos a los efectos de concretar esta posibilidad de la unidad. En cuanto a lo que decía Norberto sobre la relación entre los dichos y los hechos, que hace a un fenómeno de credibilidad o no entre las organizaciones políticas, yo digo que comparto plenamente lo enunciado, pero quiero a la vez recordar que los socialistas, en el momento que nosotros en 1984 al conjunto del pueblo argentino que vamos a unificar en un solo partido, y lo hemos dicho públicamente a partir de nuestros congresos respectivos, de procesos electorales, y a la gente se pregunta qué pasa con la unidad del socialismo, qué pasa dentro de los socialistas, si no se ponen de acuerdo entre ellos cómo van a resolver los problemas del país. Nosotros tenemos la urgencia de dar una respuesta positiva a la gente que ha creído en los socialistas

durante todo este tiempo, y que cree cada vez más.

G. Estévez Boero: Entramos a los aspectos concretos, puntuales. Diría que acá se han tocado algunos cuestionamientos importantes. Primero esa discordancia a la que aludía Portantiero es una inmensa cantidad de integrantes del partido justicialista y del radical. Yo creo que esto se debe a que hace unas décadas estas organizaciones tenían un proyecto para la Nación, pero hoy echan mano a la receta que ofrecen los acreedores. Alegremente Terragno abrió la puerta para la subasta, y ésta hoy se realiza sin límite de racionalidad alguna. Por eso creo que no sólo como socialistas sino como argentinos, tenemos esta responsabilidad que nos da el conocimiento de nuestra historia, de concretar una alternativa política democrática, solidaria, que dé respuesta a la inmensa mayoría de la población que hoy no, ni el social, ni el político, ni económico.

En esto la juventud paga su más alto tributo. Porque generalmente se concreta en el futuro. Una juventud sin futuro no es juventud, es fuerza con pocos años. Juventud es tener la gente de un lanzamiento hacia adelante, y el país carece de adelante desde hace años. Hoy vuelve con esas formalidades que nos rodean y acompañan a un país en desintegración, sin servicio de salud, no desde hace un mes o unos años; desde hace muchísimo años. Tenemos un panorama en la investigación, en la ciencia, en la universidad, en la escuela, en el colegio que nos retrotrae a décadas.

Creo que como argentinos tenemos la responsabilidad frente a los que valoramos la realidad nacional, de concretar una alternativa que por lo menos preserve la democracia, porque sino esta substancia termina en un nuevo régimen totalitario, de derecha, en una nueva represión. Y si analizamos nosotros la evolución de las rupturas en el orden constitucional desde el '30 al '76 podemos proyectar la dimensión de la próxima ruptura. Entonces debemos convencernos y convencer de que es posible seguir en esta enajenación de lo argentino, de la cultura a la salud, y que la única posibilidad de generar una respuesta, a la luz de nuestra experiencia histórica, es en la gente que se nuclea en torno a la idea y concepción de los socialistas.

Por eso creo que habiendo conversado detenidamente la posibilidad de articular a todos los partidos y sectores importantes como es el Club de Cultura Socialista, y sin creernos que somos dejados de lado como para erigirnos en jueces de lo que es y no es socialista, de lo que es y no es revolucionario, creo que en este camino de la construcción, continuando el pensamiento de nuestro compañero Laporta acerca de la gestión de trabajo, nosotros, sin acordar a nadie, tenemos que tener nuestra preocupación en incorporar al socialismo a todos estos disformes, pero no solamente a todos los '80', sino que la fuerza del futuro pasa por la incorporación de los que nunca fueron socialistas. Fundamentalmente de los trabajadores, y en una sociedad donde las contradicciones se resquebrajan y dan lugar así a una proliferación de contradicciones, no podemos hablar de la reconstrucción del viejo partido. Sin esto significar un juicio de valor, tenemos que generar un nuevo partido que dé solución a los problemas contemporáneos. Si tenemos que rescatar los valores históricos fundacionales de J. B. Justo, en

cuanto a la articulación de la sociedad desde sus bases. Si queremos articular a la sociedad desde sus bases, también tenemos que articular al partido desde sus bases. Ahí estivo su obra, que no fue la obra de un incoherente. Fue la obra de un programador del socialismo, del cooperativismo, de la praxis del partido, pero que apuntaban a un objetivo común, pero que planteaban sus raíces en esas realidades no inventadas ni imaginadas, sino realidades presentes de la gente concreta.

Creo que el tiempo es una parte de nuestra realidad. Es una parte de la realidad como las rosas o las plantas, sobre las cuales podemos incidir, pero el tiempo de la Unidad Socialista tiene que ser síntesis de nuestro tiempo. Tenemos un tiempo de la realidad nacional, un tiempo en la relación de nuestros partidos, un tiempo interno en cada uno de nuestros partidos, y nuestra capacidad debe forjarse en poder articular estos tiempos. Pero con la convicción de que el establecimiento de la unidad ya comienza a generar problemas grave, como el de la ciudad de Mar del Plata. Donde no se trata del problema de la demora de un candidato o no, sino que se transforma en una alternativa esperanzada en primer lugar del pueblo de la ciudad, con raíces históricas socialistas, y del pueblo del país. Entonces ya pensamos que no es posible seguir transitando mucho tiempo la indefinición de los mecanismos de decisión democrática a los cuales aludía Ernesto Jaimovich. Pero no es lo mismo hablar de tiempo en un distrito con gran desarrollo que en uno con pequeño desarrollo. Articular todo eso es nuestro trabajo. En eso nosotros nos comprometemos.

A. Bravo: Recíelo el tiempo de Estévez Boero con respecto al tiempo de los tiempos, adhiriendo a la descripción de la realidad actual que tiene que ser un partido que no sólo defende las ideas socialistas que estamos viviendo, sino que también proponga un punto de partida para superarlas.

Por eso digo que la unidad se va a concretar, no me cabe la menor duda, porque hay coincidencias. Nos episodios citados por Guillermo en Mar del Plata,

que hablo hecho en su discurso. Pero quiero también asegurar que el tiempo de los tiempos está asegurado, al menos por el lado de mi partido, que es un partido democrático, que va a tener la expresión de sus afiliados en estos congresos de la segunda instancia del Congreso socialista habilitados de socialismo, ninguno dividido. Todos somos socialistas. Y ése es el mensaje que debemos transmitir permanentemente hacia la ciudadanía; un lenguaje claro que nos identifique como socialistas, no importa los avatares políticos o electorales que tengamos que vivir, pero nunca bajemos nuestro nombre, nuestra identificación. Porque si no entráramos en el tiempo que hoy decimos por acá y mañana hacemos por allá. Y digo esto porque la forma de una identidad es una forma de prospectiva y al mismo tiempo es una forma de desarrollo: puesta la semilla debemos seguir creciendo. Creo que más allá de la voluntad de uno u otro, de uno que quiera concretar ya y otro que no quiera concretar ya, los militantes, los que sufren y padecen, los que no entienden —y que a lo mejor no tienen posibilidad de discutir— van a ser los que van a determinar. Está el tiempo institucional. Las circunstancias están dadas, y todo pareciera indicar que se está en el camino de la concreción. Pero yo vuelvo a mi primigenia idea; este partido de los socialistas, este partido abierto en su proyección de su vida institucional, tiene que ser definido como tal en todo momento. Tiene que concretar sus valores ideológicos y actualizarse, porque nuestro partido no se ha caracterizado simplemente por lanzar slogan ni por estar prisionero de un dogma, sino todo lo contrario.

El partido socialista, máxime en estos momentos, tiene que ser un partido de oposición. Pero no tiene que ser un partido que tiene que ser un partido que no sólo defende las ideas socialistas que estamos viviendo, sino que también proponga un punto de partida para superarlas.

Por eso digo que la unidad se va a concretar, no me cabe la menor duda, porque hay coincidencias. Nos episodios citados por Guillermo en Mar del Plata,

Facultad de Filosofía y Letras - UBA ACTIVIDADES DE POSGRADO 1er Cuatrimestre 1992

- SEMINARIOS DE DOCTORADO (Para doctorandos, egresados de la UBA o universitarios)
 - Dr. Natalio Botana: "Topografía y la cuestión política". E.E.U.I. - "Argentina".
 - Dr. Néstor García Canclini (UAM, México): "Filosofía, Antropología y Sociología: paradigmas para el estudio de la cultura".
 - Dres. Gerardo A. Wisniewski y Stanislaw Wisniewski: "Filosofía y Sociología: un diálogo".
 - Unsaichungen".
 - Dr. Nicolás Rosa: "El texto y su 'cuestión'".
 - Prof. Lic. Jorge López Ayala: "Nuevas gramáticas estéticas. El arte argentino en los años '80".
 - Dr. Miguel de Asúa: "La organización del discurso sobre los animales en el siglo XIII".
 - Prof. Guillermo Ogburn: "Bases para la complejidad de la ciencia: Informética y pragmática".
 - Dr. María Estela González de Faverio: "La ciencia médica en España de los siglos XIII - XVIII: teoría y realidad".
 - Dr. Francisco Marcos Martín (Univ. Autónoma de Madrid): "Programa de seminario".
 - Dr. Ángel Castellón: "Algunos motivos de América en el pensamiento de Europa".
 - Dr. Lilia E.F. de Orduna: "Problemas de intertextualidad IV. La obra coralina".
- CURSO DE ACTUALIZACIÓN. Dirigido por el Dr. Félix Schuster y Prof. José Sábato.
 - Prof. José A. Castorini: "El conocimiento como objeto de estudio: diversas perspectivas teóricas".
- CURSOS DE POSGRADO (Para egresados de la UBA y otras universidades y estudiantes con el 75 por ciento de materias de la carrera de grado)
 - Prof. Paopale Tuazono (Universidad del Studi, Perugia, Italia): "La novela italiana del noventaos".
 - Prof. Marco Antonio Campos (Univ. Benemérita, México): "Narrativa mexicana del siglo XX".
 - Prof. Mattias Schirra (Univ. de Munich): "Los fundamentos de la lógica y la aritmética".
 - Prof. David Suarez: "Filosofía y pragmática".
 - Prof. César Lorenzano: "Fundamentos epistemológicos del arte".
 - Prof. Guillermo Ogburn: "Problemas de la epistemología filosófica".
 - Lic. E. G. G. Lic. M. Vázquez y Lic. M. Schirra: "Diálogo de programas de capacitación".
 - Prof. Tomsa Barreiro: "Hacia una coordinación general facilitadora del grupo 'san'a' y la matriz cooperativa: aspectos ideológicos y actualizables".

MAESTRIA EN DIDACTICA - CARRERA DE ESPECIALIZACION EN DIDACTICA: La Facultad de Filosofía y Letras inicia en 1992 la Carrera de Especialización en la Maestría en Didáctica, la que podrá aspirar graduados provenientes de diferentes áreas del conocimiento. El objetivo de esta maestría es proporcionar una formación académica y profesional de alto nivel en especialización en teorías y prácticas de la enseñanza. En este cuatrimestre se iniciará el dictado de tres seminarios correspondientes a ambas carreras.

Informes e inscripción: Subsecretaría de Dictado y Posgrado, Puan 480, 2º Piso, (12 a 17 hs).
Teléfono: 432.597/0066.185.18. 33/6

y otros que se han olvidado, son el producto de desencuentros, de ambiciones personales, de no querer dar el brazo a torcer, aunque siempre se han encontrado explicaciones exactas y verdaderas, porque todo depende del ángulo en que se las diga y desde dónde se las mire. Hay que crear un socialismo que al identificarse con esta clase trabajadora señale lo que es no solamente la marginación, la desocupación o la mortalidad infantil y todas esas cosas, sino que además tenga las propuestas y el estudio necesario para cada problema para presentarse a la ciudadanía y decir: nosotros críticos como pero acá está la alternativa. Estos somos los socialistas, los que no creemos en esta monarquía nemestista, los que no estamos de acuerdo en que se margine y se siga marginando al pueblo argentino, que se siga entregando el patrimonio nacional. Entonces, identificados y presentes como socialistas, trayendo propuestas socialistas y una oposición constructiva por socialista. No me cabe la menor duda que el tiempo de los tiempos puede estar acordado, cuando se realicen estos congresos los militantes irán estableciendo los cronogramas y la forma de transición para este proceso que debe desembocar en ese gran partido socialista que todos queremos.

N. Laporta: Una simple aclaración. Creo que tenemos que tener en claro lo siguiente dentro de este sincronamiento general que implica esta discusión. La etapa de las dificultades por la no existencia de mecanismos para dar solución a las dificultades que se nos ha llegado a la y, y nadie duda de que dentro de la transición deben aparecer los mecanismos democráticos que hagan desaparecer esas dificultades. Pero insisto que siempre se da dentro de lo que debe ser un proceso. Si la unidad socialista termina eligiendo simplemente el camino del suceso político, podría anotarse en una especulación que no sería la construcción del partido socialista que queremos para el futuro. Tiene que ser un proceso y no un simple suceso.

J. C. Portantiero: Ha sido una charla rica e ideas, a veces en confrontación, que no es sólo complaciente, y que ha tratado de llegar en la medida de lo posible a lo que cada uno cree como verdad en los análisis. En ese sentido, mis palabras son simplemente para agradecerles estas dos horas que hemos estado conversando sobre estos temas que nos ocupan a todos nosotros. Yo diría, simplemente, para concluir, retomando lo de Laporta, que efectivamente en procesos de este tipo pueden darse dos riesgos. O que el ciclo de maduración sea tan largo que finalmente la fruta se pudra, o que uno quiera saca la fruta cuando está verde. Pero creo que la responsabilidad de los políticos que pilotan este proceso es tener eso en claro. Que el miedo a tomar la fruta verde no nos haga esperar tanto tiempo que la fruta se pudra, o viceversa. Y en ese sentido hay una responsabilidad no sólo hacia dentro de cada partido, o en este caso hacia la revista o los amigos del Club, sino también hacia la sociedad. Y esto es una frase rimbombante, sino que trata de abonarla con lo que dije en mi intervención anterior. Hay una necesidad de una fuerza socialista y democrática, que tercié en el medio de la decadencia que nos aqueja a todos nosotros, que pueda presentarse como una alternativa de futuro en nuestro país. Creo que tenemos que tratar de que por ninguno de esos dos caminos esto se malogre. Simplemente es eso lo que nosotros nos puede quedar como una idea sintácticos esperanzada para el cierre de esta reunión.

Desafíos y posibilidades del socialismo democrático

Jorge Tula

El resultado de las últimas elecciones colocó a la Unidad Socialista en una posición de privilegio respecto del amplio arco del resto de las fuerzas de izquierda. Esta nueva situación le otorga la vez nuevas responsabilidades, si es que efectivamente tiene presente el objetivo muchas veces declarando de dar lugar a una nueva y única estructura organizativa que esté en mejores condiciones para presentarse a la sociedad como una alternativa creíble y viable en relación a los dos partidos mayoritarios.

Para que esto sea posible deberá enfrentarse a dos problemas de cuya forma de resolución dependerá en gran medida el futuro inmediato, pero por cierto también a largo plazo, del socialismo democrático en Argentina. El primero de ellos está referido a la encrucijada histórica y teórica en que se encuentra el socialismo, y que demanda un profundo esfuerzo intelectual y político a los efectos de diseñar un nuevo horizonte para el socialismo en este fin de siglo. El segundo tiene que ver con la nueva estructura político-organizativa a gestar; si ella será la mera suma de las dos fuerzas que actualmente conforman la Unidad Socialista o si se dará cabida (y de qué manera) a los socialistas independientes que estén dispuestos a incorporarse a esta nueva empresa política. Pero además, si esta fuerza política deberá ver la luz en un plazo perentorio o deberá seguir todavía un largo proceso, con independencia de las condiciones favorables o no para su gestación.

Como el otro fin de siglo, el que nos toca vivir también se encuentra sacudido por grandes conmociones. A los efectos de nuestro análisis queremos destacar dos hechos que habrán de perturbar no muy pocas veces antes el transcurrir nunca demasiado tranquilo de la izquierda en general, y también por cierto el del socialismo democrático: 1) una nueva crisis ideológica y política que deriva del derrumbe de la experiencia socialista de los países del Este, y que desde luego no afecta sólo a la tradición comunista, y 2) las transformaciones materiales de la economía, que ha producido entre otras cosas la internacionalización de las economías nacionales, con sus consiguientes efectos sobre las viejas estructuras corporativas y regulativas.

1989 parece marcar el fin de una cierta idea del socialismo y de cómo debe ser logrado. Los revolucionarios bolcheviques creían que los estados de desarrollo podían ser obviados, que se podía adelantar la historia a través de atajos, que cuando la clase agente del cambio no tenía fuerza suficiente podía ser sustituida por el estado en manos de un partido de revolucionarios profesionales depositarios de las leyes de la historia,

La posibilidad de desarrollo del socialismo democrático son ciertas. Pero para que eso se produzca de una manera efectiva debe hacer las cuentas con una serie de ideas fuertes del pensamiento progresista que no le son ajenas. Sin descuidar, por cierto, otro aspecto fundamental: avanzar lo más rápidamente posible hacia la conformación de un partido de los socialistas.

y que a través de una industrialización forzada lograría solucionar los déficits existentes. Esta manera de producir grandes transformaciones ha desembocado en un callejón sin salida y en el fracaso de un modelo que, de distinto modo, permeeó a las más diversas fuerzas preocupadas por nuevas formas de organización social y económica. Sin embargo, aunque el socialismo democrático pertenezca a otra tradición, tampoco él ha permanecido sin sufrir sobresaltos. Por el contrario, ha llegado hasta la perturbación después de un período de

esplendor que duró hasta la terminación de la década del setenta, cuando su componente social -la clase obrera industrial- empezó a decrecer, y el estado-instrumento privilegiado para lograr sus objetivos de planificación, redistribución, bienestar, pleno empleo, etc.- comenzó a padecer una erosión cada vez mayor y a identificarse a ser identificado con la rigidez, la burocracia y los intereses específicos, es decir como algo que ya no está al servicio de la sociedad.

En esta circunstancia se produce un in-

cremento en la importancia de la sociedad civil, que aparece cada vez más diversificada y organizada, pero también más flexible y sensible -al contrario de lo que sucedía con el estado- a las grandes transformaciones culturales. Es precisamente en la sociedad civil, es decir fuera del estado, donde comienzan a desarrollarse políticas que, entre otras cosas, ponen en crisis las estructuras partidarias, que se encuentran en gran parte insertas en el estado y para las cuales la política es definida en amplia medida por éste.

Es posible decir entonces que así como las sociedades del Este se están convirtiendo en una especie de laboratorio en donde se empiezan a realizar nuevos experimentos en las relaciones entre estado y sociedad civil, también en las sociedades occidentales la nueva cultura a la que aludimos está buscando redefinir el rol del estado y el de la sociedad civil.

Y si en su época de esplendor el socialismo democrático estaba de acuerdo con los valores históricos que prevalecían, con las formas de organización, con las aspiraciones y con el concepto de progreso en boga, ahora las cosas no son ciertamente así y deberá esforzarse para redefinir sus valores, incorporar algunos nuevos y buscar los instrumentos adecuados para implementarlos. Aquella visión tan clara del significado del progreso, que se alimentaba con el desarrollo económico, con el aumento de la producción y la extracción de materias primas, y que creaba sus propias instituciones, como por ejemplo una forma específica de estado, del finido en términos nacionales: esa visión del progreso ha sido cuestionada por los hechos. Son otros los índices que miden el progreso económico y han surgido nuevas relaciones entre pasado y futuro, entre nivel nacional e internacional, entre dependencia e interdependencia.

Pero lo cierto es que, aunque se haya desplazado el centro de gravedad de lo nacional a lo internacional, permanece la preocupación por el poder público y por el interés público, y hasta se podría decir que se ha incrementado ante la presencia de las grandes corporaciones internacionales. Sin embargo esta internacionalización de los procesos económicos no ha sido acompañada hasta ahora por la creación de instituciones políticas sobrenacionales. Una reflexión última de Bobbio conviene registrarla en este sentido. El sostiene la necesidad cada vez más imperiosa de dirigirse hacia la búsqueda de una democracia internacional, si es que se quiere ser respetuosos de los principios democráticos. Porque, tal como están planteadas las cosas en el mundo, el problema de la justicia social ya no puede ser circunscripta a las relaciones entre capitalistas y obreros en el interior de un estado en particular sino que atañe más que nunca a las relaciones entre

estados ricos y estado pobres. Este es el punto fundamental. Se trata entonces, dice Bobbio, de que nos desplacemos del gobierno del estado al gobierno del mundo. De reforzar el gobierno democrático del mundo.

No obstante, sigue siendo el ámbito del estado-nación en donde se efectúa el cobro de impuestos, en donde se distribuye el rédito, en donde se organizan los servicios sociales y en donde se determinan las prioridades sociales. Pero en aquellas comunidades con estructuras distintas a las de antes, y con mayor presencia y exigencia de la sociedad civil, la solicitud de mejores servicios requiere de un estado con una agilidad que hasta ahora pocas veces tuvo para proveer directamente tales servicios y/o lo suficientemente fuerte para poder ser un regulador y un gestor eficaz de ellos.

Como es sabido, el desarrollo y la suerte del socialismo democrático en América Latina fue por cierto distinto al que tuvo y tiene en Europa. Si en el viejo continente muchos de sus postulados han sido llevados a la práctica y ahora se está en la búsqueda de nuevas respuestas para una realidad que difiere en mucho respecto de la época de sus mayores logros, en esta parte del mundo, a pesar de inicios auspiciosos en algunos países, quedó relegado por un pensamiento progresista que adquirió otra forma. Sólo ahora, en oportunidad de la redemocratización del continente, pero en circunstancias en que la situación económica ha llegado a sus peores niveles, de manera tal que necesariamente afecta al desarrollo y fortalecimiento de una cultura todavía incipiente, sólo ahora, decíamos, las posibilidades del desarrollo del socialismo democrático aparecen con cierta fuerza.

Como si fuera otra de las paradojas de la historia, es precisamente en circunstancias de auge e implementación de políticas neoliberales cuando el socialismo empieza a tener una presencia que hasta hace poco tiempo apenas era perceptible. Y posiblemente la paradoja se diluya si se tiene en cuenta que las ideas neoliberales han invadido a partidos que aparecieron como abandonados de la justicia social y que ciertas expresiones del populismo y de la izquierda en general se mantienen casi imperturbables con sus viejos postulados.

Pero para que las posibilidades de desarrollo de las ideas del socialismo democrático lleguen a buen puerto, es necesario que éste también haga las cuentas con ciertas ideas que permanecen arraigadas en el pensamiento progresista latinoamericano. Por ahora sólo quiero aludir a dos puntos que fueron desarrollados por Fernando H. Cardoso en "Los desafíos de la socialdemocracia en América Latina", y que fuera publicada por *La Ciudad Futura* en su número anterior.

Mencionada más arriba, la redefinición del rol del estado se hace cada vez más necesaria en circunstancias en que se produce un nuevo y vinulento cuestionamiento del intervencionismo estatal y una valorización de la iniciativa privada, del mercado y de la desregulación como elementos centrales del desarrollo económico, del que por otra parte vendría como una suerte de subproducto el desarrollo social. Sólo después del análisis y la crítica de un estado que se ha convertido en el generador de nuevas desigualdades y privilegios se podrá empezar a

diseñar un nuevo estado social-de alguna manera hay que llamarlo- que se contraponga al estado reducido a su mínima expresión, tal como los postulan los neoliberales vernáculos.

Por otro lado el socialismo democrático debería iniciar un recorrido hacia la búsqueda de formas inéditas y no menos efectivas de defensa de los derechos de los trabajadores y demás asalariados, camino que no podrá eludir el cuestionamiento de los excesos corporativos y el diseño de nuevas formas de productividad y eficiencia. Porque en estado del mundo no sólo existen grandes diferencias entre capitalistas y asalariados sino también entre sectores organizados y sectores que no lo están. En este cuadro de situación las presiones corporativas se convierten muchas veces en vallas insalvables para cualquier intento de universalización de las conquistas sociales. Si así son las cosas, como sostiene Cardoso, el socialismo democrático, con su propuesta de universalización de las conquistas sociales, deberá colocarse en un lugar que no sea el del populismo corporativista y el del neoliberalismo, que postula siempre la lucha en el mercado, lucha ésta que aseguraría la igualdad a largo plazo... siempre que no intervenga el estado.

2

El Partido Socialista Democrático y el Partido Socialista. Hace varios años estalló desde hace bastante tiempo una experiencia electoral común, que fue generando a la vez relaciones que trascendían este primer objetivo, pero de cuya

livedad tal vez sólo puede dar cuenta la concreción de otra meta que reiteradamente fue anunciada por sus dirigentes: la disolución de ambos partidos para dar lugar a una organización única.

Como es sabido, en política como en otros órdenes de la vida, la voluntad de alcanzar un objetivo, inclusive en aquellos casos en que se manifiesta con intensidad, puede requerir el concurso de otros factores que ayuden a despejar el dificultoso camino que hay que recorrer para desembocar finalmente en la meta que se dice anhelar. La mencionada experiencia electoral, cuyo inicio estuvo lejano de ser auspicioso, necesitó de la reiteración que deriva de una voluntad política que apostaba a la importancia de ese paso para poder pensar en el futuro nuevas instancias orientadas hacia un anhelo todavía difuso de constituir una nueva fuerza socialista. Se precisó una cierta dosis de obstinación para poner entre paréntesis las indiscutibles razones históricas que llevaron a la división sin límites de la izquierda en general y del socialismo en particular. Las experiencias sucesivas mostraron el acierto de tal decisión. Las últimas elecciones no sólo permitieron aumentar la representación parlamentaria socialista sino que convirtieron a la Unidad Socialista en la fuerza que está en mejores condiciones para articular el frente electoral de centro-izquierda que reiteradamente es reclamado por las agrupaciones que integran ese arco.

Los avances electorales han ido impulsando con una fuerza cada vez mayor en el seno de la Unidad Socialista la conveniencia de empezar a hablar de los tiempos de gestación de la nueva fuerza. Para unos la experiencia acumulada ha creado las condiciones propicias para que el alumbra-

miento no se haga esperar. Como en los procesos naturales, afirman, una demora exagerada puede poner en peligro la parición. Para otros, todavía no se ha producido la maduración necesaria, y cualquier aceleración, sostenida, si no puede calmar la ansiedad que este proceso necesariamente despierta, generaría una criatura defectuosa.

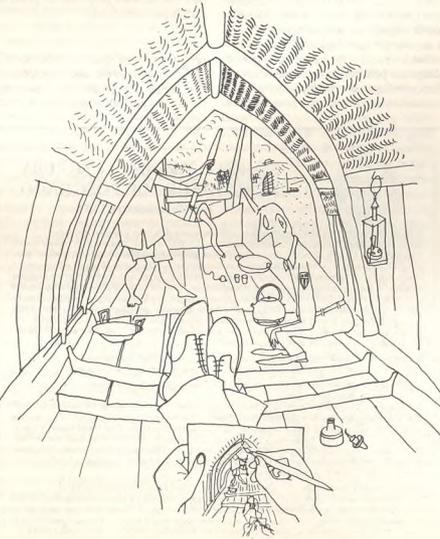
Se trata, por cierto, en ambos casos, de argumentos atendibles. Con otras palabras, y con otras razones, consideraciones parecidas fueron expresadas en experiencias similares que se realizaron en otras partes del mundo. Porque es sabido que todo intento de gestar una nueva fuerza a partir de agrupaciones preexistentes generalmente debe transitar un camino sinuoso. En aquellos casos en que este proceso se llevó a cabo en mucha medida dependió de la existencia de una figura exclusiva que impulsara tal propuesta para que éste llegara a buen puerto. Por el contrario, cuando aquella figura está ausente la suerte de tal proyecto pasa a depender de una fuerte voluntad política de los dirigentes y de la exigencia de los demás integrantes de las fuerzas partidarias.

En una situación de *impasse* de esta naturaleza me cuesta dejar de recordar las reflexiones de John Rawls respecto de la equidad social. El afirma que la única manera de reformar un sistema de reglas es que los reformadores actúen bajo el velo de la ignorancia, esto es, que nadie debería conocer su propia posición después de la realización de la reforma. Si la misma legislación no debería tener en cuenta en aquellos casos en que existen intenciones declaradas de construir una nueva fuerza política a partir de otras preexistentes que postulan la conveniencia de dar paso a una nueva instancia organizativa, pero que se enfrentan a dificultades que ponen trabas a los propósitos enunciados.

Porque, en el caso que nos ocupa, si las posiciones de arranque de los partidos, y de sus respectivos dirigentes, no cambian, y cada partido, y sus dirigentes, pueden prever su probable ubicación después de la reforma, cada partido, y sus dirigentes, elegirán la reforma más favorable a su probable situación futura. De la misma manera, si pueden prever una situación desfavorable, dilatarán la reforma hasta estar en mejores condiciones para lograr en el futuro una ubicación de privilegio.

Así las cosas, para que la reforma sea posible es necesario mezclar las cartas. ¿Pero cómo es posible llegar a la decisión de mezclar las cartas en una experiencia de esta naturaleza? No se me ocurre otra propuesta que una clásica para estos casos: que todos aquellos integrantes de ambos partidos -que siempre existen- que no anteponen a la reforma una colocación privilegiada en el futuro insistan con mayor fuerza y la incrementen con la compañía de aquellos que si integran tales partidos están dispuestos a sumarse a una nueva fuerza que los represente.

La preferencia por el presente es una tentación en la que ha caído con una exagerada frecuencia la dirigencia política argentina. De la que no están por cierto excluidos quienes integran el amplio arco de la izquierda. Se trata de una valla que habrá que superar si es que efectivamente se desea construir una política y una organización que estén en mejores condiciones de dar respuesta a las exigencias de una sociedad cada vez menos dispuesta a esperar los tiempos de los políticos y de la política que transitan con ritmo y dirección distintos al que se reclama con mayor insistencia.



NOVEDADES del Fondo de Cultura Económica

G. Hermet
TOTALITARISMOS

A. Hirschman
RETORICAS DE LA INTRANSIGENCIA

Meyer
PERESTROIKA I

Meyer
PERESTROIKA II

F. Braudel
ESCRITOS SOBRE HISTORIA



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Suipacha 617; 1008 Buenos Aires
Tel.: 322-9063/0825 Fax: 322-7262

El Hogar Obrero: razones de su crisis y perspectivas

Héctor Polino

La cooperativa El Hogar Obrero, fundada por el Dr. Juan B. Justo en 1905, llegó a ser hasta hace poco tiempo la entidad más grande de América Latina y una de las de mayor significación del mundo.

Su crecimiento fue constante, y de los 19 asociados iniciales llegó a tener dos millones de miembros. Habiendo iniciado sus actividades como cooperativa de edificación, llegó a tener 300 sedes dedicadas al consumo; de cooperativa de crédito, llegó a poseer un banco vinculado a la entidad; con sus empresas industriales, el personal alcanza a 14 mil personas. Comedores, una revista, 13 centros de educación cooperativa, son algunas de las numerosas actividades realizadas por la entidad. A ello hay que agregar cinco mil viviendas construidas en barrios de casas individuales y edificios de departamentos. Ochenta y cinco años de trabajo constante, silencioso y honrado con innegable contenido social.

El último Congreso de la cooperación, que clausuró sus sesiones en el mes de noviembre de 1989, aprobó un documento final, que en la parte pertinente dice: "...Las cooperativas de consumo integradas por los estratos medios y bajos de la población, se inscriben por esa circunstancia dentro de la franja de quienes más sufren las consecuencias de la profunda crisis socio-económica que atraviesa el país". La declaración agrega: "El sector cooperativo de consumo, que ha sido el factor primigenio del cooperativismo moderno originado en Rochdale muestra -a pesar de sus sostenido crecimiento en cifras de distribución, abastecimiento y volumen asociativo- los agudos problemas de la hora".

Las hiperinflaciones, la política macro económica del gobierno nacional, y los errores cometidos en el manejo de la institución, condujeron a la crisis actual.

William P. Watkins, ex director de la Alianza Cooperativa Internacional, definió el cooperativismo como un movimiento económico que lleva a cabo la acción educativa. Si invertemos los términos de la ecuación, señaló, llegamos a la misma conclusión. Es decir, que el cooperativismo es un movimiento educativo que lleva a cabo la acción económica.

Llamé la atención que cuando se produjo la crisis de EHO en el mes de febrero de 1991, no se haya producido entre sus dos millones de asociados manifestaciones concretas de voluntad para organizar tareas de salvataje con verdadero respaldo popular. Resulta poco estimulante que el protagonismo haya estado a cargo de funcionarios públicos, bancos acreedores y algún sindicalista.

El Hogar Obrero debió competir con las grandes empresas capitalistas que explotan supermercados de auto servicio, aceptando que por su condición de cooperativa se encontraba en desventaja para luchar de igual a igual en ese terreno, por su operatoria transparente, especialmente en situaciones hiperinflacionarias como las que padeció el país.

Secretario de Estado de Acción Cooperativa durante el anterior gobierno, ex Concejal Municipal por la Capital Federal y actual Secretario Adjunto del Partido Socialista Democrático, el autor reflexiona sobre las razones de la crisis actual de la cooperativa creada por Juan B. Justo a principios de siglo.

Las grandes cadenas de supermercados organizadas con fines de lucro, que en algunos casos cuentan con apoyo de capital extranjero, dejan de lado consideraciones de tipo social y su gestión atiende únicamente a incrementar las ganancias, que benefician solamente al reducido grupo de accionistas dueños del capital. Además, EHO por su trayectoria y su condición de cooperativa tuvo que respetar reglas de juego limpias, implícitas en la doctrina de la economía social que es la esencia del cooperativismo. Valga a manera de ejemplo lo ocurrido durante los sucesivos brotes de hiperinflación. Mientras los supermercados capitalistas reafirmaban o escondían sus existencias de artículos de consumo popular, agravando el desabastecimiento, para escapar, EHO ponía a disposición de los consumidores el contenido de sus góndolas, como la prueba la concurrencia aluvional que se registró en sus locales en esos momentos.

El explosivo crecimiento de la cooperativa en los últimos años produjo requerimientos urgentes de personal rentado para atender los distintos servicios. La urgencia aludida y el escaso desarrollo de la educación cooperativa en nuestro país, fueron causas de la notoria falta de adhesión al ideario cooperativo que se advertía en la mayoría del personal. Es evidente que las autoridades de la entidad no encontraron el método idóneo para llevar a cabo una adecuada y permanente tarea de formación del personal.

Los depósitos de los ahorros de los asociados constituyeron una práctica que data de largo tiempo en EHO, habiendo adquirido en los últimos años un incremento extraordinario, que puso de manifiesto el grado de confianza pública que mereció la institución.

Cabe pensar que fue seguramente, la disponibilidad de tan importantes recursos en dinero lo que creó un estado de euforia, alentando a las autoridades de la cooperativa a encargar el reclutaje de edificios como los ex mercados Spineto y Abasto, obras que sin exagerar pueden calificarse como faraónicas. Además, se tomaban depósitos cuyos reintegros eran exigibles a corto plazo, con altas tasas de interés, para inmovilizarlos en el financiamiento de obras para, en el mejor de los casos, generar beneficios en el muy largo plazo.

El gran desarrollo de la entidad, extendida a lugares tan distantes del país, plantea varios interrogantes y la necesidad de un replanteo general en lo que hace a la estructura cooperativa.

¿Un qué medida el Consejo de Adminis-

tración ejercía en plenitud sus facultades para conducir actividades tan complejas y en qué medida las delegaba en la gerencia y funcionarios superiores de la institución?

En el supuesto de que la delegación de facultades respondiera a fundadas razones prácticas de eficiencia, ¿de qué manera el Consejo de Administración, el Síndico y la Auditoría Externa ejercían las funciones de control que les asigna la ley de cooperativas y el estatuto de la magnitud?

En una entidad de la magnitud de EHO, con sedes extendidas por todo el país, ¿la conducción centralizada en la ciudad de Buenos Aires es la mejor alternativa o deben analizarse otras con mayor participación regional?

Las dificultades actuales de EHO como las que tienen muchas otras entidades del sector de la economía social, son propias de un sistema perverso, que castiga la producción y el trabajo honrado, premiando en cambio, la especulación, las inmoralidades y corrupciones más escandalosas.

El gobierno nacional es coherente en esta materia al igual que en muchas otras. Desmanteló la Secretaría de Acción Cooperativa, tuvo congelados durante 14 meses, con la consiguiente desvalorización monetaria, el equivalente a 4 millones de dólares que aportaron las entidades en el marco de la ley 23427, que son destinados al financiamiento de proyectos de desarrollo y educación cooperativa, y le negó todo apoyo crediticio, avalés y garantías a una institución prestigiosa con 85 años de existencia.

La negativa provino del actual Ministro de Economía, que en el año 1982, siendo Presidente del Banco Central, licuó los pasivos empresarios y estatizó la deuda privada del orden de los 10 mil millones de dólares.

Es sabido por todos que EHO fue fundado por socialistas y siempre fue dirigido por socialistas, existiendo sin embargo una desvinculación orgánica total, entre el partido y la cooperativa. La experiencia histórica demostró que la práctica de un cooperativismo independiente de las estructuras políticas, fue una de las causas que hizo posible el extraordinario desarrollo que ha tenido el movimiento en nuestro país.

El Dr. Juan B. Justo se identificaba con los principios de Rochdale, de "neutralidad política y religiosa", porque se adaptaba mejor a las características particulares del país, que recibía con generosidad a las co-

rrientes inmigratorias que provenían del viejo mundo, imbuidas de las concepciones filosóficas, políticas y religiosas más diversas.

Esta doctrina, que aún hoy está vigente y que es aceptada en forma unánime por los integrantes del movimiento cooperativo argentino, no significa que deba dar la espalda a los temas que hacen a la vigencia de la democracia, ni desentenderse de los acontecimientos con repercusión social, ni que le esté vedado pronunciarse sobre los mismos.

La Internacional Socialista, por su parte, en diversas oportunidades se pronunció sobre las relaciones que deben existir entre los Partidos Socialistas y el movimiento cooperativo, y en todas, coincidió en resaltar la conveniencia de asegurar la "independencia orgánica" entre ambos estructuras.

La crisis de EHO no es la crisis del movimiento cooperativo, ni de la doctrina, ni de la filosofía de la cooperación.

Todos los días, en todos los países capitalistas quiebran empresas del sector cooperativo. Pero ello no se cuestiona al capitalismo como sistema. Si viviéramos en un país de economía mixta, por el momento, y alguna entidad de este sector entrara en crisis quizá tampoco se cuestionaría al sector solidario.

En consecuencia, la crisis de EHO, producida dentro del sistema capitalista de ninguna manera invalida al cooperativismo como herramienta de transformación, de progreso económico y de cambio social, en libertad y democracia.

Es más, frente a la crisis y a los estragos sociales que produce el modelo conservador, o neo liberal, la alternativa es el socialismo cooperativo y auto-gestionario.

La sociedad actual de economía mixta de base capitalista, debe ser transformada por una nueva sociedad también de economía mixta, pero de base cooperativa, con un poderoso sector de economía social. Tenemos que avanzar hacia una sociedad con rostro humano, construida por muchos que tienen poco, imbuidos de espíritu solidario, para reafirmar las aspiraciones más elevadas de una vida mejor.

Hay que construir un estado moderno en un país solidario, con estabilidad, pero con desarrollo. Para llevar a cabo esa empresa el capital es necesario, pero no suficiente. Lo importante es la voluntad de la sociedad para multiplicar el capital disponible, mediante la socialización de los conocimientos tecnológicos y científicos.

Ese es el gran desafío de la hora actual. El cooperativismo no es una panacea universal; tampoco un elixir milagroso que por el mero cumplimiento resuelve todos los problemas. Es una filosofía del hombre ante la vida, que basa su accionar en la práctica de la solidaridad, del esfuerzo propio y de la ayuda mutua, en una sociedad en la que lamentablemente vastos sectores practican el materialismo, el consumismo y la especulación en sus ventajosas.

La cooperación hace del individuo un hombre y de la unión de los hombres una verdadera sociedad.

Cuando la legislación noruega, al finalizar la Década de la Mujer de Naciones Unidas, propuso que "a situaciones desiguales corresponden soluciones desiguales", dejó sentado una vez más la conveniencia de cumplir con las recomendaciones que desde hacía ya un tiempo venían promoviéndolo algunos de los organismos que integran el sistema de las Naciones Unidas: la discriminación positiva. Posteriormente, y para que el término "discriminación" no diera lugar a susceptibilidades empezó a ser llamada "acción positiva".

Mientras esto empezaba a suceder en forma tangible en algunos países europeos, Argentina ratificaba, a través de la Ley 23.159, la "Convención para la Eliminación de todas las formas de discriminación contra la Mujer". Pero, al igual que la gran mayoría de los países que habían adoptado este Convenio internacional, en Argentina

un hecho como éste logró consolidar al movimiento de mujeres, al feminismo y a las mujeres políticas en un grupo homogéneo que, desde sus espacios específicos de acción, ideó acciones, declaraciones y movilizaciones que pusieron en la discusión pública y en la agenda política, un tema que parecía destinado al fracaso.

Hubo, por supuesto, algunas acciones netamente demagógicas producidas por el poder político; pero que no por eso fueron descartadas por parte de las mujeres, para lograr la "legitimación" del tema.

Con dos años largos de lobbies, presiones, discursos, marchas y movilizaciones, el día llegó, el 6 de noviembre de 1991 después de 14 horas de debate parlamentario, con la presencia de cientos de mujeres en la barra y en la calle, el proyecto original de la senadora Malharro se convirtió en ley.

Y con esto, sólo el prólogo: a partir de allí, la implementación de los mecanismos aptos, la discusión en el seno de los partidos políticos, en el interior mismo del movimiento de mujeres, la extensión de la norma a las instancias provinciales y municipales. A partir de allí la búsqueda de los mecanismos de adaptación de esta legislación a los proyectos de reforma electoral que se están planteando desde el Ministerio del Interior, donde la Secretaria Adelina de Viola, la misma que en su momento no firmó junto con sus congeneres el proyecto legislativo en cuestión, tiene a avanzar en el diseño de modelos electorales que consolidan el

bi-partidismo a través de la uninominalidad o la binominalidad, espaciando los turnos electorales e incluso pretendiendo eliminar la obligatoriedad del voto.

Si el 6 de noviembre las mujeres políticas, inmediatamente nos dimos cuenta que estábamos recién al principio de otra lucha, esta vez más profunda, que debe ser dada en forma armónica y coherente pero ahora en otros frentes, quizás más cristalizados y puntuales, que los ya superados.

Nos toca ahora decidir, desde un mayor compromiso ideológico, todo aquello con respecto a la "doble militancia", intentando un delicado equilibrio entre las cuestiones de género y las cuestiones políticas, máxime en este momento en el cual están en juego mecanismos con cierto sesgo antidemocrático, que necesariamente habrán de perjudicar a los sectores minoritarios de la sociedad.

¿Y ahora qué?

En este panorama por delante nos enfrentamos, en consecuencia, con un sin fin de dificultades. Llama la atención, en primer lugar, la falta de respuesta por parte de las estructuras partidarias de un espacio de discusión interna para analizar de qué manera esta ley va a ser cumplimentada. Más bien parece que los

Mirada mujer

Acción positiva: ¿justicia, necesidad o discriminación?

Zita Coronato Montes de Oca

La autora se refiere a la controvertida "ley del cupo", que fija en el 30 por ciento la participación mínima de la mujer en las listas electorales. Luego de explicar que el sentido original de esa demanda fue tomar como punto de arranque una discriminación para tratar de neutralizarla, puntualiza los problemas que obstaculizan la aplicación efectiva de la norma y define los nuevos objetivos que el tema plantea.

Si el 6 de noviembre las mujeres políticas, inmediatamente nos dimos cuenta que estábamos recién al principio de otra lucha, esta vez más profunda, que debe ser dada en forma armónica y coherente pero ahora en otros frentes, quizás más cristalizados y puntuales, que los ya superados.

Nos toca ahora decidir, desde un mayor compromiso ideológico, todo aquello con respecto a la "doble militancia", intentando un delicado equilibrio entre las cuestiones de género y las cuestiones políticas, máxime en este momento en el cual están en juego mecanismos con cierto sesgo antidemocrático, que necesariamente habrán de perjudicar a los sectores minoritarios de la sociedad.

¿Y ahora qué?

En este panorama por delante nos enfrentamos, en consecuencia, con un sin fin de dificultades. Llama la atención, en primer lugar, la falta de respuesta por parte de las estructuras partidarias de un espacio de discusión interna para analizar de qué manera esta ley va a ser cumplimentada. Más bien parece que los

políticos (o los legisladores) apabullados por las evidencias de la ausencia de mujeres en las listas y en la conducción, hubieran hecho una suerte de expiación de culpas votando favorablemente la ley, pero pretendiendo que la misma se convirtiera en una mera escenografía progresista y no en una verdadera práctica de democracia real.

La coyuntura socio-política del país, la crisis económica, los avances autoritarios del Poder Ejecutivo sobre los otros poderes, la decapitación de las "corporaciones", la falta de propuestas alternativas al plan neocorporador siguen ocupando el primer plano de las preocupaciones de la dirigencia, que no alcanza a mantenerse a flote en el aluvión de astucia derramado por Menem.

La corrupción, que ocupa las primeras planas de los diarios, no sólo del país sino también del exterior, manotea ocupada a la sociedad y casi no existen filtraciones por donde un tema como la aplicabilidad de la "ley del cupo" pueda filtrarse.

¿Hay que modificar el texto original? ¿Hay que presionar en el interior de los diferentes partidos políticos para su reafirmación? ¿Hay que creer que su sanción fue similar a los espejismos del Sahara? Por supuesto que no: de la misma manera como se logró su sanción se debe ahora avanzar en la discusión de su aplicación.

Es necesario que la misma cohesión que existió entre las mujeres del movimiento social, las feministas y las políticas se reitere ahora, con estrategias diferentes, para lograr incorporar en la discusión de la dirigencia el verdadero espíritu de la ley: atendiendo en la modificación del régimen electoral a la plena vigencia de los fundamentos del cupo.

Más allá de las consideraciones generales acerca de la oportunidad de la discusión, las mujeres no podemos ni debemos aceptar que la ley del cupo se convierta en algo tan inalcancable como el 82 por ciento móvil o aquella frase que encabeza las políticas sociales de la década del 50: "Los únicos privilegiados son los niños".

La democracia necesita de las mujeres, no porque nuestra presencia en la vida pública sea de naturaleza diferente a la de los varones, sino porque nuestro rol social, nuestra "mirada-mujer" y la igualdad de derechos y deberes que nos caben en cuanto a integrantes mayoritarios de la humanidad, son, sin lugar a dudas, factores que deben tenerse en cuenta en lo que hace a la acción de las mujeres en la política y en su relación con el poder.

Esa ley sancionada el 6 de noviembre de 1991 tiene un objetivo fundamental: consolidar una democracia que pretenda como que deje de ser virtual para convertirse en una democracia real. Y sin lugar a dudas, si las mujeres seguimos ausentes, el camino a la realidad seguirá siendo una utopía, a pesar de las leyes sancionadas.

NUEVA SOCIEDAD

Director: ALBERTO KOSCHÜTZKE
Jefe de Redacción: SERGIO CHEJFEC

SUSCRIPCIONES (Incluido flete aéreo)	ANUAL (6 Nros.)	BIENAL (12 Nros.)
América Latina	US\$ 20	US\$ 35
Resto del mundo	US\$ 30	US\$ 50
Venezuela	Bs. 300	Bs. 500

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61712 - Chacao - Caracas 1060-A. Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

UNIVERSIDAD

Encuesta I

La crisis del sistema universitario argentino

Sería ya redundante afirmar que la educación superior en la Argentina afronta la -quizás- más profunda crisis de su historia. Crisis cuyo aspecto más grave no se encuentra en la carencia material sino en la patética falta de iniciativa para afrontar el problema en que nos encontramos quienes tenemos la tarea de administrar los asuntos universitarios. El hecho evidente de que nos encontramos frente a un gobierno que no tiene -simplemente- una política educativa nacional, no nos puede servir de argumento para negar las características de un problema mucho más estructural que las relaciones entre la administración universitaria y el gobierno nacional.

En números anteriores le hemos dedicado atención a la cuestión universitaria con la intención de generar una polémica, planteando temas que -sabemos- provocan irritación, tal vez precisamente porque nos enfrentan con nuestra falta de argumentos en el tema. Cuestiones como el financiamiento de la universidad, las políticas de admisión de estudiantes o las relaciones con un sistema nacional parecen haberse convertido en temas tabú para gran parte de la comunidad universitaria, que mira azorada cómo desde el poder se plantean restricciones, tácticas o rumores, sin atinar a una reacción que vaya más allá de la defensa -con distintos grados de rabia y énfasis- de los principios de la autonomía y del derecho de la comunidad universitaria a sobrevivir. Parece claro que este gobierno no tiene política para la educación superior, más allá de aquella que se desprende de las necesidades de ajuste del fisco. Es evidente que desde el gobierno se ubica a las universidades en la columna de "gastos" y de esa forma se las trata. Pero no estaríamos haciendo un análisis serio de la cuestión si no reconociéramos que el gobierno es coherente -en su falta de política-

La caja vacía

Julión Gadano

su concepción sobre el tema. Mientras no le genere mayores gastos, las universidades nacionales no forman -prácticamente- parte de la agenda oficial. La política universitaria del

Cuestionario

1. ¿Cuáles considera que son los aspectos centrales de la crisis del sistema universitario argentino? ¿Sobre qué bases debería reconstruirse?
2. La cuestión del arancelamiento de los estudios de grado se ha convertido, hoy, en un tema de debate y primera plana; intentando plantear el tema en términos algo más globales nos interesaría saber sobre qué bases -en su opinión- debe estructurarse el financiamiento de la educación superior en la Argentina?
3. ¿Sigue teniendo vigencia la Reforma Universitaria de 1918?
4. ¿Cómo debería ser -en definitiva- la relación ideal entre la universidad y el estado?

gobierno excede largamente a las universidades públicas, ubicándose en un lugar más que secundario.

Entonces, no se trata de que desde el gobierno hay odio y rencor hacia la comunidad universitaria y por eso se la condena al hambre: simplemente las prioridades pasan por otro lado y por eso se le reducen los fondos al mínimo sostenible, aunque tampoco se abre una discusión seria sobre la racionalización. Si la comunidad universitaria logra el milagro de sostenerse con esos fondos, un problema menos para el gobierno.

Partiendo del escenario planteado y de la presunción que desde las universidades se ha actuado prácticamente como si el gobierno central fuera el padre al que hay que quejarse, pero sin llegar a mucho más que pedidos de aumento de fondos, *La Ciudad Futura* ha querido plantear abiertamente el debate entre la comunidad universitaria, y es por eso que en el presente número damos comienzo a una serie de entrevistas a especialistas, autoridades y representantes de los diferentes actores que la integran. En esta edición hemos consultado a Oscar Shuberoff, Rector de la Universidad de Buenos Aires, a Luis Yanes, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y a Pedro Krotsch, sociólogo especializado en temas educativos y Secretario de Posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

Uno de los entrevistados, el doctor Shuberoff, refiriéndose en un reportaje reciente a la necesidad de afrontar más seriamente el problema afirmó: "No quiero terminar como Saúl Ubaldini, defendiendo una caja vacía". Forma muy gráfica de plantear la situación en la que se encuentra la universidad y de definir un compromiso hacia un autogobierno que no parece ser complaciente.

versidad, reduciendo algunas de sus facultades y amenazándola con el poder que emana de su fuerza. Se ve amenazado también, por ejemplo, cuando el Ministerio de Educación -en una resolución- sostiene que en realidad los procedimientos adecuados no son los que fijó el Congreso y que marcan la forma en que se deben distribuir autónomamente los fondos de las universidades. Para el Ministerio lo correcto es que cada universidad le envíe sus propuestas de investigación y éste decida cuáles sirven y cuáles no, y por lo tanto cuáles financia y cuáles no financia. De esta forma se destruye toda capacidad por parte de la universidad de generar una política propia de promoción de la investigación.

Es cierto que en la medida en que no hay una legislación clara no hay elementos de referencia claros, pero de todos modos la situación de desprecio por el funcionamiento del Poder Judicial a la que asistimos hace pensar que, aunque tuviéramos una ley universitaria, la misma no nos garantizaría la autonomía, porque en realidad aquí se decide aun en contra de las leyes, y después la justicia avala esa decisión.

2 Fuera de toda duda en un país como el nuestro, pero aun en los países desarrollados, el estado tiene una obligación prioritaria en el sostenimiento de la educación. En la Argentina es imposible pensar en la educación superior si no es a partir del protagonismo del estado para sostenerla. Es absurdo y casi vergonzoso pensar que la universidad deba ser llevada a una situación tal en que la mayor parte de la energía de quienes la dirigen se oriente a pensar cómo se financian, cuando en realidad esto debería estar a cargo del estado, de manera que los decanos y los Consejos Directivos se pudieran abocar a los problemas que plantea el gobierno de una unidad académica de cátedras. Me parece que cuando se coloca este tema del arancelamiento lo que se hace es intentar poner una cortina de humo en torno a la cuestión central que aquí se debate: la asignación del gasto. Evidentemente la discusión no es sostenible para el gobierno en estos términos: entonces la plantea en términos subalternos, en términos casi distractivos. Plantear la cuestión del arancelamiento como discusión central del financiamiento universitario no tiene otro objetivo, porque en definitiva sí la sociedad quisiera que quienes estudian en la universidad o mandan a sus hijos a la universidad pública y tiene capacidad contributiva, se hagan cargo de una porción del financiamiento del estudio universitario, se sancionaría una ley dentro del sistema tributario para capturar esa capacidad contributiva. Lo que no se puede hacer es intentar convertir a la propia universidad en otra Dirección General Impositiva.

No es serio plantear estos problemas desde esta perspectiva. En definitiva: el estado debe financiar la educación superior, sin ninguna duda. Evidentemente, además, la universidad moderna debe estar necesariamente vinculada al medio colectivo y para ello se debe desarrollar intensamente la actividad de transferencia. Es una función trascendente de la universidad, y no como operación para financiar los estudios de grado; por otra parte jamás alcanzaría para financiarlos.

3 Sí, en varios sentidos. El primero de ellos es la actual abierta al cambio permanente, a la información, al pluralismo, al funcionamiento democrático y autogestionario de la universidad. Esto no



cambió. Pueden cambiar -quizá- las herramientas que en función de los nuevos tiempos aparezcan como necesarias para con-

cretar los mismos valores de entonces, que siguen vigentes hoy. La otra razón es que es posible que estemos viviendo en Argentina

Pedro Krotsch

1 En primer lugar quisiera señalar que no considero que se pueda hablar de un sistema universitario argentino. En éste (por lo menos en el ámbito público) los mecanismos de coordinación se asientan hasta ahora fundamentalmente en los reflejos defensivos de los distintos actores institucionales del sector. Por otro lado es poca la interacción observable en el campo de los títulos, currícula, carreras, perfiles institucionales, posgrado, investigación, etc., que permita pensar en formas de intercambio concertado. No se podría afirmar que exista un nivel de autoorganización diferenciado de la base del sistema. Existen, sin embargo, formas no explícitas, no del todo evidentes, de interacción entre instituciones del conjunto del nivel que remiten a la acción invisible del mercado. Estas formas aún larvadas son más fáciles de observar en el ámbito del mercado de estudiantes, así como el del prestigio institucional. No se conoce aún la forma en que estos mecanismos operan sobre la segmentación interna del sistema, pero sin duda han afectado la base

objetiva desde la cual se construye el discurso universitario actual. Todo eso es importante pues ha derivado lentamente en una pérdida por parte del sector universitario de su poder negociatorio frente al estado. No hay que olvidar que hace unas décadas éste tenía el control monopolístico de la producción y reproducción de conocimientos, saberes y formación.

Lo anterior tiene que ver en parte con la crisis actual, que es también crisis de identidad que se manifiesta en la desorientación de los actores y la debilidad de los discursos alternativos a los del neocorrespondiente oficial. De hecho y de manera permanente la universidad pública va perdiendo sus núcleos de excelencia y en campos disciplinarios como las ciencias sociales se hace difícil recuperar los perdidos en las últimas décadas. A diferencia de Brasil o Japón -que han mantenido al sector público como ámbito fundamental de la excelencia académica y la investigación- en la Argentina parece darse un proceso más complicado en el que por distintos motivos ninguno de los dos

un período que tiene extraña similitud con las primeras dos décadas del siglo; entonces, tenemos hoy el mismo reclamo contra la corrupción, el mismo reclamo de modernización real, el mismo reclamo de destrucción de los contubernios dentro de los sectores de poder que existían en esa época.

4 Creo que alguna vez tendríamos que tratar de probar durante un tiempo más o menos prolongado las herramientas que ya alguna vez se intentó y nunca se pudo usar. Me parece que en definitiva lo que se requiere es darnos permiso para la diversidad, es decir, una ley quizá no más prescriptiva que la ley Avellaneda, que le permita a la universidad construirse a sí misma sobre las pautas que defina, sin tener miedo. Una ley que, por el contrario, aliente la diversidad.

sectores puede desarrollarse claramente en esta dirección.

Quisiera agregar que además de los factores estructurales de la crisis actual ligados a la recomposición del sistema, el desarrollo tecnológico que revoluciona los campos profesionales, la restricción presupuestaria, etc., se observa un debilitamiento de los horizontes político-culturales de los actores universitarios. Esta parálisis, posiblemente ligada a todo lo anterior, se ha manifestado en la debilidad observable en materia de proyectos y discursos, así como en el creciente particularismo de las reivindicaciones. Más allá de lo anterior, me pregunto por las características del sujeto, soporte hoy de la universidad pública y de la Reforma. Me parece que debemos preguntarnos también acerca de las diferencias en las condiciones sociales e institucionales vigentes en tiempos de la Reforma y las condiciones existentes hoy. Así, a partir del reconocimiento de la nueva complejidad institucional en la que se mueve el sector público, del medio ambiente en el que se hacen presentes los nuevos desafíos y las características de los nuevos actores universitarios podremos plantearnos una nueva Reforma que esté a la altura de los tiempos.

Lo anterior deberá expresarse en primer lugar como una reformulación de la capacidad de maniobra de las instituciones. Esto tiene que ver directamente con el problema de la gestión y la gobernabilidad de las instituciones de educación superior, hoy sobrecargadas de conflictos no suficientemente sometidos a la preeminencia de lo académico-institucional. Esta falta de pertinencia del conflicto, como factor natural del desarrollo universitario, será de difícil resolución, pues implica modificar la actual lógica con la que se construyen los consensos en torno al ejercicio del poder en la universidad. Es necesario agregar también que hoy no pueden esperarse soluciones que provengan de una aparente racionalidad extrauniversitaria. Los paradigmas educativos y sociales de los '50 se basaban en los supuestos de una creciente expansión lineal del progreso, y sin adecuados para comprender un mundo cada vez más tético por la incertidumbre. En este contexto la universidad tiene frente a otros organismos la ventaja de la maleabilidad de sus estructuras organizacionales. Sin embargo esta virtud potencial puede convertirse en debilidad si no son movilizadas por actores conscientes del papel que los toca desempeñar en el

Oscar J. Shuberoff

1 Creo que cuando uno dice que el sistema universitario se encuentra en crisis, está aludiendo a esa suerte de asimetría o inadecuación que hay entre una universidad que sigue -en lo fundamental- siendo aquella que se creó para un mundo que ya no existe, y la necesidad de una universidad moderna, científica, innovadora. Esa que es la que hace falta para un país como en el que estamos entrando, en el que nos estamos convirtiendo, y para el que se requiere generar mayores dosis de competitividad de los actores sociales, requisito indispensable de mejoramiento de la calidad de vida de las mayorías. Esto requiere de un proceso que es vivido como crisis, pero que en realidad es de transformación. Este es el argumento central con el que funcionamos quienes tenemos la responsabilidad de conducir las universidades nacionales desde 1984. Es decir, la epopeya de la transformación desde una universidad iden-

tificable con un enseñadero al estilo napoleónico dividido de acuerdo a un criterio "profesional", donde en general no se pone énfasis en la creación de conocimiento. Por otra parte, el diseño de llegada al que aspiramos

es el de una universidad moderna, científica, que esté en condiciones de crear conocimientos y de transferirlos a la sociedad. Este es un proceso de transformación en el que estamos implicados y comprometidos a partir de la restauración de la democracia en el país -y por lo tanto en la universidad-.

Peró hoy una crisis de coyuntura, que es

la provocada por los severos condicionamientos que estamos enfrentando y que amenazan con detener este proceso. Estos condicionamientos son básicamente dos. En primer término, hay una asfixia presupuestaria grave, que se manifiesta sobre todo en salarios indecentes. Quiero decir que cuando la universidad pierde a su gente porque ya no está en condiciones de convocarla a partir del salario -que ya es simbólico- amenaza con convertirse en un cascarón vacío. Entonces, si no se actúa rápidamente en materia salarial entramos en un declive irreversible, del que va a ser muy difícil salir, y esto es grave. El segundo tipo de condicionamiento son los que se imponen a la autonomía, porque hoy en día importa la dificultad de poder pensar y vivir a la universidad como un espacio para la libre circulación de las ideas, para la creatividad, para lo cual se requieren márgenes de pluralismo y tolerancia muy importantes. Y el pluralismo se ve amenazado cuando el gobierno intenta intervenir de hecho a la uni-



momento de ruptura del antiguo orden institucional y social.

2 Creo que la cuestión del arancelamiento como cualquier otra que se refiera a la educación no puede ser discutida de manera aislada. De cualquier manera en este aspecto particular, toda modificación a la situación actual debería apoyarse en medidas complementarias que le dieran sentido, dirección y consistencia a esta política educativa. De no ser esto así la introducción de nuevas formas de arancelamiento sumará una limitación más a las ya existentes en el sistema educativo nacional.

Lo señalado amerita incluirse, sin embargo, en una reflexión de mayor alcance. El tema del arancelamiento tiene que ver con el carácter más o menos público o universal de las prestaciones, reclutamientos, valores y conocimientos que se transmiten en la educación. Es decir que a aquél es sólo uno de los elementos que permiten caracterizar al continuo privado-público en el que se mueven las distintas instituciones educativas que podamos caracterizar. Como ya sabemos, pero no reconocemos, desdorar el acceso formal a la educación superior no significa democratizar la permanencia y el egreso. La desigualdad se construye en los niveles previos del sistema y persiste de manera perversa, por considerarse ahora como desaparecida, en los tramos superiores del sistema. El capital cultural diferencial en la familia o en los colegios no se disipa por decreto o por el levantamiento de algunas barreras. En este sentido quisiera señalar que si partimos de la base de la necesidad de una universidad más democrática posible dentro de las actuales condiciones, las medidas que supongan un arancelamiento deberán justificarse como medidas de compensación a las desigualdades actualmente existentes. En resumen, considero que toda política de arancelamiento en la universidad pública debería plantearse no sólo como una posible política de ingreso complementario sino como una medida que suplantada a la educativa profundice la universidad que debe tener necesariamente lo público.

En cuanto a la pregunta acerca de otras formas de financiamiento creo que se hace necesario enfatizar primero la obligación que tiene el estado en el desarrollo del sector público. De lo contrario este sector se merceda cada vez más a dar respuesta al mercado perdiendo así las características vinculadas a lo universal y al largo plazo que le son propias. Cumplidos estos prerequisites, las alternativas de financiamiento democráticas son múltiples. Pero aquí quisiera señalar dos cosas. En primer lugar, que se hace necesario someter el principio del ingreso adicional o complementario a los principios normativos y organizacionales de la universidad, y segundo, que la vinculación de la universidad pública con la sociedad no puede reducirse a relaciones conatadas. Con respecto al primer aspecto señalado creo que, por ejemplo, la relación universidad-empresa no ha sido abordada en muchos casos de manera de preservar el desarrollo institucional de las casas de estudio, produciéndose así numerosos desfasajes en la dedicación de los científicos a las tareas de docencia, así como en la remuneración y poder diferencial dentro de la institución. Toda acción en este sentido parece requerir de una política paralela que asegure la pertenencia de los recursos humanos comprometidos a la institución. Con lo que quiero decir es que la búsqueda de articulaciones con la empresa no se realiza en el marco de una política de desarrollo institucional que aliente el compromiso de los investigadores



y docentes con la institución lo que se tendrá como resultado es un remedo de la tan mentada paritratista. Esto, por lo pronto, ya existe aunque no explícitamente en algunos campos disciplinarios de las universidades. Por otro lado puede decirse que el aporte propio de la universidad pública al desarrollo tecnológico, científico y cultural del país está vinculado con la posibilidad de que este sector tiene (diferencial del privado) de responder a necesidades infraestructurales que vayan más allá de la comunitaria. En esta particularidad radica también, en gran medida, el carácter y potencialidad de la transferencia e intercambio.

En relación al tema del financiamiento es necesario agregar que no puede desligarse a los hospitales, deportes, complementarios, de la reforma de los actuales mecanismos de gestión y administración. Las restricciones que existen actualmente dificultan el desarrollo de una política explícita y clara de recaudación adicional, fomentando las formas espurias de contratación e ingresos y prestaciones. No cabe duda que una reforma de los mecanismos de gestión universitaria constituye una tarea por demás difícil si partimos de la base de que la universidad es una "organización compleja", cuyas potencialidades y virtudes profundas precisamente de no responder al perfil organizacional de la empresa o la burocracia. Es dentro de esta especificidad así como de aquellas derivadas del compromiso con el largo plazo, la universalidad de su orientación normativa y la autonomía, deben deber realizarse las reformas que imponen los actuales desfasos.

Luis Yanes

1 Una universidad es, por definición, un ámbito de producción, circulación y transferencia del conocimiento. Estas actividades sólo pueden generarse con un adecuado equilibrio entre enseñanza e investigación donde cada una de aquéllas interacciona.

En ese sentido existen dos tipos de universidades en Argentina: las universidades públicas, en las cuales esas premisas, no sin tropiezos, se cumplen o al menos se intenta cumplir; y la mayor parte de las universidades privadas, donde sólo se mercantiliza la transferencia de conocimiento a partir de

3 La vigencia de la Reforma universitaria del '18 no puede abreviar en legitimidad pasadas. En este sentido se hace necesario remarcar la potencialidad que la Reforma tiene en materia de desarrollo de las formas de representación democrática de los grupos de interés así como de los mecanismos de negociación en la universidad. Los mecanismos de gobierno desarrollados a partir de la Reforma han permitido el desarrollo de una conflictividad que es precondición para el desarrollo científico y cultural. Sin embargo la apertura a la introducción de demandas de grupos internos y externos a la institución puede ir acompañada de una pérdida de la autonomía en la medida en que los intereses no académicos no logran expresarse de manera subordinada a los valores y orientaciones que particularizan a la organización. Sobrecreación en la incorporación de intereses, morosidad en la resolución de conflictos y toma de decisiones así como heterogeneidad de los intereses representados, constituyen algunos de los problemas que la universidad tiene que resolver en relación a su gestión. Esto es a la vez complicado pues implica reconstruir el sistema o la lógica de formación de consensos que regulan actualmente el conflicto y la negociación.

Se hace necesario recalcar que las afirmaciones anteriores constituyen una generalización en la medida en que no toman en cuenta las particularidades que las formas de gobierno adquieren dentro de distintos ámbitos institucionales y disciplinarios. No cabe duda que el carácter más o menos académico que adquiere el conflicto depende en gran medida de factores del contexto

no universitario, pero también del grado de madurez e institucionalización de las disciplinas y organizaciones universitarias particulares en que aquél se expresa y desarrolla. La nueva Reforma debe partir de un reconocimiento profundo de los mecanismos en base a los cuales se reproduce la vida universitaria en las 27 instituciones públicas del país. Sólo otorgando al sujeto objetivamente, como dijo Pierre Bourdieu, será posible la construcción de un nuevo proyecto universitario. Es decir que hoy se hace más necesario que nunca construir los fundamentos de un nuevo diseño universitario.

4 Si partimos del supuesto que la autonomía académica e institucional constituyen la condición indispensable de la creación de conocimientos y saberes, habrá que desarrollar un sistema de coordinación no impuesto desde el estado. Hasta ahora el sistema universitario argentino se ha movido dentro de dos opciones de coordinación: por un lado el control burocrático autoritario prevalencia en los regimenes militares y, por el otro, la atomización de los poderes democráticos. Las condiciones de coordinación del sistema establecidas con la creación del CIN y el SICUM en 1984 no se expresaron en la elaboración de políticas universitarias concretas y hoy el CIN no puede salir de la lógica que al debate le imprime el estado. Sin embargo creo que este organismo constituye un instrumento necesario para la coordinación del sistema, apreciación que tiene como condición previa una revisión de su funcionamiento durante los últimos años.

La globalización de la problemática económica y la vida científica y cultural que promueven con cada vez mayor rapidez los cambios tecnológicos y científicos mundiales, así como los procesos de integración, exigen un doble movimiento que es, simultáneamente, de flexibilización y de fortalecimiento de las identidades institucionales. La universidad argentina deberá asumir en su política la responsabilidad de integrarse hacia dentro al mismo tiempo que se abre a la región y al mundo. El destino de la universidad pública depende de factores externos pero también de la forma como procese las condiciones impuestas por el contexto. Esto implica construir un centro, lo que a su vez deberá apoyarse en un profundo proceso de institucionalización (del cual no cabe hablar aquí) dirigido a transformar los mecanismos de gestión del marco de la necesidad de mantener el equilibrio entre eficacia institucional y democratización de la educación superior. El desafío es complejo y lleno de restricciones. También lo fue el de la Reforma.

universidad esté siempre en crisis académica-científica, siempre interrogándose a sí misma sobre la calidad de su producción, la actualización de los conocimientos que en ella se imparten, la vigencia de sus planes de estudio, la certeza de sus últimos descubrimientos, la objetividad de sus afirmaciones. Una universidad que se considera buena a sí misma, o está destinada académicamente al fracaso, o su preocupación es más de marketing que científica.

En este sentido, las universidades nacionales han recorrido una etapa importante desde el advenimiento democrático. Han sido sus actores, la propia comunidad académica y la discriminación ideológica, producen más del cincuenta por ciento de la investigación científica del país; tienen en sus aulas a los

mejores docentes; hoy, algunas carreras, en especial en el área de las ciencias humanas y sociales, tienen un nivel absolutamente superior incluso al de la década de los '60. Si embargo queda muchísimo por hacer. Un compromiso que sea el resultado de la práctica de la excelencia académica, la participación política y la inserción social de la universidad; elevar el nivel de sus docentes; controlar la calidad del conocimiento que se produce y se imparte en sus aulas; mejorar la oferta de posgrado; sólo por mencionar un pocos aspectos.

Lo que se ha hecho y lo que se debe hacer está condicionado en la actualidad por las condiciones económico-financieras que le impone el gobierno. Este sabe mejor que las propias universidades que "el" punto de cruce entre la economía con la política es el presupuesto. Haciendo uso de éste, ha decidido un esquema de financiamiento que coloca a la educación pública superior al borde del colapso en el corto plazo. En este contexto, los principales problemas son el salario de docentes y no-docentes, que subsidian con sus bajas remuneraciones el sostenimiento de la universidad, y provisión de recursos económicos que permitan contar con los insumos académicos básicos (libros, revistas, mantenimiento de infraestructura, laboratorios, drogas, etc., etc.).

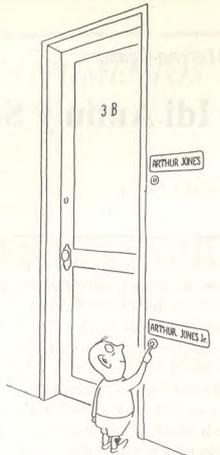
2 En primer lugar, estoy en contra del arancelamiento de los estudios de grado porque sí. No porque sea un necio, sino porque comparto incondicionalmente los principios que dan sustento a la gratuidad de la enseñanza, y los principios son requisitos sólo en la medida en que constituyen una parte de un proyecto político social compartido, y no como consecuencia de la aceptación desesperada de una política impuesta por otros.

En segundo lugar, creo que, políticamente, discutir el tema desvinculado del problema del financiamiento universitario implica caer en la trampa del arancelamiento. El arancelamiento es, en este contexto social, un impuesto mediente, regresivo y antidemocrático, tendiente a instalar desde afuera un conflicto al interior de la universidad, que bajo ninguna hipótesis sería solución al principal problema económico de la educación superior que es el del salario de sus docentes y no-docentes. Por otra parte, diversos estudios realizados demuestran que un alto porcentaje de alumnos fuera comprometida su posibilidad de seguir estudiando y cerraríamos definitivamente las aulas a vastos sectores sociales.

El estado es en todo el mundo el principal sostenedor económico de la universidad (Alemania 100 por ciento, Canadá 80 por ciento).

Mal pueden criticar la existencia de la universidad pública y gratuita quienes a la postre utilizan efectivamente su enorme potencial formador de recursos humanos. "Los sectores más concentrados de la producción, las finanzas y los servicios se han visto permanentemente favorecidos por la formación de un ejército intelectual de reserva" (Yanes, Revista Espacios N° 10) formado en un 80 por ciento en las universidades nacionales.

3 La demostración más palpable de su vigencia está en que los períodos entre que la democracia ha fundado o fundado, coinciden con los de mayor desarrollo y relevancia de sus actividades académicas. Sin embargo, esa vigencia debe ser mejorada y potenciada: incorporando a



los no-docentes como cuarto claustro. Revisando la representación de profesores, graduados y estudiantes en los Consejos Directivos y el Consejo Superior, a favor de una participación más equitativa y dando mayor lugar a las minorías. Creando la carrera docente y de investigador. Estableciendo más taxativamente las atribuciones de los órganos de gobierno, para evitar que los enemigos de adentro operen haciendo uso y abuso de aspectos no claramente reglamentados en el estatuto actual. Reforzando la autonomía universitaria, no con un sentido liberal-burgués, sino a favor de la creación de condiciones materiales que garanticen la excelencia académica y la relevancia social de los conocimientos que se producen. Controlando la calidad de la oferta educativa. Promulgando la defensa estricta de los derechos humanos y la libertad académica. Creando condiciones materiales (becas) y de ingreso que garanticen la igualdad de oportunidades a todos los sectores sociales.

4 Es una pregunta de difícil respuesta, a la que requeriría analizar un supuesto inexistente: la existencia de un estado abstracto, política e ideológicamente objetivo. Si así fuera, el estado debería garantizar el funcionamiento y financiamiento de la universidad, y demandar de ésta la más alta calidad de la enseñanza, la actualización del saber, la producción de conocimiento socialmente relevante y la óptima administración de los recursos que la sociedad, a través del estado, le confía.

Estas obligaciones son y deberán ser siempre compromisos de la universidad con la sociedad.

El proyecto neoconservador instalado en la Argentina ve a la universidad, en lo económico, como un gasto que va a contrapelo de su política de ajuste fiscal, que tiene como objetivo casi excluyente el de reducir tributo a la deuda externa. En lo político, el estado visualiza la universidad como un sujeto socialmente peligroso, en la medida en que, por las características que le son inherentes, puede ser un estorbo en su necesidad de acompañar el ajuste económico

con un ajuste social, que cree condiciones de irreversibilidad que consoliden la sociedad de los privilegiados y hagan técnicamente imposible la generación de un proyecto político social alternativo.

Esto quisiera explicar el por qué los funcionarios del área de educación instalan críticas respecto a la universidad, sin llevarlas de contenido. Son ignorantes de las cuestiones académicas, no sólo porque ignoran, sino porque ni siquiera le interesa saber. Su objetivo es claro: querer controlar las universidades nacionales.

Aunque parezca contradictorio, y hasta, para cierta lógica de la prudencia que domina a nuestros intelectuales, temera-

rio, la universidad debe exigir el sostenimiento de la educación superior con salarios dignos e insumos académicos suficientes, y al mismo tiempo, redoblar su compromiso con la sociedad. Los universitarios debemos contribuir con lo que sabemos hacer, por modesto que sea, a la construcción de un proyecto de transformación social, donde el universitario sea uno de sus componentes. De lo contrario, toda crítica y toda producción no serán más que prácticas estériles y autocomplacientes frente a la miseria, la marginalidad, el capitalismo salvaje, el prebendarismo político y la erosión formal de la democracia.

Aporte

Universidad nacional Albergue Warnes

Lucrecia Teixidó

A través de las autoridades educativas el Gobierno se ha desmembrado de las escuelas primarias y secundarias y hay evidencias de que intenta hacer lo mismo, pero por otros medios, con la enseñanza universitaria.

La universidad nacional está en conflicto con el nuevo momento histórico y atraviesa una crisis presupuestaria y académica cuya desahogada, sea cual fuere, tendrá consecuencias profundas en la vida social, cultural y económica de la Argentina. Junto a esto derrumbe paulatino un florecimiento extraordinario de universidades privadas que compiten por un sector restringido de aspirantes, ofreciendo al mejor postor calidad educativa, inserción e investigación en áreas presas, excelencia en la formación de la futura clase dirigente, sentido ético, rigor científico, pensamiento independiente y muchas cualidades más.

Se escuchan distintas voces sobre el problema universitario; que esta universidad es obsoleta; que el presupuesto es miserable; que el estado no puede financiar la educación superior para el 2 por ciento de la población del país; que los sueldos de docentes e investigadores son bajos que desalientan e investigaciones y desprecian la función de profesores e ayudantes; que los egresados tienen una formación cada vez más mediocre; que hay 1700 títulos profesionales y 27 universidades, cantidades y superposiciones que perjudican la excelencia académica; que el estado debe jerarquizar la enseñanza universitaria; que el estado debe desligarse de ella y dejar el terreno libre a la competencia privada.

El gobierno tiene un proyecto para la universidad y probablemente, ayudado por los nuevos vientos que soplan, logre imponer sus condiciones. Hay que discutir ese proyecto, exigir mayor presencia, resistir el vaciamiento de la universidad pública. Pero ese es sólo un aspecto del problema que está planteado hoy.

La comunidad universitaria debe hacer una evaluación de lo realizado desde 1983 hasta ahora. Debe formular su propio proyecto, su propia oferta como ente autónomo, y para ello cuenta con personal idóneo. La universidad es responsable, dadas las circunstancias que le toca vivir de su futuro. Debemos abrir la polémica sin intereses mezquinos especulaciones políticas. Está en juego el futuro de la universidad pública y en el naufragio, si lo hay, no se salvará nadie.

A los rectores, decanos, docentes, no-docentes, estudiantes y organizaciones políticas se les plantean dos cuestiones: buscar el modelo de universidad que las nuevas circunstancias históricas exigen y, por otro lado, formular propuestas concretas para detener la caída, conseguir fondos propios a través de convenios con instituciones o empresas garantizando su independencia y excelencia académica; hacer eficaz el nombramiento de docentes con sus diversas dedicaciones; discutir seriamente el arancel estudiantil; resolver con sentido práctico el destino de edificios ocupados por múltiples institutos de cada carrera; dejar de defender los espacios como si fueran cosas de cata.

Las organizaciones políticas que trabajan en el ámbito universitario y en especial Franja Morada, que desde 1983 "arasma" prácticamente en todo el país, no pueden eludir un grave dilema: siguen defendiendo la universidad tal como es hoy, con el riesgo probable de convertirse en la fuerza hegemónica de un Albergue Warnes del intelecto, o se abocan a discutir y proponer no sólo el modelo de universidad que necesitamos para el futuro, sino cómo hacer para que ésta conserve y mejore la calidad que la distinguió aquí y en el resto del mundo y para lo cual la universidad argentina se postula.

Si la universidad no encuentra soluciones propias, elaboradas por la comunidad universitaria, los votos, centros, federaciones, decanos y rectorados serán simplemente sombras. Y si eso ocurre, el que triunfe en las elecciones o en el manejo de los cargos, sólo podrá llorar sobre las ruinas.

ENTREVISTA

Conversación con Moreno Ocampo

La Argentina, entre Idi Amin y Suecia

Oswaldo Pedrosa/Marcelo Leiras

El miércoles 11 de marzo, a media tarde, entrevistamos al doctor Luis Moreno Ocampo en su despacho del edificio de Tribunales.

Hubo generalizada perplejidad en la opinión pública al conocerse su decisión de renunciar a la Fiscalía.

Paradójico es que aún no lo presenté. Está claro que lo formal no es lo importante en este caso. Lo que sucede es que la sociedad se había formado la imagen de que la posibilidad de que la justicia cumpliera su cometido estaba supeditada a la presencia de ciertas figuras y su declaración de que no es posible dar desde dentro la lucha que se debe librar contra la corrupción crea desconcierto. Dos preguntas surgen, entonces, sabiendo que usted no declina de esa lucha, sino que considera que ese no es el espacio adecuado para hacerlo. La primera, ¿por qué? ¿ luego, cómo hacerlo? ¿

Creo que el sistema penal es el sistema de control último. Es el sistema de control más duro, porque tiene las consecuencias más graves. A la vez, el sistema que exige mayores datos, mayores pruebas, mayor información, mayores precisiones, procedimientos más rigurosos, una serie de exigencias muy altas. Y tiene una función específica, que es básicamente confirmar en sus creencias a la gente que no comete delitos. Esto supone que la función del sistema penal va a actuar sobre los márgenes. Concretamente, en un país en el cual la regla se cumple en un 90 por ciento, el sistema penal va a actuar sobre el 10 por ciento que no lo cumple, lo va a condonar y sobre todo va a reafirmar en sus creencias al 90 por ciento. Esas es la función del sistema penal. Pero ante un caso como el argentino, donde tenemos un fenómeno de corrupción generalizada, que hasta diría que es estructural, el sistema penal no puede ser la herramienta, porque no es capaz de dar cuenta de un problema de tal naturaleza.

Creo que en la Argentina, más importante que encontrar personas culpables es encontrar sistemas culpables. Y les doy un ejemplo: es absolutamente elemental en los sistemas de control que los controles sean externos al organismo que se analiza. Pero tenemos el caso del PAMI, que maneja uno de los presupuestos más altos del país, con más de mil millones de dólares por año, y no tiene ningún órgano de control. Para colmo, en el último tiempo ha estado a cargo nada más que de un interventor, ni siquiera un directorio. Esto es un sistema obvio de corrupción.

Frente a eso lo que digo es: no pongamos el acento en el sistema penal, porque lo estamos poniendo mal, la corrupción es un problema del sistema administrativo. Entonces, básicamente, hay que mirar ahí. Es importante poner el acento en eso, en cómo se están seleccionando las personas para los cargos de la administración, ese es el eje. Creo que lo que hay que hacer es iluminar eso. Que la sociedad lo tenga claro.

En momentos en que cumple sus últimas tareas como Fiscal, el doctor Luis Moreno Ocampo conversó con *La Ciudad Futura*.

Explicó por qué considera que el Poder Judicial no es, en la Argentina, el ámbito apropiado para luchar contra la corrupción y se refirió a sus propuestas para estimular la demanda de justicia en la sociedad. Habló de los juicios a las Juntas, del Yomagate, de la independencia de los poderes y de las aspiraciones hegemónicas de todo gobierno y, al trazar una mirada sobre su experiencia en la fiscalía, afirmó que los argentinos vivimos entre la sequía y la inundación.

Hay que hacer un cambio cualitativo, ahora, pasando de los casos de corrupción a los análisis de la situación de la corrupción.

Hay que empezar a tomar conciencia de que esto es así, de que hace falta exigir una transparencia en la gestión, una selección razonable de personas, y hay que crear esa demanda.

De todos modos, entretanto, existe la corrupción y existe una justicia que no aparece como el aparato más eficiente para cumplir siquiera con el limitado papel que podría desempeñar.

Es cierto que la justicia tiene déficits estructurales, pero creo que aunque tuviéramos la mejor justicia del mundo, en este contexto no resolvería el problema. Porque, veamos: estamos trabajando en un sistema en el cual el interventor de SOMISA fue dejado cesante por estar procesado por la justicia y reemplazado por María Julia Alsogaray, que también está procesada por la justicia. Esto está demostrando que el problema no es un tema de la justicia. La justicia en ese caso investigó a un señor que estaba en funciones y después dejó su procesamiento. Es una medida preliminar, que implica que hay una presunción de sospecha. Ahora bien, lo que sucede después ya no es un tema de la justicia, esto es, si el cargo se asigna a otra persona que también tiene un procesamiento sobre sus espaldas.

Lo que estoy planteando con esto es que es equivocar el eje de la cuestión pensar que es la justicia la herramienta adecuada para el directorio. Hay que demandar a las autoridades que manejan la administración. Lo que ocurre es que en la Argentina los medios de comunicación están funcionando mejor que en otras épocas, y ocurre asimismo que la democracia ha ido avanzando en ese sentido, hay un acostumbramiento a la democracia y hay medios privados, que hacen que haya más competencia, y los periodistas están diciendo lo que ocurre. Ese es el principal control de la corrupción. Así, el periodismo denuncia hechos que después la jus-

taicia, los toma, investiga un poco más y se recicla en el periodismo. Ese es el sistema de control que estamos teniendo.

Esto es así, es cierto, pero también lo es que hay avances del poder político sobre las instituciones de la justicia tratando de subordinarlas. Que no exigiera, en muchos casos, a funcionarios de corrupción, pero que no tiene en su origen ese objetivo. Cuando el Poder Ejecutivo amplía el número de miembros de la Corte y coloca a elementos adictos al partido del gobierno, en lo que está pensando es en la política de hegemonía no en proteger una cuestión de lavado de narcodólares. Pero después en los hechos, también actúa en ese sentido. Ese me parece que es un fenómeno, que es un dato en sí, y que entre tanto eso exista, y entre tanto se cree una cultura de la demanda social, que es algo que hay que cultivar, ¿qué va a pasar? ¿

Creo que está ocurriendo todo a la vez, que hay un proceso de demanda social y además algunos cambios estructurales que van a reducir la corrupción. Si bien hay una cierta falacia en la afirmación de que en la Argentina gastamos mucho en el estado, pues los datos indican que el gasto público es menor que en cualquier país desarrollado, lo que sí es cierto es que las empresas públicas que se están privatizando eran centros de corrupción. En la medida en que se reduzca la presencia del estado en empresas públicas se va a reducir la participación del estado en actos de corrupción. La relativa desregulación -lo que en realidad necesitamos es encontrar el nivel óptimo de regulación- también va a ayudar a reducir los márgenes de corrupción. Y otro dato importante es que el control de la inflación también ayuda. Porque la inflación es un mecanismo idóneo para ocultar, para oscurecer la transparencia que debe tener la gestión estatal. Si estas líneas, que la ciudadanía opina mayoritariamente, se van confirmando, será un aporte muy importante al control de la corrupción. Creo que los argentinos estamos viviendo una época de grandes cambios; tal vez no se sepa muy bien a dónde vamos, pero es indudable que hay enormes cambios. Y en ese cuadro actúan elementos contradictorios. Porque

mientras aparecen numerosos actos de corrupción, también aparecen los medios de comunicación para denunciarlos y los cambios estructurales que van a combatirlos.

A la vez hay una demanda social. Las encuestas indican que para los sectores bajos y medios el control de la corrupción es el segundo tema importante, después de los salarios. Y en los sectores altos el primer tema es la corrupción. Lo que pasa es que también hay una demanda muy fuerte por el control de la inflación, pero en la medida en que el control de la inflación se convierta en algo cotidiano, ganado, como en su momento fue la democracia, la demanda del control de corrupción va a ser la primera preocupación en todos los niveles. Creo que está pasando todo esto a la vez. ¿Cómo van a combinarse estos factores? No lo sé, pero se está dando todo a la vez.

Al vez como una manifestación de respuesta a eso de que las condiciones estructurales delimitan un campo propicio para la corrupción generalizada, hay una demanda dirigida específicamente al Poder Judicial, que es la exigencia de un castigo mayor a los culpables. Se ha instalado una sensación de que es posible cometer actos de corrupción de la más diversa índole y que si está uno colocado en una posición de poder, el castigo, que tendría que tener un efecto reparador, no se verifica. ¿Cuál sería en ese sentido la responsabilidad ciudadana de la justicia? ¿

En Poder Judicial hicimos unas encuestas y comprobamos que todo el mundo reconoce que comete actos de corrupción: soborno, coima, etc. En un país como éste, donde la corrupción generalizada, es un error pensar que sea una parte de ese estado lo que va a reparar todo.

Además, de eso, hay que señalar otros cosas. Por ejemplo, los delitos económicos son siempre los más difíciles de castigar, porque son delitos en los cuales es más difícil identificar al culpable, es más difícil llegar a la condena. Cuando hay un homicidio, hay un muerto, está la sangre, sólo hay que hacer falta saber quién lo mató. Pero cuando hay un déficit en un banco, lo único que sabemos es que se llevaron la plata; el tema es comprobar, demostrar que se cometió un fraude.

Perdón, pero la mención de un asesinato permite evocar el caso del ingeniero Santos. Aparentemente no tiene nada que ver con lo que venimos hablando pero allí se vio cómo está instalada en la cultura política que impulsan el gobierno y ciertos medios, la idea de la ejidatización. En ese mal recordado programa de Neusaid, el propio presidente dijo que él, colocado en el lugar del ingeniero Santos, quizá hubiera hecho lo mismo, y luego la justicia reprodujo y legitimó esa opinión. Es decir, parece como

que se juzga desde un punto de vista que no es el derecho o la justicia.

Lo que pasa es que para que haya justicia debe haber una demanda de justicia. Y precisamente, la posibilidad de que este año se implemente una reforma de los sistemas penales, que hacía 114 años que no se cambiaban, se debió en parte a un proceso de demanda social de justicia, en lo que tuvieron mucho que ver los juicios a las Juntas militares y todos los juicios con resonancia pública en los que la gente vio lo que podía hacer. Tenemos un sistema judicial particularmente ineficaz, porque está organizado con un management del siglo XIV. Si, por ejemplo, la justicia fuera una empresa de servicios, estaría fundida, porque nadie acudiría por su cuenta, nadie quiere venir acá, nadie dice: "tengo un conflicto, voy a la justicia a resolverlo". Sin embargo, a partir de algunos juicios se generó una demanda de justicia muy importante, que se mantenía a pesar de que no se obtenían demasiadas respuestas.

Recientemente usted participó del debate internacional sobre problemas de fraude y corrupción los gobiernos, ¿cómo engancha con esto, concretamente? ¿

Sucede que el tema de la corrupción preocupa, en cualquier lado, pero sobre todo advierto que en los países de bajo nivel de desarrollo el tema de la corrupción es fundamental. No tiene sentido discutir las políticas sociales, la seguridad, la educación, si no se pueden manejar realmente los fondos públicos. En los países subdesarrollados el tema de la corrupción es más grave, la tradición autoritaria genera en los gobernantes una enorme tendencia a manejar el dinero como si fuera propio. Los organismos internacionales están hartos de dar fondos que después desaparecen en los bolsillos de los gobernantes. El Banco Mundial decía en 1988 que la corrupción es un impedimento estructural del desarrollo de las naciones. Por eso creo que se está generando una conciencia de que la corrupción en ciertas áreas ha llegado a niveles que es más que un problema económico, y eso hace que haya una preocupación internacional sobre el asunto.

¿En qué consiste la campaña que están impulsando desde Poder Ciudadano para que la ciudadanía se enrolle en la lucha contra la corrupción? ¿

La idea sería que la gente que quiere ejercer el derecho a participar, pueda hacerlo. Una forma distinta de la de participar en un partido político. No como una obligación; si alguien quiere luchar contra la corrupción, participa en un lugar que no lo ata, donde no debe asumir otro compromiso más allá del tema específico que elija.

Ahí diseñamos distintas formas de acción contra la corrupción. Pero un tema básico es la opinión pública. Creemos que en esa área la tarea es explicar las formas más eficaces para el accionar contra la corrupción. Ya se hizo un corto publicitario -que estamos viendo cómo se puede pasar en los medios- para intentar iluminar a la gente sobre estos temas. Para lograr que cuando en ruidos de prensa un funcionario diga "vamos a enfrentar duramente a la corrupción", el periodista ahí mismo le señale "mire, no, esa no es la realidad, porque no hay condenas para ningún corrupto, acá hace falta otra cosa...". La

idea, en síntesis, es aumentar el nivel de conocimiento de la demanda social.

Seguramente Poder Ciudadano verifica esta sensibilidad haciendo un reclamo de aplicación de la justicia, de rechazo a la ejidatización. Eso parece estar bastante vivo. Y en ese sentido es imaginable que la propuesta no es crear organismos burocráticos, sino impulsar comportamientos que lleguen a generar el hábito social de exigir.

Poder Ciudadano es una institución que ya cumplió tres años. Básicamente se propone usar la democracia, abrir un camino de participación distinto, actuar sobre los partidos políticos. Uno de los problemas que hay, no solamente en Argentina sino en todos los países del mundo desarrollado, es que siempre hay grupos que ejercen presión o demandan sobre ciertos temas. Empresarios que demandan por la importación de autos, regiones que demandan impuestos diferenciales, etc., etc. Y nadie demanda los temas que son de todos. En Argentina está pasando con todos los temas básicos. Por eso la idea de este programa de control de la corrupción es generar actitudes solidarias. Hay gente que dice que lo que hace falta para solucionar el tema de la corrupción es una modificación ética. En parte es cierto, pero no se trata de un ética individual, sino de un cambio en la ética global. Es decir, un sociedad más preocupada por lo que pasa a los demás. Ese es el cambio que controla la corrupción. Por el contrario, en un sistema de corrupción generalizado, la actitud individual lo que hace es confirmar la idea de que "el que no comiera píebla". La propuesta de Poder Ciudadano no pasa por crear palabras de la moral, sino gente preocupada por el tema y que se conecte entre sí. Este es el objetivo del programa: que muchos sectores se conecten entre sí. Dentro de ese programa general, hay acciones específicas. Por ejemplo, estamos armando guardia de recepción de denuncias, donde la gente pueda hacer denuncias con menos exigencias que la denuncia penal. Por ejemplo, la gente no tenga que dar un nombre, que no tenga que exponerse.

¿Cómo se gestionará todo esto? ¿

Para esto estamos invitando a centros vecinales, el Club de Cultura Socialista o quien sea, a que se sumen ellos mismos a la tarea en sus locales y propongan a sus afiliados la presentación y recepción de denuncias, datos, para que nosotros se las entregamos a los responsables de cada área. Supongamos que es una denuncia sobre algo que ocurre en un ministerio, en una oficina donde se da el registro de conductor, para que a partir de ahí, como órgano administrador, tome las decisiones de cambio y no espere que venga la justicia a aplicar una condena. Este es uno de los proyectos específicos.

Tenemos ahora tres o cuatro puntos que son anécdotas pero que no pueden estar ausentes. Uno es la recusación planteada por el representante del grupo de Albarros. ¿Cómo ha quedado la relación entre las Fuerzas Armadas y la justicia después de los juicios a las Juntas, se restó en forma institucional? ¿

El Poder Judicial está integrado por fiscales, jueces. Lo que pasa es que en realidad los fiscales fuimos los defensores de las Fuerzas Armadas en el juicio a Seinfeld, por ejemplo. Nosotros fuimos los

representantes de ellos frente a los sediciosos.

¿Pero ustedes fueron aceptados como tales, ese papel fue aceptado por las fuerzas armadas? ¿

No sé, pero nosotros tenemos diálogo cordial con las autoridades de las fuerzas armadas. Y algunos familiares de las víctimas tuvieron una cercan relación con la fiscalía.

¿Y en el juicio a las Juntas? ¿

No, en el juicio a las Juntas fue distinto. En los hechos de la represión hay una visión muy dissociada entre la sociedad y el conjunto de las fuerzas armadas. Para ellos, el capitán Astiz es un héroe, un valiente, y para la sociedad global es un asesino y un torturador. Pero en el tema de la rebelión es distinto, porque ahí están todos de acuerdo. Justamente ésta es una muestra de cómo la sociedad argentina, con todos los conflictos que carga sobre sus espaldas, va superándose. Y en este momento no tenemos un conflicto sobre las fuerzas armadas.

Otro tema es el Yomagate. Este colono de la condena a la Jueza con senesca peses de multa da la idea de que hay una cápsula impenetrable para proteger a gente cercana al gobierno y sus amigos de la justicia. ¿Cómo es tomada esta condena? ¿

No yo puedo hacer un análisis de cómo funciona la Corte, pero puedo explicarles esto. Dijamos que la Corte hace una investigación administrativa sobre Servini de Cubría y le aplica senesca peses de multa. No le pide el juicio político, que pudiera haber hecho, pero la Corte no se pronuncia sobre los delitos, sino que está actuando como órgano administrador, y deja cesantes a dos empleados por haber dado información a los medios de comunicación. Por otro lado, la jueza tiene dos pedidos en la cámara baja de juicio político pero algunos jueces quieren procesarla y esto está vigente, la condena de los sesenta pesos nos anula.

A propósito del caso Servini de Cubría, hay algo que se presenta como un movimiento de este gobierno, diferente al anterior, respecto de una suerte de cooptación no sólo del poder Judicial, sino de otros organismos de control, como la Fiscalía Nacional de Investigaciones Administrativas, y el Tribunal de Cuentas. Usted es fiscal desde hace mucho tiempo, ¿ha tenido experiencia con esos gobiernos, ¿efectivamente ha habido un cambio de estrategia en este sentido con respecto al Poder Judicial? ¿

Tiempo atrás un periodista del *New York Times* me decía que le preocupaba cierta concentración de poder que había en Argentina, ante lo cual el editor del diario le contestó: "bueno, pero el problema es del gobierno; si a Bush lo dejan en EEUU también hace lo mismo, porque cualquier gobierno quiere tener un poder hegemónico. El problema es que a Bush no lo dejan". Entonces, no es solamente un tema de quien quiere tener un poder hegemónico, sino de los que no se protegen frente a ese poder hegemónico. Es una regla elemental de cualquier gobierno democrático que haya respeto por los poderes independientes. El tema de los controles cruzados es necesario, yo creo, en eso, en que haya jueces independientes del Poder Ejecutivo y

también los Tribunales de Cuentas, etc. Lo que ocurre es que, obviamente, eso impone límites, y a nadie que tenga el poder le gustan los límites.

Retomando el tema de su renuncia ¿todavía no ha decidido la jueza? ¿

Tengo pendientes el asunto de Prefectura, lo de Albarros, que lo quiero terminar porque es un trabajo de muchos meses que no se lo puedo dejar al sucesor, y un par de cosas más.

Supongo que en este tiempo habrá hecho una evaluación de sus años dentro de la fiscalía.

Bueno, justamente, lo que quisiera hacer ahora es una evaluación. Tengo algunos libros en preparación, alguna investigación que estuve haciendo y me gustaría tener cierta tranquilidad para cerrar todo eso. Primero, por mí mismo, porque fue un período muy intenso, mecido en temas que me movieron mucho. Yo no tenía ninguna influencia política antes de asumir el cargo de Fiscal, y de pronto me vi mecido en los problemas más grandes de la sociedad argentina, en el juicio a las Juntas. Estuve mecido en el tema Malvinas, que fue clave, y estuve en los juicios de rebelión. También estuve en ciertas reformas de la justicia que se fueron dando y estuve en los casos de corrupción. Son todas cosas que fui acumulando y que no voy a la hora de poder sentarme y analizar qué pasa, cómo hay que hacer, cómo actuar. Son muchos años de acción y creo que hay un momento en el que uno debe decidirse a la reflexión.

¿Y si la pregunta fuese más rápida, en sólo una palabra, una síntesis? ¿

Yo personalmente, como abogado, no puedo tener un trabajo más apasionante que el que tuve. No conozco muchas experiencias así. Yo tuve la posibilidad de estar en casos muy importantes. Salgo por la calle y la gente me saluda, y esto me gratifica porque detrás de eso hay un reconocimiento. Además internamente me invitan a universidades... No sé, personalmente estoy conectado con el horror, pero mi tarea profesional está totalmente compensada.

Por último, ¿no cree que después del juicio a las Juntas pareció constituirse una sólida imagen social de la justicia, que comenzó a diluirse con el indulto y que llevó progresivamente a un descrédito del conjunto del Poder Judicial? ¿

No, mirémoslo de otra manera. Creo que un país con la represión que hubo durante la dictadura, puede decirse que es como el de Idi Amin. Pero de pronto, con el juicio a las Juntas, hubo quienes pensaron que los convertíamos en Suecia. Yo creo que la Argentina no es totalmente Idi Amin ni es Suecia. Somos una mezcla. Vivimos entre la sequía y la inundación. Creo que todos los límites posteriores a las condenas fueron golpes a la sensación de que la ley era la realidad. Pero esos juicios y esas condenas instalaron la sensación de que eso es posible.

Muchas gracias.

INTERNACIONAL

Venezuela, cuando lo impensable es real

Sergio Chejfec

Tras el conato golpista del 4 de febrero en Venezuela pedimos al Jefe de Redacción de la revista *Nueva Sociedad*, con sede en Caracas, que nos hiciera llegar algunas opiniones sobre el particular. Enmarcado en un contexto de profundos conflictos y dificultades, el intento sedicioso fue militarmente reducido a las pocas horas, pero la situación está lejos de haber regresado a las condiciones preexistentes. Al contrario, parecería que ya nada es igual en Venezuela; día a día se aguardan cambios políticos e institucionales que, de alguna manera, condensarían los efectos directos de la asonada, con alcances quizá continentales.

Los meses después, el 4 de febrero de 1992, sucedió otra cosa impensable— aunque esa vez de mayor gravedad—: en tanto símbolo podía expresar algo semejante al planteo respecto de Aristide, pero como acontecimiento sin duda apuntaba a modificar muchas de las circunstancias del modelo de estado que encauzado por un grupo de tenientes coroneles del ejército, y fue abortado merced a la premura presidencial y de la dirigencia política. También contribuyeron limitaciones en la organización de la asonada— como el hecho de llegar a las plantas televisoras con mensajes grabados en un sistema que no podía ser transmitido, y otros errores más o menos torpes, y una presumible y rápida negociación entre la cúpula militar y los mandos medios alzados— los términos de la cual se desconocen, aunque parece evidente que se refieren a una penalización selectiva y a la supervivencia política de las demandas y protagonistas del golpe.

El sistema político venezolano así es de una democracia consolidada; es decir— y aun después del intento— hay un apogeo institucional a la noción de legalidad incorporado a la acción y presunción de los diferentes sectores. La estabilidad democrática venezolana tiene 34 años— en 1958, cuando cae la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, el pacto de Punto Fijo sienta las bases del modelo gubernamental *au vident*—, de manera que los líderes del conato del 4 de febrero tienen, cuando nace el moderno estado venezolano, algo así como 3 años. Estas precisiones indican un rasgo particular del proceso, si se lo compara con otros de América Latina: los oficiales golpistas carecen de referentes antidemocráticos en un sentido funcional, más bien sus demandas tienen un carácter reivindicativo amplio— más o menos difuso— que cuestiona la democracia en la medida que hace de la caída del gobierno el paso necesario para rectificar rumbos y efectuar cambios

recursos para una distribución ascendente y sin pujas. Pero a comienzos de los 80 baja su cotización y con ello comienza a descomponerse la relación entre un aparato estatal gigante y una burguesía ineludible, si de arriesgar su capital síbito se trata. Entre 1981 y 1991 el producto interno bruto por habitante desciende un 16,8 por ciento; y el salario mínimo real urbano, tomados 1980 como base 100, en el 91 tendrá un índice de 47,3*. El deterioro derivado del padecimiento diario de tales índices hace que la población sufre con menos docilidad la habitual insuficiencia y mala gestión de los servicios públicos— de todos modos para algunos sectores algunos de ellos inexistentes— alrededor de un 50 por ciento de la población está ubicada por debajo de la línea de pobreza, lo que no ha sido sin embargo la circunstancia determinante para la acogida popular que tuvo la intencionalidad; más bien ella obedece a la total falta de representatividad que han ganado el sistema de partidos y los poderes públicos.

El gobierno de Carlos Andrés Pérez, que cumpliera su tercer año en las vísperas del conato, encaminado a desmarbarar al presupuesto público de un empresariado parasitario, modernizar y abaratar la gestión estatal y ampliar las alternativas y formas de participación ciudadana; aumentar el ingreso de los sectores medios y bajas— merced a cuyas ilusiones de que se repitiera la prosperidad de su primera presidencia (1974-1979) accedió a esta segunda— no embargo entre sus promesas realizables. Sin embargo, en el caso de Venezuela parece se vea de manera clara como un plan de ajuste no necesariamente se opone en todos los frentes a demandas y necesidades populares.

Este sentimiento de rechazo a la institucionalidad actual está en aumento. Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Las implicancias continentales de la asonada venezolana tal vez resulten más positivas que negativas. El golpe no triunfó, aun el derrotado político indígena ser, un mes después, el presidente Pérez. Ahora quizá se comprenda mejor su ímpetu intervencionista ante el derrocamiento de Aristide— ansia que encontró en la figura de un adversario ideológico, el presidente Menem, un aliado no precisamente casual—. De este modo dos administraciones megalómanas coincidieron en algo, lo cual no implica que sus proyecciones internacionales se confundieran. Como consecuencia de los cambios políticos mundiales, la asonada golpista vino a dar el tiro de gracia a la

prácticamente olvidada o desconocida para unos, inverosímil para otros y deseable para un conjunto impreciso de ciudadanos. Las adhesiones golpistas figuran tanto a la derecha como a la izquierda del espectro político y también cuentan con sectores de la prensa especialmente interesados desde hace tiempo en la desestabilización del gobierno.

La administración Pérez está pagando culpas que no le pertenecen del todo, pero de cuyo conjunto es responsable. La estrechez de miras de una dirigencia política convencida de que el control de los poderes públicos y la riqueza petrolera van de la mano con la continuidad y la edificación de una sociedad paulatinamente moderna, se enfrenta ahora a la suspensión política del modelo, tres años después de haber experimentado su conflictividad social, durante el denominado "Caracazo" del 27 de febrero de 1990. En parte debido a estas circunstancias es que la gente no salió de casa a defender la democracia; en Venezuela la calles es sinónimo de peligro como si allí primara la delincuencia, se reprimiera con muertes las manifestaciones estudiantiles— como sucedió en octubre y noviembre pasado—, o se consumaran los saqueos. Acaso las sociedades en general resisten cuando tienen algo que defender, y lamentablemente la ciudadanía creyó que había pocas cosas por las que valiera la pena salir a la calle. Es verdad que la asonada fue nocturna y que para que hubiera podido resonar ya estaban suspendidas las garantías individuales— algunas de las cuales siguen interdictas—, pero también fue tangible en los días posteriores una profunda, insospechada y dolorosa— para alguien que presenciara la amenaza con ojos del cono sur— complicación frente al eco que adquiere el discurso golpista— que ahora pasó a exigir la renuncia de Pérez—.

Este sentimiento de rechazo a la institucionalidad actual está en aumento. Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

La administración Pérez está pagando culpas que no le pertenecen del todo, pero de cuyo conjunto es responsable. La estrechez de miras de una dirigencia política convencida de que el control de los poderes públicos y la riqueza petrolera van de la mano con la continuidad y la edificación de una sociedad paulatinamente moderna, se enfrenta ahora a la suspensión política del modelo, tres años después de haber experimentado su conflictividad social, durante el denominado "Caracazo" del 27 de febrero de 1990. En parte debido a estas circunstancias es que la gente no salió de casa a defender la democracia; en Venezuela la calles es sinónimo de peligro como si allí primara la delincuencia, se reprimiera con muertes las manifestaciones estudiantiles— como sucedió en octubre y noviembre pasado—, o se consumaran los saqueos. Acaso las sociedades en general resisten cuando tienen algo que defender, y lamentablemente la ciudadanía creyó que había pocas cosas por las que valiera la pena salir a la calle. Es verdad que la asonada fue nocturna y que para que hubiera podido resonar ya estaban suspendidas las garantías individuales— algunas de las cuales siguen interdictas—, pero también fue tangible en los días posteriores una profunda, insospechada y dolorosa— para alguien que presenciara la amenaza con ojos del cono sur— complicación frente al eco que adquiere el discurso golpista— que ahora pasó a exigir la renuncia de Pérez—.

Este sentimiento de rechazo a la institucionalidad actual está en aumento.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Las implicancias continentales de la asonada venezolana tal vez resulten más positivas que negativas. El golpe no triunfó, aun el derrotado político indígena ser, un mes después, el presidente Pérez. Ahora quizá se comprenda mejor su ímpetu intervencionista ante el derrocamiento de Aristide— ansia que encontró en la figura de un adversario ideológico, el presidente Menem, un aliado no precisamente casual—. De este modo dos administraciones megalómanas coincidieron en algo, lo cual no implica que sus proyecciones internacionales se confundieran. Como consecuencia de los cambios políticos mundiales, la asonada golpista vino a dar el tiro de gracia a la

prácticamente olvidada o desconocida para unos, inverosímil para otros y deseable para un conjunto impreciso de ciudadanos. Las adhesiones golpistas figuran tanto a la derecha como a la izquierda del espectro político y también cuentan con sectores de la prensa especialmente interesados desde hace tiempo en la desestabilización del gobierno.

La administración Pérez está pagando culpas que no le pertenecen del todo, pero de cuyo conjunto es responsable. La estrechez de miras de una dirigencia política convencida de que el control de los poderes públicos y la riqueza petrolera van de la mano con la continuidad y la edificación de una sociedad paulatinamente moderna, se enfrenta ahora a la suspensión política del modelo, tres años después de haber experimentado su conflictividad social, durante el denominado "Caracazo" del 27 de febrero de 1990. En parte debido a estas circunstancias es que la gente no salió de casa a defender la democracia; en Venezuela la calles es sinónimo de peligro como si allí primara la delincuencia, se reprimiera con muertes las manifestaciones estudiantiles— como sucedió en octubre y noviembre pasado—, o se consumaran los saqueos. Acaso las sociedades en general resisten cuando tienen algo que defender, y lamentablemente la ciudadanía creyó que había pocas cosas por las que valiera la pena salir a la calle. Es verdad que la asonada fue nocturna y que para que hubiera podido resonar ya estaban suspendidas las garantías individuales— algunas de las cuales siguen interdictas—, pero también fue tangible en los días posteriores una profunda, insospechada y dolorosa— para alguien que presenciara la amenaza con ojos del cono sur— complicación frente al eco que adquiere el discurso golpista— que ahora pasó a exigir la renuncia de Pérez—.

Este sentimiento de rechazo a la institucionalidad actual está en aumento. Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Este sentimiento de rechazo a la institucionalidad actual está en aumento.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Las implicancias continentales de la asonada venezolana tal vez resulten más positivas que negativas. El golpe no triunfó, aun el derrotado político indígena ser, un mes después, el presidente Pérez. Ahora quizá se comprenda mejor su ímpetu intervencionista ante el derrocamiento de Aristide— ansia que encontró en la figura de un adversario ideológico, el presidente Menem, un aliado no precisamente casual—. De este modo dos administraciones megalómanas coincidieron en algo, lo cual no implica que sus proyecciones internacionales se confundieran. Como consecuencia de los cambios políticos mundiales, la asonada golpista vino a dar el tiro de gracia a la

prácticamente olvidada o desconocida para unos, inverosímil para otros y deseable para un conjunto impreciso de ciudadanos. Las adhesiones golpistas figuran tanto a la derecha como a la izquierda del espectro político y también cuentan con sectores de la prensa especialmente interesados desde hace tiempo en la desestabilización del gobierno.

La administración Pérez está pagando culpas que no le pertenecen del todo, pero de cuyo conjunto es responsable. La estrechez de miras de una dirigencia política convencida de que el control de los poderes públicos y la riqueza petrolera van de la mano con la continuidad y la edificación de una sociedad paulatinamente moderna, se enfrenta ahora a la suspensión política del modelo, tres años después de haber experimentado su conflictividad social, durante el denominado "Caracazo" del 27 de febrero de 1990. En parte debido a estas circunstancias es que la gente no salió de casa a defender la democracia; en Venezuela la calles es sinónimo de peligro como si allí primara la delincuencia, se reprimiera con muertes las manifestaciones estudiantiles— como sucedió en octubre y noviembre pasado—, o se consumaran los saqueos. Acaso las sociedades en general resisten cuando tienen algo que defender, y lamentablemente la ciudadanía creyó que había pocas cosas por las que valiera la pena salir a la calle. Es verdad que la asonada fue nocturna y que para que hubiera podido resonar ya estaban suspendidas las garantías individuales— algunas de las cuales siguen interdictas—, pero también fue tangible en los días posteriores una profunda, insospechada y dolorosa— para alguien que presenciara la amenaza con ojos del cono sur— complicación frente al eco que adquiere el discurso golpista— que ahora pasó a exigir la renuncia de Pérez—.

Este sentimiento de rechazo a la institucionalidad actual está en aumento. Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Este sentimiento de rechazo a la institucionalidad actual está en aumento.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

Lo mejor que podría pasar es que a breve plazo el difuso bolivarianismo de los tenientes coroneles tome la forma de una propuesta política articulada e inserta en el sistema. Lo peor consistiría en que el gobierno, los partidos y los poderes creyeran que con unos pocos cambios y un aumento en las partidas de ayuda social se arregla la situación. En un plano inmediato, no existen figuras políticas generadoras de amplio consenso. Mientras tanto, en los primeros días de marzo, cuando el asueto de Carnaval parece restituirle a Caracas su aire de ciudad abandonada, se plantea con mayor persistencia el tema de un llamado a una asamblea nacional constituyente. Quizá la comunidad venezolana, cuyos reflejos siempre han sido más rápidos y menos traumáticos que los de otras latitudes, sepa reconocer que un nuevo pacto debe sentar las bases para una sociedad con más profundas convicciones democráticas— la reciente experiencia colombiana, aunque particular, resulta indicativa del profundo avance democrático que de por sí representa una constituyente.

La guerrilla colombiana, son circunstancias que le devuelven una proyección exterior disminuida que restringe la interior, y viceversa. En diciembre del 93 debían realizarse las próximas elecciones presidenciales. Para extender el mando el 2 de febrero del 94 el presidente Pérez debe cometer muchos errores que los imaginables y tener más iniciativa e imaginación política que lo previsible.

(Caracas, 4 de marzo de 1992).

*CEPAL: "Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe 1991", Santiago, 12/1991.

Frente a la fragilidad neoconservadora

El futuro de la socialdemocracia en América Latina

Ludolfo Paramio

A propósito de una polémica sobre las razones del espacio y la viabilidad de una propuesta de izquierda socialdemócrata en Latinoamérica, el autor se refiere a las diferencias existentes entre populismo y socialdemocracia en las dimensiones políticas y programática, y allí enmarca su análisis de las políticas de ajuste salvaje y de las debilidades del modelo neoconservador de crecimiento.

Cómo lograr crecimiento con igualdad social

El problema de la socialdemocracia en América Latina es hoy el de la socialdemocracia en todo el mundo: conseguir un modelo de crecimiento estable en un mercado mundial competitivo y crear, a la vez, mecanismos de redistribución que no sólo eliminen una intolerable desigualdad social, sino que den al crecimiento económico la base de un mercado interno extenso y sólido. Ahora no es tan fácil (tampoco en Europa) como en la posguerra, cuando la redistribución creaba crecimiento: la competencia internacional exige crecer para poder redistribuir.

Las razones para ser optimistas sobre el futuro de la socialdemocracia en América Latina no vienen entonces, en mi opinión, del temor burgués a la insurrección social, sino de las debilidades del modelo neoconservador de crecimiento. Un consumo muy polarizado crea economías frágiles si las exportaciones dejan de crecer, y un estado desmantelado y sin fuerza mal puede negociar con el capital internacional o asegurar las condiciones para la inversión interior. El capital puede verse obligado a abandonar sus nuevos dogmas por su propio interés económico, y la cuestión es si para entonces (quizá ya muy pronto) encontrará un interlocutor en una verdadera izquierda socialdemócrata o sólo se enfrentará (independientemente de las etiquetas) a los nostálgicos fantasmas del populismo.

Este fue quizá un gran error, pero cierto es que el estado populista estaba con-



Reunión de la Internacional Socialista

La era de la incertidumbre

Guillermo Ortiz

El colapso de la Unión Soviética, las transformaciones en Europa del Este y las consecuencias sociales de los actuales programas de reconversión económica en América latina concentran la elaboración socialdemócrata de estos tiempos. La última reunión del Consejo de la IS en la capital chilena inauguró un debate en el que no es posible sentar estrategias que desconozcan el nuevo escenario geopolítico multipolar, la ruptura del estado-nación, el resurgimiento de la prédica xenófoba y la explosión de la pobreza urbana.

Asuntos mundiales por medios financieros que políticos. En la predicción de Zbigniew Brzezinski, asistimos "no a una época de preponderancia imperial norteamericana sino a una en la que el liderazgo de EU se utilice para crear instituciones de cooperación internacional practicable que impliquen la distribución de cargas y responsabilidades con la Europa en vías de integración y Japón", y que como primer síntoma ya muestra el renacimiento de las Naciones Unidas.

Se inicia una etapa de cesación del estacionamiento por un lado y nivel nacional, de raíz cultural, por el otro, uno estatal, de carácter supranacional.

Pero es necesario volver la vista hacia 1985. En ese año, Mijail Gorbachov accedía a la jefatura del Kremlin dispuesto a impulsar un proceso de "reforma desde arriba" que en el ocaso del 91 tuvo un desenlace inesperado: la desaparición de la URSS

como Estado unitario. Quedó demostrado entonces que la reforma del totalitarismo sirvió para desencadenar enfrentamientos milenarios, de carácter étnico y potenciar el fantasma de la guerra civil. En este sentido, la desintegración yugoslava continúa a paso firme ante la intrinsecidad de los enclaves serbios a separarse de Belgrado e, inclusive, a aceptar las tentativas de pacificación internacional; asimismo, así a la vista los esfuerzos del líder ruso, Boris Yeltsin, por acordar con las repúblicas vecinas una "moratoria en las declaraciones de independencia", lo que no ha hecho más que demostrar la inviabilidad de una mancomunidad postsoviética, incapaz de pactar algún grado de unidad en cuanto al control de más de cuatro millones de efectivos del Ejército Rojo y detener una guerra entre armenios y azerbaiyanos, por el enclave de Nagorno Karabaj, que ya lleva cuatro años y miles de muertos.

Ni fin de la historia ni nuevo orden internacional

Surge así una cuestión sin la cual es imposible abordar con éxito las contradicciones del nuevo escenario internacional: el fin de la guerra fría, lejos de significar el tan proclamado "fin de la historia", auspició un nuevo comienzo signado por la imposibilidad de prever los acontecimientos. El cese de la división de la Europa postbélica provocó la aparición de un vacío geopolítico en el centro del continente que terminó por desplazarse más rápidamente de lo previsto al corazón soviético. El "nuevo orden internacional" no es por ahora más que una expresión de deseos del presidente norteamericano George Bush quien en campaña electoral y ante la presión de la opinión pública, deberá matizar su concepción globalista.

Los representantes europeos en Santiago consignaron la gama de problemas sin aportar respuestas específicas, más allá de reconocer la necesidad de "aunar esfuerzos". De alguna forma, la socialdemocracia fue tomada de sorpresa por la caída del comunismo, como lo prueba la falta de reacción del SPD para elaborar una estrategia electoral concreta inmediatamente después de la caída del muro de Berlín, lo que permitió al canciller Helmut Kohl capitalizar la ola de sentimiento nacional que recorría el país ante la perspectiva de un "reencuentro histórico". La falta de respuesta ante la aparición de un fenómeno penalizador a favor de la exacerbación del anticomunismo, facilitó el triunfo de los candidatos conservadores en las primeras elecciones libres en el Este. Como bien señaló Ralf Dahrendorf "las revoluciones en Europa son, en su esencia, un rechazo a una realidad intolerable y por lo tanto una reafirmación de antiguas ideas". Pero el nacionalismo en Europa responde no sólo a "cuestiones fronterizas" silenciadas a través de un difuso "internacionalismo proletario" o la "unidad del pueblo soviético", sino también a la debilidad de un sistema de partidos. Asimismo, el descrito comunista incluyó en su onda expansiva a toda las formaciones autoproclamadas de izquierda, y a esto concurren dos factores: la falta de organicidad de las estructuras políticas socialistas, que en la mayoría de los casos fueron subsumidas (léase "fusión forzada") por los aparatos comunistas de ocupación; y el "espartanismo" de los movimientos contestatarios en el Este, que decantaron en el liderazgo de personalidades vinculadas al ámbito de la cultura, aglutinando "frentes cívicos" de ideología difusa.

Ahora bien, teniendo en cuenta que nos encaminamos hacia un mundo cada vez más complejo, libre, diverso y cambiante, la socialdemocracia debe plantearse el obje-

vo de regular ese mundo. Esto implica el desafío de la administración de la interdependencia a partir de un fenómeno: la desaparición de una superpotencia y la pérdida de la capacidad de influencia de la restante. Hoy el gran peligro reside en que prevalezcan las lógicas nacionales ante la incapacidad de dar un sentido unificador al mercado y la democracia.

Por el momento es posible que en este año se acelere la discusión en torno a la seguridad: concretamente, la intervención pan europea para conflictos en el propio continente, lo que pone en primer término, la reforma de la OTAN.

Una acción socialdemócrata continental puede alentar la constitución de un sistema de seguridad común, que subordine las soberanías nacionales a la estabilidad y la consolidación democrática. Por el momento éste es el principal tema europeo que el interrogante de si es posible avanzar en la democratización de las sociedades postcomunistas sin poner en juego la unidad política de los estados.

La democracia política no es suficiente

En cuanto a América latina, el tema no es menos preocupante. La problemática del hemisferio adquirió especial trascendencia en la última jornada de sesiones del Congreso.

En 1976, los socialistas elaboraron en Caracas una estrategia destinada a la recuperación de la democracia en América latina en la que tuvo una participación decisiva el ex-canciller de la República Federal Alemana, Willy Brandt, que fue elegido presidente de la IS precisamente ese año durante el Congreso de Ginebra. El objetivo fue largamente alcanzado si bien la clave para una reforma socialdemócrata se centra en la respuesta a un interrogante: ¿cómo traspasar la barrera que separa la democracia política de la democracia económica?

"El desafío de América latina una vez recuperada la democracia es claro: superar el estancamiento económico", nos explicó Alfonso Guerra, ex-vicepresidente de España y actual vicepresidente general del PSOE. Y concluyó: "la década del 80 nos enseñó que la democracia no es una panacea, que su sola existencia no garantiza el bienestar". Hay una comprobación: la aparición de un tipo de poder en el que la tecnología y el conocimiento se imponen sobre el uso extensivo de la mano de obra, deteriora aun más el ideal de "plena ocupación". De todas maneras las transiciones en América latina difieren de las de Europa del Este. En primer lugar, ninguno de los países de la región debieron hacer frente a semejante monopolio de un partido sobre el estado y la sociedad. En el mundo comunista las tres esferas eran casi indiscernible, por lo que la disolución del régimen político planteó de forma inmediata la cuestión del orden social. En cambio, en América latina, como señala Ralph Milliband, los triunfos democráticos no afectaron los bloques de poder económico, militar, administrativo y político. No obstante, la década del 80 ha cerrado un ciclo en América latina ante la quiebra de un modelo económico planteando la necesidad de articular las nuevas relaciones entre estado y sociedad.

Un informe de la CEPAL advierte que durante la pasada década América latina registró un alarmante empobrecimiento de los sectores medios urbanos y el aumento de la marginalidad juvenil. El número de pobres creció de 136 millones de personas a

fines de los setenta a más de 180 millones hacia fines de los 80. Esto ahondó la dualización social por lo que la salida a la crisis exige una reconversión del régimen de acumulación con un proyecto claro de reinserción competitiva en el mercado internacional. Pero esto requiere un estado fuerte y la tarea no es fácil por dos motivos: las constituciones presidencialistas son la norma en América latina, por lo que la pérdida de credibilidad de un gobierno afecta a la propia jefatura del estado. Asimismo, dada la ausencia de una cultura política que privilegie las reglas de selección de gobernantes, la legitimidad de ese estado proviene más de los resultados materiales que de los

procedimientos para la toma de decisiones, como bien ejemplifica Ludolfo Paramio.

En este sentido, hubo coincidencia en Santiago en que la profundización de la democracia está íntimamente ligada a la justa distribución del producto nacional. Pero las previsiones de los protagonistas de la conferencia no son alentadoras:

- La reconversión del estado exige estabilidad política, difícil de conseguir en un marco de exclusión social y apatía popular, lo que a la vez despeja el camino para el advenimiento del populismo, con una amplia base social de marginados.
- La extendida tendencia hacia el "voto castigo" que, más que expresar una mayor

adhesión a los valores democráticos, desnuda un sistema político de alta volatilidad del voto, que se traduce en un sistema de partidos inestable y promoderno.

El desafío socialdemócrata consiste en disminuir la desigualdad manteniendo la eficacia económica; reformular la naturaleza de las relaciones entre partido y sindicato en un contexto de mayor "calificación" y detectar los nuevos tipos de coaliciones que es posible establecer entre trabajadores y nuevos grupos de interés en una etapa cualitativamente distinta del capitalismo.

Es así como, más que ante el fin de la historia, estamos ante el comienzo de todas las incertidumbres.

Mercosur: opción estratégica

La izquierda y la integración

Gerardo Adrogue

Para los neoliberales el Mercosur es un asunto de la economía, con todas las derivaciones que ello implica en el plano de la afirmación del poder de los agentes económicos. Los sectores progresistas, por su parte, aún no han dado una respuesta positiva a los desafíos de la nueva situación que pone en marcha el tratado de Asunción, sin advertir que resulta indispensable la integración política para regular y democratizar la próxima ampliación de los mercados.

Con las tratativas y acuerdos que impulsaron desde 1985 las administraciones de Raúl Alfonsín y José Sarney comenzó para la Argentina una segunda etapa de integración regional.

Desde un principio los gobiernos de Argentina y Brasil implementaron un drástico cambio en la concepción y en el modo de llevar a cabo la integración. Así, por ejemplo, frente a la política del mínimo común denominador se optó por la integración parcial, que implicó tanto la restricción de los actores involucrados como de las expectativas puestas en la negociación. Ejemplos en este sentido fueron los acuerdos políticos de confianza mutua en materia nuclear y los acuerdos comerciales del PI-CAB, ambos antecedentes inmediatos del MERCOSUR.

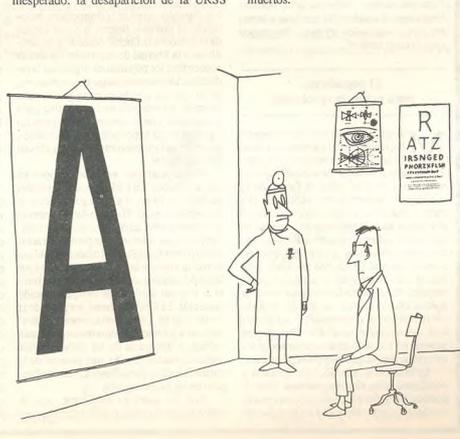
Los años '90 marcan en la región un difícil escenario de democracia más crisis económica. Y es justamente a partir de esta ecuación que la integración regional surge como una opción estratégica. Nace como una respuesta política al descalabro económico. Para los países miembros del MERCOSUR, pero en especial para Argentina y Brasil, la iniciativa busca brindar solución al siguiente problema: cómo formular un nuevo modelo estratégico de inserción en los mercados internacionales y, en consecuencia, un modelo viable de reconversión industrial que garantice márgenes aceptables de reactivación, desarrollo y acumulación económica.

Esta realidad práctica que asume la integración regional sólo se entiende dentro del proceso, aun más amplio, de globalización de la economía, cuya característica más notoria es la tendencia hacia la conformación de grandes bloques económicos a nivel internacional. Así, para nuestras economías, la conformación de un *habitat económico común supranacional* aparece como la forma más eficaz de "sobrevivir" en

este mundo. De hecho no es sorprendente que el inicio de un proceso que puede transformar profundamente la realidad regional. Lamentablemente, frente a esta tema, buena parte de los sectores progresistas y democráticos en la Argentina no han comenzado aun un debate serio y desprejuiciado sobre la posición que se debe adoptar al respecto.

El problema de la integración regional no es nuevo ni para la Argentina ni para América latina. En los años '50 y '60 una fiebre integracionista acompañó al clima político de la Alianza para el Progreso y de las teorías del desarrollo económico. Por esos años surgieron en América latina una importante cantidad de organismos de financiamiento regional, tratados de libre comercio e iniciativas de infraestructura. Así, junto a una incipiente red institucional de partidos políticos que asumían como propia la tarea de la integración.

Esta primera etapa, que se extendió por casi dos décadas, se caracterizó por la paulatina pérdida de vigencia de las instituciones creadas y de los acuerdos alcanzados. Las razones del fracaso fueron tanto de índole económica como política. Por un lado, el estancamiento de las economías regionales con el consecuente quiebre de las instituciones desarrollistas y del modelo de economía urbano-industrial. Por el otro, la ausencia de una comunidad regional de le-



El Partido Radical de Chile, integrante de la Coalición Democrática liderada por el presidente Patricio Aylwin, ofreció de anfitrión, ya que se trata de la única organización política del país trasandino que es miembro pleno de la IS desde 1971, cuando el entonces diputado y presidente partidario, Carlos Morales Arbaña plantó su incorporación en el Congreso de Helsinki. Si bien se abordaron cuestiones vinculadas a Cuba, Haití y Medio Oriente y asuntos específicos como medio ambiente, droga, narcotráfico, salud, mujer y Sida, adoptándose más de diez resoluciones, el colapso de la Unión Soviética, las transformaciones en el Este y las consecuencias sociales de la reconversión económica en América latina concentran el debate y la elaboración socialdemócrata de estos tiempos.

En primer lugar, surgen algunas comprobaciones de carácter global:

- La sustitución de la rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética por otra entre la Europa terrestre y el Pacífico marítimo, conserando una situación geopolítica multipolar.
- Estados Unidos, Japón y Europa (con centro en Alemania) serán superpotencias económicas que tienden a influir más en los

el nuevo orden internacional, mientras que para las potencias económicas el problema bien puede ser la hegemonía dentro del mismo. Aunque bajo modalidades y objetivos distintos, la conformación de la Comunidad Económica Europea (CEE), la integración USA-Canadá-México y la coordinación de un eje económico en la cuenca asiática hegemonizado por Japón, son todas experiencias que responden, como el MERCOSUR, a los nuevos requerimientos de la economía internacional.

Así las cosas, existen fuerzas políticas progresistas y democráticas que rechazan de plano la integración económica que promueve el MERCOSUR. Se invalida la integración a partir del supuesto de que la concentración económica anulará cualquier intento de política distributiva y por ende llevará a un "empeoramiento de la situación". Pero, ¿qué se quiere distribuir cuando el problema es que lo que se produce no alcanza?

Como bien afirma Fernando Henrique Cardoso "el interés público requiere que la economía se base en empresas competitivas, capaces de absorber la tecnología moderna, para que sus efectos sean positivos para la sociedad. La cuestión se vuelve clara cuando la competencia fuerza la producción, aumentando la productividad. Sin ese

incremento, la pugna entre inversión y consumo, capital y trabajo, se vuelve inmanejable, como en un juego de suma cero, en el cual si uno gana el otro pierde".

Esto quiere decir, ni más ni menos, que a las fuerzas progresistas y democráticas preocupadas por el interés público les cabe la responsabilidad de hacerse cargo de las necesidades de acumulación y crecimiento económico. La responsabilidad de absorber un nuevo modelo de desarrollo. Por ende, el apoyo al MERCOSUR debe sustentarse en esa responsabilidad. Pues, el MERCOSUR debe constituirse como una llave maestra para



la defensa de la competitividad regional, buscando internacionalizar nuestros economías en forma tal que se favorezca la productividad de una nueva economía regional. Y esto nos importa, ya que sin producción no hay distribución y si no hay algo que distribuir no hay principio de justicia social que pueda aplicarse.

Pero esta responsabilidad social, compartida con otras fuerzas políticas, sólo es una cara de la moneda para los sectores democráticos y progresistas. Porque también, y sobre todo, es su responsabilidad "volver cada vez más públicas las decisiones de inversión y las que afectan al consumo. Esto es, cómo

tomarlas transparentes y controlables por la sociedad y no solamente por las burocracias (del estado o de las empresas)".

Esto marca una diferencia capital con los gobiernos neoliberales que han impulsado en Mercosur. Pues si existe alguna "decisión" relevante que se ha mantenido ajena a la sociedad, y en manos de las burocracias estatales y empresariales, ésta ha sido el MERCOSUR.

Un dato significativo al respecto estuvo dado por la exclusión de los congresos nacionales, y por ende de los partidos políticos representantes de la voluntad popular, del proceso de toma de decisiones que desembocó en el tratado. Más aun, la letra del tratado rescata para el provenir esta vocación por centrar el núcleo de las decisiones en las agencias ejecutivas de los gobiernos*.

Por otra parte, la "evolución institucional" del MERCOSUR es una incógnita. ¿Quiénes regularán el nuevo espacio regional? ¿Bastará con los presidentes acompañados por el Consejo de ministros y unas cuantas comisiones asesoras? ¿Qué lugar ocuparán los distintos partidos políticos frente a esta nueva burocracia regional, estrechamente vinculada a los intereses económicos que le dieron origen?

El apoyo a la iniciativa MERCOSUR debe combinarse con la vocación política de transformar la integración un problema político. Se trata de generar una dimensión política de la integración regional. Discutir la integración económica junto a la integración política. Está claro que la integración económica, como tal, sólo tendrá chance de sobrevivir si se logra una visión política capaz de generar un consenso amplio entre sectores económicos, sociales y culturales de la región.

Pero más importante aun, es el hecho de que sólo una instancia político-institucional a nivel regional, que albergue a las distintas expresiones partidarias, sería capaz de balancear el poder, lógicamente incrementado por la integración, de los agentes económicos. De qué otra manera se aseguraría un intento en la producción de un acompañamiento de la necesaria distribución de los beneficios. De qué otra manera se aseguraría un control democrático de las decisiones y de la gestión de una nueva economía regional. La integración política resulta entonces un ingrediente indispensable para redefinir la iniciativa MERCOSUR, alejándola de los intereses neoliberales y acercándola al interés de nuestros pueblos.

Notas

* Botana, Natalio "Las grandes líneas temáticas de la integración en América Latina". *Revista Integración Latinoamericana*, del Instituto para la Integración de América Latina (INTAL), Buenos Aires, julio de 1991. Año IV, N° 169.

† El concepto de "binomio común denominador" pertenece a Carlos Bruno. Seminario *Proyecto de Opinión Mercosur*, realizado por la Fundación para el Estudio y la Investigación de la Comunicación Social con el auspicio del Ministerio de Relaciones Exteriores, Buenos Aires, octubre de 1991.

‡ Documento Mercosur. Conclusiones del Encuentro Internacional de Dirigentes Agropecuarios. Ovejas, Misiones (P.A.) y 10 de agosto de 1991. (Periódico La Tierra, 29/8/91). Dicho encuentro contó con las participaciones de, entre otros, Humberto Foladori presidente de la Federación Agraria Argentina y Pérez Esquivel.

§ Ver su ensayo "Desafíos de la socialdemocracia en América Latina" en *La Ciudad Futura* N° 9/3031.

¶ H. Cardoso Idem.

** Un buen ejemplo puede encontrarse en el art. 24 del tratado que crea la Comisión Interparlamentaria Conjunta del Mercosur. La valedad del mismo denota la intención de religar a los Poderes Legislativos a la mera actividad de dependencia. Según el diputado Quezada (UCR, Neaquéen), vicepresidente 2º de la Comisión Parlamentaria de Seguimiento del MERCOSUR, "No se pretenc forzar la lista del artículo para rescatar una interpretación que nos permita ensanchar nuestro horizonte de participación". Exposición realizada en el marco del Seminario *Proyecto de Opinión Mercosur*, ya citado.

ENSAYO

Justicia y mercado

Diálogo Paul Ricoeur/Michel Rocard

Esta es una versión resumida de una conversación sostenida a fines de 1990 entre el ex-primer ministro francés y uno de los más comprometidos pensadores de la izquierda, en busca de temas y coordenadas que puedan conducir a un proyecto de progreso.

Ricoeur: Si queremos discutir no sólo sobre el tipo de sociedad en que nos encontramos sino también sobre aquella que queremos promover, debemos acordar una definición. A pesar del diferente vocabulario que el filósofo y el filósofo utilizan, debemos llegar a un acuerdo en relación las nociones que puedan resultar confusas. Por eso es necesario poner en claro, ante todo, el vocabulario que cada uno de nosotros usa, y, en especial, aquel que cada uno de nosotros ha usado con más frecuencia en sus discursos. Tanto más cuando la primavera de los pueblos del Este ha convencido a los más recalcitrantes que debemos inventar un porvenir, y lo más justo posible, en el seno de nuestras democracias, que son nuestro horizonte no superable.

Libertad de mercado en su forma más salvaje

El fracaso de la economía administrada en el Este deja una serie de cuestiones en suspenso en el Oeste, que difícilmente pueden ser aclaradas por nociones como "capitalismo atenuado", "socialdemocracia" o "economía de mercado", a las que usted en algunas ocasiones ha recurrido, lo cual, por otra parte, se le ha reprochado. ¿Existe alguna relación entre estos términos? Y si no es así, ¿Cómo diferenciarlos? Está claro que la noción de mercado se constituye en una referencia obligada, lo cual hace decir a algunos que la modernización económica, de la que usted es director de cursos, ha librado al mercado en su forma más salvaje. Si habíamos demasiado de mercado pronto nos transformamos en favorecedores de una lógica puramente mercantilista y en favorecedores del capitalismo; nos hacemos esclavos de una representación de la sociedad, sólo en función de la organización capitalista de los bienes mercantiles.

Aquí pueden originarse muchos malos entendidos y por eso sugeriría, por mi parte, no tomar como base la oposición capitalismo-socialismo, sino a partir de la idea de que la sociedad, en cuanto red de instituciones, está constituida ante todo por un vasto sistema de distribución. No en el sentido estrictamente económico del término "distribución", opuesto a "producción", sino en el sentido de sistema que distribuye todo tipo de bienes: bienes mercantiles, por supuesto, pero también bienes como la salud, la instrucción, la seguridad, la identidad nacional o la ciudadanía. Entonces, el problema que se nos plantea es el de saber cuáles, de entre estos bienes, son susceptibles de ser distribuidos según las reglas del mercado y, a su vez, cuáles exigen otro modo de distribución y, en este caso, cuál. Sólo así, en mi opinión, podremos aclarar nociones como "capitalismo atenuado", "socialdemocracia" o, también, "socialismo". Podremos hacerlo si nos remitimos a una visión del conjunto de la sociedad concebida como sistema institucional de tipo distributivo. Este enfoque, además, nos permitirá pensar en una representación de la justicia social que no sea sólo enunciativa en los términos tradicionales de la relación entre estado y ciudadanos asistidos.

Esta visión de las cosas me fue sugerida por el animador de la revista política americana *Dissent*, Michael Walzer, quien, en su libro *Esfueros de la Justicia* defiende la idea de que una visión puramente procedural de la justicia no es suficiente y que es necesario tener en cuenta la naturaleza de

Tras la quiebra de las economías administrativas del Este, la izquierda europea debe reconstruir los valores del socialismo en las sociedades capitalistas. En contra de una simple interpretación de procedimientos de la democracia. Cómo volver a legitimar la acción del estado y encuadrarla en un proyecto de cambio.

los bienes a distribuir. O sea que se hace necesario relacionar los bienes considerando en cada oportunidad el tipo de bienes con los cuales específicamente ellos se corresponden. Para hacer ésto no podemos atenernos a los simples procedimientos de repartición, a las reglas formales, que mantendrán su validez independientemente de los bienes distribuidos, como tienden a pensar otros teóricos neomarxistas, en particular John Rawls, autor de una Teoría de la Justicia que ha tenido un eco importante en Francia y que Walzer critica puntualmente. Esto significa que los bienes relativos a la salud o a la educación no se distribuyen del mismo modo que los bienes mercantiles y, con más razón aun, los bienes relativos a la ciudadanía: el derecho de asociación, el derecho de expresión, el derecho a la seguridad, etc. Se elude, así, la aporía que nos guarda inexorablemente al efectuar el pasaje cuando se pretende o que todo bien sea de tipo mercantil o que algunos, por una cuestión de principio, sean totalmente extraños al mercado. Salimos, así, fuera de una representación de sociedad de mercado polarizada sólo por bienes mercantiles, o por su crítica, donde se da por supuesto que el mercado tiene su propia racionalidad.

Rocard: Soy muy afecto a este acercamiento intelectual que, sin duda afronta la cuestión central, o sea, la de cuál debe ser nuestra concepción de la sociedad. Esta no puede basarse en una extensión de la lógica mercantilista a todos los sectores de la vida social y política. Tal cuestión se entrelaza, sin embargo, en mi opinión, con otra de índole tal vez más práctica o, en todo caso, menos directamente

conceptual y por la que siento más afinidad como hombre político. Es la siguiente: ¿cómo podemos pronunciarnos a favor de ésto o a favor de aquél sistema de distribución, cuando, a pesar de lo que usted decía del horizonte no superable de la democracia, son tantos los que se confrontan y están en competencia? ¿Cómo hacer para adaptar aquí lo que nos pueda parecer el mejor sistema? ¿Cómo persuadir a la gente de que la sociedad de mercado pura y simple, abandonada en su globalidad a la pura competencia, no es el sistema al que debe adherir?

En su historia la humanidad ha conocido muchos modos de respuesta a esta pregunta, ha el modo preferido durante más tiempo ha sido la guerra o la coacción, o sea, la modalidad de la fuerza, de la violencia física. Un sistema de organización social prevaleció sobre otro porque era impuesto por la fuerza. Usted concordará conmigo en que el hecho de no encontrarnos ya en este punto, que no se acepten más como absolutas estas modalidades para regular los conflictos, representan un innegable progreso de civilidad. Ya no se mata o se reduce al silencio a quien no está de acuerdo, entonces es necesario convencerlo. ¿Cómo convencer, hoy, a aquellos que adoptan otros sistemas de distribución?

Hay los poderosos pueden enriquecerse sin límites

Pero reformulemos ahora mi pregunta con mayor fuerza: ¿en nombre de qué, en función de cuáles criterios clasifican los bienes como dependientes, o no, del mercado? El rechazo a la violencia o a la fuerza bruta no implica la desaparición de los antagonismos, de las relaciones de fuerza, de la conflictividad. Es por eso necesario tratar de explicitar los valores que llevan a ésta o aquella elección y hacer circular esta explicación entre la opinión pública. Detesto la palabra consenso, con la que se ha terminado por explicar todo y lo contrario de todo, pero en cierta forma se trata justamente de eso: del ensanchamiento de la conformidad obtenida por vía democrática o, si se prefiere, por alguna forma de compromiso. Sin este compromiso es un anhelo ilusorio llegar a una diferenciación como la usted demandaba, citando a Michael Walzer, entre "esfueros de justicia" y pluralidad de bienes: mercantiles o no.

Ahora bien, ¿cómo constatamos? Que ya no existen valores susceptibles de provocar consenso y de imponer una limitación externa al mercado, al reino de la mercancia, al dinero como patrón general. La sociedad medieval, en Occidente, ha sido la última que ha conocido una regulación ética y religiosa de lo económico, en nombre de una legitimidad extraordinariamente potente, puesto que no estaba sujeta a una discusión secular. La idea de una "economía básica" impuesta por la Iglesia ha tambaleado, ante las embestidas de quienes se enriquecieron, comenzando por los burgueses de las ciudades, tan bien descritos por Jacques Le Goff, Régine Pernoud o Fernand Braudel.

Desde esta limitación han pasado cinco siglos y no es concebible su retorno; vivimos en sociedades autónomas, poseglijosas, como dicen los teóricos del desencanto. A continuación, la valedad de acumulación ha producido una aun más fuerte rupturalidad social, porque al ser el mercado una forma de libertad ya no existen más obstáculos a la posibilidad que se brinda a los ricos y a los poderosos de un mayor enriquecimiento, sojuzgando y explotando fuera de toda norma y de toda referencia el trabajo ajeno. La protesta socialista nació de allí, de una reacción moral frente a este

SOS: racismo

Un fantasma acecha a Europa: se llama tribalismo

Salvatore Veca*

Un fantasma recorre Europa. Atraviesa los confines continuamente rediseñados de una geografía sobre la cual prevalece la historia de los pocos años que, a fin de siglo, cambian la cara del mundo. Está alimentado por dos protagonistas recurrentes de la vida colectiva: el medio y la necesidad. Toma cuerpo sobre el trasfondo del colapso, de la erosión o del debilitamiento de los vínculos sociales, de las bases mínimas sobre las cuales se asienta el reconocimiento de las formas elementales de la convivencia civil. Podemos llamarlo tribalismo.

En Alemania, como en Italia y en Francia, en las repúblicas de la ex Unión Soviética y a través de toda esta Europa que cambia, el tribalismo asume distintas formas. Entre las más crueles y bárbaras, una de ellas es el racismo, la xenofobia, la violencia que los seres humanos ejercen uno sobre otros, y que se suscita simplemente por el color de la piel, por la lengua, por la raza, la religión o la nacionalidad. Naturalmente, el fantasma no ha aparecido de improvviso. El surgimiento del comportamiento colectivo que identifica al enemigo en aquel que es diferente ha vuelto a ser desde hace tiempo un proceso en desarrollo y una amenaza en acción. Hoy tenemos la percepción neta de que el virus de la intolerancia, del rechazo del otro, del recuso a la violencia y a la crueldad ha ganado terreno, y de que su probabilidad de invasión y expansión es muy alta. Sería mero recurrir a una sola clase de razones, causas o motivos para explicar la expansión de este SIDA de la moralidad mínima, del pacto antis civil que político. El cuadro de la

emigración del Sur hacia el Este, el fenómeno imponente de los refugiados "económicos", la guerra real o virtual entre lo que tienen y los que no tienen, la explotación de hombres, mujeres y niños, los conflictos entre los pobres, la mezcla y la tensión entre el Norte y el Sur, dentro aun de las mismas zonas ricas de un mundo cuyo mapa alberga continentes de privaciones. Todo esto responde a causas, cuestiones, aspectos y dilemas económicos, sociales, psicológicos, culturales y, obviamente, a la responsabilidad internacional.

Nuestra responsabilidad por las futuras generaciones

Hay un punto sobre el cual quisieramos sugerir una modesta propuesta de reflexión. El giro racista del tribalismo es reconocible sobre todo en los comportamientos y las actitudes de los jóvenes que parecen girar en torno al abandono de valores, motivaciones e identidad, como única y desolada escena metropolitana.

Una escena en la cual no está más a disposición el vocabulario heredado de la moralidad y del elemental sentido de la justicia; las bibliotecas se han transformado en escombros y el léxico político y moral del respeto y de la solidaridad, de la simple capacidad de meterse en los problemas de los otros, parece haber sucumbido súbitamente en una remota catástrofe geológica.

La urdimbre del mosaico —tan fatigosamente compuesto— de una forma de vida democrática, se ha dispersado. La

memoria de la barbarie racista de este siglo se ha evaporado. La impresión es que el virus es tanto más fuerte cuanto más débiles son los anticuerpos generales de la partición de un núcleo simple de valores fundamentales. Un núcleo capaz de provocar motivaciones para actuar, respetando y teniendo en cuenta a los otros, sobre quienes acechan las prácticas variadas de la crueldad y de la humillación. Esto sugiere, entre otras cosas, que deberemos tomar terriblemente en serio nuestra responsabilidad por las generaciones de futuros ciudadanos, comenzando por los niños.

Podemos y debemos empeñarnos en bloquear y hacer retroceder la infección de la moralidad mínima de la convivencia, reclamando las "razones" del respeto y el "deber de la hospitalidad" y del derecho cosmopolita del cual hablaba hace doscientos años, en *La paz perpetua*, Kant, el filósofo del Luminismo.

Esto todavía corre el riesgo de ser un acto debido, necesario pero no suficiente, si no empezamos todos nuestros recursos para transformar estas razones en "motivaciones". Y éste es un deber nunca cumplido, que se inicia en todos los casos en la escuela y en todos los sitios donde tenemos el honor de continuar la cadena de la "conversación humana", con los niños y las niñas aún sin memoria y sin identidad, en búsqueda de significado. Son ellos las víctimas predestinadas a la apatía, al cinismo o al virus tan recurrente como repugnante del racismo.

"SOS Racismo" es un slogan que debería poder evocar un mundo más digno de ser habitado y salvado por los niños.

* Tomado de *L'Unità* del 25/1/92. Traducción de Estela Arías.

estado de cosas. El socialismo ha sido, ante todo, una utopía ética, la de una sociedad radicalmente no mercantilista, que se correspondió, por ejemplo, en el plano de las ideas con el fourierismo, y en el de los hechos con la práctica del asociacionismo. Como aquellas sociedades de socorro mutuo, cooperativas, bolsaks de trabajo, que organizaban estructuras de reclutamiento de mano de obra para evitar los mercaderes de hombres, etc. En sus primeros años el movimiento socialista no pensaba hacer emerger otra sociedad a partir del aparato productivo existente, sino construir otra cosa, colateral, en nombre de una legitimidad principalmente ética y no en nombre de un pretendido sentido de la historia. Las posteriores desviaciones marxistas de este movimiento culminaron con el gigantesco fracaso de la economía administrada del mundo comunista, de la que observamos los últimos sacudones, y que arrastró en su derrota, la idea misma de socialismo. Para mí no es así; y no por nostalgia o por incapacidad de imaginar otro modelo. Llamo socialismo, en coincidencia con los primeros fundadores del socialismo, a la voluntad colectiva de justicia social, de disminución de la dosis de arbitrariedad de reducción, hasta un nivel aceptable, de las desigualdades respecto del reparto de los talentos del riesgo, o de la responsabilidad. Dado que debemos clarificar nuestro respectivo vocabulario, diré que la sociedad de mercado, de la cual usted ha definido los términos de un modo tan preciso y original, no se contradice, para mí, con la voluntad de llevar a la práctica aquello que yo continúo llamando socialismo, con sus primitivos aspectos de utopía que recién he recordado.

Ricœur: Por cierto. Pero las críticas a la economía administrada, al socialismo burocrático, también al totalitarismo, ¿no han terminado con demasiada frecuencia por desear otra toda imaginación social, todo imaginario de transformación social? ¿No han llevado a la renuncia de la idea de utopía o, inclusive, a la renuncia de una posible representación del bien común?

No demorar la crítica a la distribución capitalista

En este contexto pienso que es necesario admitir que la crítica a la economía administrada se ha cumplido o, más precisamente, que la doble crítica a las sociedades totalitarias y al estado-providencia debe existir mientras sea necesaria, y en alguna medida éste es un hecho del pasado. Aquello que por el contrario hoy debemos emprender, y sin retardo, es la crítica al capitalismo como sistema de distribución, que identifica la totalidad de los bienes con los bienes mercantiles. Si es verdad que fuera de la democracia no existe alternativa, urge no contentarse con oponer un discurso moral a la lógica de una economía abandonada a sí misma, con el primero haciendo de contrapunto a la segunda. Se lo ve claramente en las denuncias moralistas que se hacen respecto del dinero, desde hace tiempo un motivo recurrente.

Ricœur: Estoy completamente de acuerdo con usted, no hay que perder más tiempo y es necesario emprender, lo que es posible, la crítica al capitalismo en las formas a que usted hizo ahora referencia. Pero no olvidemos que estamos volviendo luego de haber hecho un largo recorrido. En los años sesenta el Partido Socialista era todavía el promotor, aunque sólo parcialmente, de un proyecto de economía administrada, y el fracaso de esta economía administrada no ayuda de manera alguna a la resolución del problema; tras este fracaso cualquier legitimidad que no sea aquella del mercado se vio históricamente debilitada.

Hoy nos llega de los países del Este europea una masiva demanda de regulación absoluta mediante el dinero, una voluntad manifiesta de liberar el mercado, y cuando decimos que no hay que abandonar a lo político, que es necesario conservar algo, aunque sea poco, de las prerrogativas del estado, damos la impresión de ser peligrosos cómplices del Gulag. No es entonces la crítica a la economía administrada lo único que ha bloqueado la imaginación social: es también su realidad e inclusive su recuerdo. Usted lo sabe mejor que yo; aquello que ha sido llamado entre nosotros crítica a los

totalitarismos ha dado lugar a una enérgica denuncia por el André Glucksmann, para quien el individuo debe luchar ahora sobre todo contra los males del poder y de las otras instituciones; en pocas palabras, dado que todo proyecto utópico estaría destinado a desvanecerse en la nada, debe cuidarse del mal antes que preocuparse de instituir el bien común. Es así como la idea misma de acción política termina quedando referida a la de partido perverso. Y no creo que esto suceda sin tener consciencias sobre el imaginario, y sus representaciones, de los jóvenes... de la secundaria y los otros... Pero aún nos quedan los casos de aquellos, como Václav Havel, que habiendo orquestado la idea de una "antipolítica", la idea del poder de los sin-poder, hoy se sienten obligados a valorizar la acción política por sus responsables del destino de la nación de la cual han tomado las riendas.

Dicho esto, no hay duda de que voy en busca de nuevas legitimidades, distintas a las del mercado entendido como extensión de la lógica mercantilista a los diferentes sectores de la sociedad. Y, en consecuencia, estoy de acuerdo con usted en reconocer que, en efecto, cierto tipo de bienes no debe depender del mercado y que otros deben establecer relaciones específicas y graduales con la lógica mercantilista.

Nuestra responsabilidad por el futuro

Tomemos alguno de los grandes problemas planetarios actuales: el medio ambiente. No podemos producir sin contaminar, es un hecho innegable. Pero cuando se observan los resultados de tanta contaminación acumulada se verifican deterioros absolutamente viciosos, ¿En nombre de que razones imponer medidas costosas para preservar el medio ambiente? Es claro que no puede hacerse en nombre de las leyes de mercado. Es necesario recurrir a otros valores, valores superiores, como el respeto a la vida, a cualquier vida, que así también en la proyección futura de este respeto a la vida, la preocupación por la durabilidad de la vida, la voluntad de salvaguardar el porvenir de la humanidad. Esto exige de la humanidad que esté en condiciones de proteger y preservar su medio ambiente. No sólo el de la humanidad del presente, por ella misma, sino el de la humanidad del presente por la humanidad del futuro. Sin duda aparece aquí un nuevo derecho del hombre, o más bien una nueva interpretación de los derechos del hombre: la de

su proyección en el porvenir. Esta responsabilidad por el futuro nos permite responder a la pregunta acerca de la distribución de los bienes. Hay bienes (el medio ambiente, la salud, la educación) que comprometen el porvenir y de los cuales no podemos disponer a nuestro arbitrio. Estos bienes son precisamente aquellos no susceptibles de una distribución puramente mercantilista y exigen reglamentación, prohibición, pero también control, que las leyes de mercado, por sí mismas, no pueden salvar. Y, más aún, esta ética de responsabilidad hacia el porvenir no se detiene en los límites del mercado: es igualmente válida en el corazón mismo de la esfera económica, donde con demasiada frecuencia las preocupaciones de largo plazo son sacrificadas por las de corto plazo. La gran debilidad de las leyes del mercado consiste en que ellas presuponen, por decirlo de algún modo, una contemporaneidad casi absoluta de los actores y de los momentos del intercambio; y de ahí que se basen, como hipótesis, en que deban intervenir, en el momento con acciones heterogéneas, sin preocupación alguna por el futuro. Este menoscabo hacia el porvenir está acompañado por la negativa a una concertación entre los actores, a una coordinación de las acciones con miras a tomar en consideración su incidencia en el porvenir... Un caso más concreto: el afán constante por distribuir muchos dividendos a fin de aumentar el valor de las acciones y dificultar las OPC (OPC), que está en directa oposición con el compromiso de invertir y, en consecuencia, con la preparación del futuro. Esta falta de consideración hacia el porvenir no deja de estar relacionada con la pérdida de las representaciones de la historia en términos de objetivos, de previsión. El fin, las finalidades, no siempre debe estar asociado a perversas utopías.

Usted mismo ha hecho algunas reflexiones sobre este punto -pienso en *Temps et récit*, naturalmente-. Pero es evidente que estos interrogantes acerca del tiempo no han sido tomados en consideración entre las reglas de funcionamiento de la economía. Voy dos ejemplos: el alza mundial de las tasas de interés y las estrategias industriales. Sean cuales fueran las causas del alza de las tasas de interés (el escasez de capitales, por ejemplo) ella proyecta hacia el porvenir un estado momentáneo del mercado, hipotecando severamente el futuro en función sólo de intereses a corto plazo. Y he tenido ocasión de decir que así ahí donde existe una de las graves amenazas que penden sobre nuestras libertades: la fijación a nivel mundial de las tasas de interés. No hay sino salida, entonces, que no sea la de una acción concertada a escala mundial para controlar estos movimientos. En ausencia de esto se deja la evaluación del futuro a la regulación sólo del mercado, o sea, sólo a la andrúquica confrontación de los manejos individuales.

Comprobamos la existencia de los mismos efectos deletéreos de esta despreocupación acerca del porvenir en las continuas amenazas de OPC a que están sujetas las empresas. En las economías británica y norteamericana, en particular, la rentabilidad a corto plazo buscada por los círculos financieros impide el lanzamiento de proyectos industriales a largo plazo. Las economías que tienen hoy más éxito (aquellas que se caracterizan, a la vez, por una inflación débil, por un excedente en el presupuesto y, sobre todo, por una balanza de pagos acreedora, como la japonesa, la alemana, la holandesa y la suiza) son economías en las cuales las OPC no son posibles y en las que la participación bancaria en la actividad industrial está unida, en general, a un proyecto industrial a largo plazo.

No me he alejado de su reflexión acerca de la diversidad de los bienes y de los órdenes, he querido simplemente mostrar que sería necesario tener en cuenta, al mismo tiempo, los diferentes efectos perversos de la lógica mercantilista (lo cual no tiene como fin ni abolirlos ni abolirlos), comenzando por esta desnaturalización del tiempo que agrava nuestra progresiva pérdida de visión del porvenir. Ayer el futuro era demasiado claro para un socialista, hoy, la idea misma de futuro corre el riesgo de deteriorarse dramáticamente. La crítica contemporánea del capitalismo que usted propone, también pasa por nuestra actitud para pensar y actuar en el tiempo.

Ricœur: A partir de este acuerdo acerca de la idea de una pluralidad de los órdenes y de los bienes, pasemos -si usted quiere- al tema de las representaciones que nuestra sociedad puede darse a sí misma, cuando deja de ser percibida en función de la acción política: la sociedad civilizada, entre el individualismo liberal, que rechaza toda representación del bien común, y la voluntad de remitirse al telos de los

interrogantes: ¿Cómo organizar una jerarquía de tales bienes si no podemos realizarlos todos a la vez, teniendo en cuenta que es necesario establecer, en toda época y en todo lugar, un orden de prioridad, que por otro lado es la apuesta de la discusión democrática? La cuestión, entonces, es ésta: ¿cuáles son los valores susceptibles de sobresalir por encima de las reglas simplemente procesadas del intercambio, que deben presidir la elección de prioridades?

Ricœur: Usted tiene razón. La cuestión debe ser reformulada así: ¿en nombre de qué valores se actúa en un sentido o en otro, en nombre de qué valores se establece la jerarquía de los bienes que se quieren privilegiar? Y este interrogante es más delicado aun para un hombre político en el momento actual, cuando el estado parece haber perdido en gran parte su legitimidad y, en consecuencia, la acción política ha perdido en gran parte su credibilidad ante el ciudadano. Pero este fenómeno es ambiguo porque, al mismo tiempo, testimonia un acrecentamiento de la conciencia democrática. Y, por una simple razón: porque el actor político ya no tiene más elección; para actuar políticamente necesita dar legitimidad a su accionar; ya no sólo actúa en nombre del pueblo soberano sino que también lo hace, se podría decir, en conexión con él. De ahí la necesidad de entender las motivaciones de la opinión pública, de comprenderla, sin que por eso se vea involucrado demagógicamente.

Y ello no sucede porque sí: la democracia es el sistema en el seno del cual la legitimidad está siempre en cuestión, en discusión. Ninguna legitimidad puede imponerse en forma definitiva porque siempre es susceptible de ser puesta en discusión. En este sentido, como lo demuestran numerosos análisis contemporáneos, la democracia siempre es autofundada.

Por el riesgo consiste en que ella no tenga para proponer ningún otro criterio, salvo el de sus propios procedimientos. Es lo que usted llama visión procesal del estado, una visión en la que se dan por sobrentendidas la idea de una sociedad de derecho y la función primordial de derecho en las sociedades democráticas. Retomo así su interrogante acerca de las relaciones entre los procedimientos y los valores; ¿cuál es la verdadera consecuencia de la visión procesal? y, antes que nada, cuando los valores están, por así decirlo, suspendidos, puestos entre paréntesis, ¿cómo discriminar entre lo que está bien y lo que está mal en la evaluación de los sistemas de distribución de bienes a que usted alude? ¿Podemos remitirnos simplemente a los procedimientos? A estas preguntas hay que dar una respuesta que implique un compromiso con nuestras convicciones; las reglas de procedimiento no son un valor en sí mismas. Pero es la ayuda que recibimos hoy, cuando tratamos de llevar adelante este debate. Porque los valores son percibidos como algo que la política viene a perturbar, o de los que puede prescindir, suplantándolos, llegado el caso, con un elogio más o menos discreto a la sociedad de la comunicación. Me parece, más bien (y aprovecho la ocasión que se me ofrece de hablar con usted para afrontar este punto), que una cierta *intelligensia* (aquella que fuera santificada por Sartre) ha virado bruscamente del izquierdismo, o del marxismo, hacia este vacío de valores que acompaña el interés por lo procesal y -retomando la expresión de Gilles Lipovetsky- hacia esta era del vacío.

Si continuamos refiriéndonos a los valores, nos encontramos con un tipo de sociedad en la cual el tema de los bienes (insisto en este término: "bien") se nos impone, sin que por ello tengamos que retrotraernos a la posición simplista entre mercantilismo y no mercantilismo. Entre la idea de un único bien, del que todos los individuos participarían de modo indistinto, y la de un individualismo moral, que fragmenta hasta el infinito la concepción de bien, nosotros, en cambio, hacemos referencia a "bienes". No a un bien o a infinitas reivindicaciones morales, sino a tipos de "bien" de los cuales es necesario organizar la distribución con la mayor justicia posible.

La democracia es siempre autofundada

Alta ahora precisar el segundo punto de nuestro interrogante: ¿Podemos realizar una jerarquía de tales bienes si no podemos realizarlos todos a la vez, teniendo en cuenta que es necesario establecer, en toda época y en todo lugar, un orden de prioridad, que por otro lado es la apuesta de la discusión democrática? La cuestión, entonces, es ésta: ¿cuáles son los valores susceptibles de sobresalir por encima de las reglas simplemente procesadas del intercambio, que deben presidir la elección de prioridades?

Ricœur: Usted tiene razón. La cuestión debe ser reformulada así: ¿en nombre de qué valores se actúa en un sentido o en otro, en nombre de qué valores se establece la jerarquía de los bienes que se quieren privilegiar? Y este interrogante es más delicado aun para un hombre político en el momento actual, cuando el estado parece haber perdido en gran parte su legitimidad y, en consecuencia, la acción política ha perdido en gran parte su credibilidad ante el ciudadano. Pero este fenómeno es ambiguo porque, al mismo tiempo, testimonia un acrecentamiento de la conciencia democrática. Y, por una simple razón: porque el actor político ya no tiene más elección; para actuar políticamente necesita dar legitimidad a su accionar; ya no sólo actúa en nombre del pueblo soberano sino que también lo hace, se podría decir, en conexión con él. De ahí la necesidad de entender las motivaciones de la opinión pública, de comprenderla, sin que por eso se vea involucrado demagógicamente.

Y ello no sucede porque sí: la democracia es el sistema en el seno del cual la legitimidad está siempre en cuestión, en discusión. Ninguna legitimidad puede imponerse en forma definitiva porque siempre es susceptible de ser puesta en discusión. En este sentido, como lo demuestran numerosos análisis contemporáneos, la democracia siempre es autofundada.

Por el riesgo consiste en que ella no tenga para proponer ningún otro criterio, salvo el de sus propios procedimientos. Es lo que usted llama visión procesal del estado, una visión en la que se dan por sobrentendidas la idea de una sociedad de derecho y la función primordial de derecho en las sociedades democráticas. Retomo así su interrogante acerca de las relaciones entre los procedimientos y los valores; ¿cuál es la verdadera consecuencia de la visión procesal? y, antes que nada, cuando los valores están, por así decirlo, suspendidos, puestos entre paréntesis, ¿cómo discriminar entre lo que está bien y lo que está mal en la evaluación de los sistemas de distribución de bienes a que usted alude? ¿Podemos remitirnos simplemente a los procedimientos? A estas preguntas hay que dar una respuesta que implique un compromiso con nuestras convicciones; las reglas de procedimiento no son un valor en sí mismas. Pero es la ayuda que recibimos hoy, cuando tratamos de llevar adelante este debate. Porque los valores son percibidos como algo que la política viene a perturbar, o de los que puede prescindir, suplantándolos, llegado el caso, con un elogio más o menos discreto a la sociedad de la comunicación. Me parece, más bien (y aprovecho la ocasión que se me ofrece de hablar con usted para afrontar este punto), que una cierta *intelligensia* (aquella que fuera santificada por Sartre) ha virado bruscamente del izquierdismo, o del marxismo, hacia este vacío de valores que acompaña el interés por lo procesal y -retomando la expresión de Gilles Lipovetsky- hacia esta era del vacío.

Si continuamos refiriéndonos a los valores, nos encontramos



tramos con lo que nos miran como una suerte de residuo ético, de supérfluo accesorio. Ahora bien 190, en esto, me siento cómodo. Porque de ningún modo estoy dispuesto a renunciar a los valores que están implícitos en mi accionar político. Por otra parte es paradójico: muchos me acusan de orientar una política demasiado discreta, por dorechearme, y, por otra parte, usted me sugiere que el remitirse al socialismo no está exento de equívocos.

Parece que se espera, en efecto, que sean los procedimientos de discusión quienes hagan aparecer los valores. De ahí la extraña situación en que nos encontramos: por un lado se acusa al político de dividir, de no lograr consenso, por otro por excesiva pasión en el conflicto, de continuar rindiendo demasiado tributo a nostálgicas utopías. Por otra parte se acusa a las clases políticas de ceder demasiado ante el poder de convocatoria, de ceder actualmente de un discurso específico de un pensamiento autónomo, de decir la misma cosa que dicen los otros, aunque de manera diferente, y de no dar cuenta, en todo caso, de aquellos valores que deberían consolidar a una comunidad histórica. En estas condiciones la crítica a lo político no es fácil; si lo es, en cambio, intentar un cuestionamiento radical de la acción política. El político, o no hace lo suficiente y ya no es suficientemente político, o bien hace demasiado y entonces sobrepasa la política, lo cual se vincula con especulación, con maquiavélismo de baja estofa.

Procedimientos y valores que demanda la democracia

Está actuando paradójica me ha impactado, especialmente a leer el número dedicado al aniversario de la revista *Le Debat*, donde se desarrolla a través de varios artículos el tema de la política de las élites. El tono es incisivo y las élites de la tradición y de los mass media son acusadas de ser el origen de la actual despolitización, de favorecer el déficit de la ciudadanía, de provocar de este modo el ascenso del *lepenismo*. El Partido Socialista me queda eximido y Marcel Gauchet, por ejemplo, le reprocha tener "un encelofagrama plano".

Me temo, que rápidamente nos vemos llevados a comprobar esta ambivalencia cuando se habla en términos de valores abstractos y generales como libertad, igualdad, solidaridad; o se decreta que no existen más valores o se afirman valores de manera puramente voluntarista, arbitraria. Por eso sugiero pensar de una situación más concreta, característica de la democracia moderna, como es la dialéctica entre conflicto y concenación. Por una parte hay que reconocer, con Edgar Morin, que cuanto más compleja es una sociedad más conflictos genera. Aunque, como usted ya ha señalado, estos conflictos no sean necesariamente morales, como los civiles, pero sí muestran el enfrentamiento entre intereses divergentes y, también, convicciones diver-

gentes. En este aspecto, me inclinaria por decir que la democracia es el régimen en el que todos los conflictos están abiertos y es ésta es la razón por la cual ella demanda procedimientos conocidos y aceptados. Pero ¿aceptados a partir de qué? He aquí el otro costado de la cuestión: el procedimiento, la forma de discusión. Pero se necesita también un contenido, y éste no puede provenir más que de las convicciones: de esas convicciones que son otro de los términos necesarios para la enunciación de los valores que dan sustancia a nuestra acción. Se podría decir que la democracia demanda, a la vez, reglas (procedimientos) para el arbitraje de los conflictos y también convicciones (valores para sostener y orientar meditaciones, órdenes de prioridad entre valores concurrentes).

Ricœur: Antes de adentrarnos en la discusión, haré una apreciación preliminar. Para mí no es aceptable que nos permitamos escribir cosas del tipo "el Partido Socialista tiene un encelofagrama plano". Porque el pensamiento es siempre algo personal, mientras que un partido político recluta personas que brindan todo lo que tiene en común a los efectos de sacar conclusiones para la acción que tienen en común. Y, como es natural, todo ello es limitativo. Si, desde que existe la democracia, tuviera que hacerse la exégesis de los documentos colectivos de los congresos, creo poder decir que los encelofogramas planos serían un fenómeno extraordinario. La verdadera cuestión es la de los encelofogramas de los principales dirigentes de los partidos, de los individuos. Los partidos sólo se verán respetados en su función primordial de organizadores de las acciones públicas si no se les pide más que aquello que pueden dar.

Dicho esto, dado que nuestra discusión compromete a un intelectual y a un político, para hacerse eco de su afirmación querría decir, ante todo, que siempre me he sentido impactado por el extraño tropismo de la *intelligensia* francesa, consistente en privilegiar de manera romántica una violencia y unas perspectivas demasiado apocalípticas para mi gusto. Hay en esto una radicalidad que con frecuencia lucha con la *raison des choses*. Un solo ejemplo: la extraordinaria legitimidad intelectual, proveniente de su lucha y luego de su victoria sobre Batista, de que ha gozado por largo tiempo Fidel Castro y de la cual parece gozar todavía un poco. En comparación, la misma *intelligensia* ha mostrado la más negra y absoluta indiferencia ante la prodigiosa reconstrucción de la democracia en la España posfranquista. En este último caso se ha dado un despliegue de inteligencia política, de habilidad, de respeto por el otro, que en algunos años ha hecho de España una de las más florecientes y mejor gestionadas democracias contemporáneas. Dentro de una indiferencia, repito, total.

Creo que, efectivamente, resulta difícil representar los conflictos como reducibles a un conflicto central, y seductor considerar a este último como un conflicto total, como una guerra. Existe una fascinación por la violencia que siempre ha gravitado peligrosamente sobre los intelectuales, esto, ¿de qué depende? Me parece que existe en la sociedad francesa el impulso apegar, en relación con el dinero, al antiguo trasfondo de desconfianza católica: el dinero es sucio, no es romántico. Entonces, en vez de plantearse los conflictos acerca del reparto del dinero, se le proponen subterfugios que habilitan para todos los entusiasmos: el nacionalismo, la lucha de clases, la batalla contra el imperialismo. Existen conflictos, por otra parte, que urge plantear: la regulación de la protección social y el presupuesto sanitario, las relaciones entre mercado y televisión, la gestión de la deuda del Tercer Mundo, etc. Pero, entonces, habría que afrontar la cuestión del dinero, la recuperación de la riqueza, que sin duda es menos exaltante que la pura y entusiasta invocación a la violencia, o que el actual retroceso hacia un escepticismo que dirige la mirada sólo sobre sí mismo.

Compromiso, concertación y reconocimiento de los conflictos

A partir del momento en que, como vimos antes, se elige el rechazo a la violencia, o sea, la coexistencia con el adversario, la necesidad de darle también lugar en los proyectos para el futuro, se entra necesariamente

te en una lógica de compromiso. Aquellos que se escandalizan por esta situación, aquellos que llaman a esto consenso débil, o bien se rehúsan a admitir esta necesidad o bien son unos nostálgicos del recurso de las armas, de la guerra civil. Esto es poco conveniente, sobre todo cuando se evita reconocer los verdaderos conflictos actuales, que hacen esencialmente a la cuestión de la regulación del dinero y del reparto de la riqueza, hay que terminar con esta oscilación que nos hace pasar del humanismo a la guerra civil. Es necesario construir y conformar esta cultura democrática, que exige, como decía usted hace un instante, compromiso, concertación y, al mismo tiempo, reconocimiento de los conflictos.

Ricoeur: En resumen, en su opinión, ¿podrían observarse restos de bolchevismo, de nostalgia revolucionaria, también en los discursos de aquellos que han hecho una crítica radical al bolchevismo? Más cercana a este debate sobre las relaciones de los intelectuales en la sociedad francesa creo que existe una grave tendencia a representarse cada conflicto en forma poco arcaica y, como tal, inadecuada para la negociación y el arbitraje. Y veo aquí no sólo a los intelectuales sino también a todos los actores sociales, se nos hace difícil admitir, a la vez, la proliferación de conflictos y la consecuente necesidad de una concertación destinada a regularlos.

Rocard: En efecto. Desde este punto de vista me gustaría ser fundador o por lo menos coordinador de una gran convocatoria, que debería ser mundial, y propugnar la causa de la reinserción de una función reguladora abarca dos aspectos: uno, está referido al poder público, al estado; otro, a la regulación contractual de la sociedad civil.

La dimensión del contrato es una dimensión novísima en la sociedad francesa, que en este aspecto, siempre se ha remitido al estado. Sin embargo, muchos procesos sociales no dependen, de la intervención del estado, sino de la negociación colectiva regulada por contratos y convenios. Es el caso de las partes sociales, pero también de las instancias que se han ido creando, como el Comité para la Ética Médica o el Consejo Superior de Medios Audiovisuales, aunque estos no hayan asumido plenamente aun la función que deberían cumplir.

Vuelvo ahora al interrogante clave, y que atrae la atención de ambos: disponemos de procedimientos, sin duda a desarrollar, que nos permiten lograr una gestión negociada de los conflictos por tales procedimientos, ¿no son distintos de los valores tendemos hoy a privilegiar? Dado que ya no disponemos de valores trascendentales, es evidente que no nos queda otro valor disponible que no sea ese respeto por la vida humana, sobre el que ya hemos hablado.

Esta vida humana es una referencia mínima y, a la vez, si se le incorpora por un lado la proyección hacia el futuro y por el otro la dimensión global de la humanidad, también un valor con posibilidades de implementación mucho más particularizadas. Tal valor no es libre de aquellas contradicciones a las cuales el respeto por la vida humana nos expone. Si se otorga a la vida humana un valor absoluto, ¿cómo podría conciliarse a un valor superior? Y, en ese caso, ¿cómo quedan entonces la ciudadanía, el patriotismo, etc.? Si nos ponemos a analizar, al respecto, la cuestión de los rehén en la gestión de la crisis del Golfo, tanto sea para el caso de Saddam Hussein como para el caso de la opinión pública de las democracias, la actualidad nos muestra algo. La fuerza moral de estas últimas radica, sin duda, en el reconocimiento de valor algo superior al respeto por la vida humana; pero, al mismo tiempo, es allí donde encuentra también su debilidad política. Toda prueba induce, entonces, a un conflicto de valores.

Esta idea de respeto por la vida humana admite la articulación de la protección del medio ambiente con el tema de la biotecnología y, a la vez, con algunas demandas, como ser la de una regulación de la economía a nivel mundial. Se puede fundamentar en ella también la necesidad de cierto respeto por el mercado, en la medida en que el mercado es uno de los elementos constitutivos de la libertad. El respeto por la vida demanda, sin duda, respeto por la libertad del otro. Las cuestiones de valor no pueden ser separadas de la cuestión de procedimiento; tanto es así que, si existen sectores en los cuales comenzamos a discernir claramente lo que depende del poder público de lo que depende de la negociación contractual, como el económico, existen otros donde bajo este punto de vista está casi todo por inventarse,



como la biótica, por ejemplo, y, sin duda, la salud, la educación, la cultura...

Ricoeur: Quisiera retomar este tema desde un ángulo diferente. En la tradición francesa hemos dado un nombre a esta ausencia de valores trascendentes: laicidad, y hemos intentado convertirlo en un valor en sí mismo, hacer de él algo positivo y sustancial al mismo tiempo. La laicidad del estado fue así concebida como una laicidad de abstención -como usted mismo lo ha señalado-, o sea, como una puesta

Construir una laicidad de la confrontación

En tal sentido la legitimidad del estado laico consiste en no exigir ninguna convicción. La gran batalla de la laicidad ha sido la de sustraerse de una legitimidad basada en la tradición y sustituirlo por una legitimidad basada en la argumentación. En cierto modo vuelven a inspirarse en ella los filósofos contemporáneos, como mi colega alemán Jürgen Habermas, que desarrollan una teoría de la comunicación -o argumentaciones contraria a la tradición, a la convención. No puede entonces extrañarnos que lleguen a proponer un modelo de ciudadanía depurado de toda sustancia, de toda convicción. Más precisamente, me refiero a la idea de Habermas de un patriotismo de la constitución (Verfassungspatriotismus) considerándola el único antidoto contra las tendencias insurgentes del nacionalismo alemán.

Me parece que la tradición o, mejor dicho, que las tradiciones, son vectores de convicción y no sólo convenciones, con dice Habermas y sus discípulos franceses. Ahora bien, no podemos convenir en la desvalorización de las convenciones, aunque más no sea para poder alimentar el debate público sobre las grandes opciones de la sociedad. Para ello hay que tener en cuenta el ámbito en que las convenciones se despliegan, que es el de la sociedad civil. Por eso se necesita construir junto a la laicidad de la abstención del estado una laicidad de la confrontación, del debate, que es la de la sociedad civil distinta del poder público. Es necesario volver a copiar la idea de una laicidad viva, que mantenga abierta la confrontación entre convicciones diferentes y, como tales, nutridas por la diver-

sidad de nuestros legados culturales. Que, en mi caso, es el legado judío-cristiano junto al de los griegos y los romanos, el legado del Iluminismo y el del socialismo del siglo XIX, al cual tenemos que agregar también el de las tradiciones islámicas y, quizá, algunos otros también. Es un modo distinto de acceder -como hace usted- a la diferencia entre contrato y poder público, pero una diferencia menos formal, menos procesal, articulada en base al peso de las convicciones que gravitan sobre ella.

Rocard: Creo en efecto, para gestionar la multiplicidad de conflictos por los que atraviesa la sociedad no podemos remitirnos simplemente a los actuales poderes jurídicos del estado, pero en compensación, el crisis de vida social, representado por el concepto de laicidad, puede permitarnos progresar.

En cuanto a mí respecta, no haré una distinción entre dos zonas como a hecho usted, sino una distinción entre tres: ante todo, la laicidad neutra, que organiza la aceptación del otro, que es la del estado; luego, aquella que usted denomina laicidad de la confrontación, que en el fondo corresponde al derecho que tiene cada uno de reafirmar convicciones en un plano de dignidad igual a los otros, en una misma sociedad; finalmente, una tercera zona, que es la de la escuela, la de la educación, que no por nada se halla en el centro de muchas de nuestras dificultades y que se constituye en una muestra extraordinaria de las pasiones francesas.

¿Por qué tomar en consideración específicamente esta tercera zona, o sea el sector de la instrucción escolar? La escuela se ubica en el cruce entre sociedad y estado, esto es, en el cruce de las otras dos laicidades. En las sociedades anglosajonas se acepta que toda comunidad que integra la sociedad en general proyecte sus propios valores, religiosos o de otro tipo, en el sistema escolar y, más en general, en la legislación civil (matrimonio, herencia, tutela de la infancia, etc.). La sociedad francesa, con una interpretación más agresiva de la laicidad, ha hecho una elección histórica diferente: confirió al sistema escolar, como tal, la vocación a producir una homogeneidad social, es decir, la aceptación general de las reglas de juego atinentes a la vida civil. Me parece que esta herencia es muy importante y deber ser mantenida porque a largo plazo es el único factor verdadero de resolución de los problemas conectados a las minorías presentes en el territorio nacional. Pero ello compromete también nuestra capacidad para conjugar las dos formas de regulación: la regulación asociativa y contractual, y la regulación jerárquica. La sociedad civil y el estado.

Ricoeur: Sin duda. Pero la escuela es también un buen ejemplo de los defectos propios de la laicidad a la francesa. Esta sufre las consecuencias de considerar que su papel es el de proyectar, en la sociedad civil, la concepción de la laicidad que hemos atribuido al estado. De allí que la enseñanza sea hoy vuela muy ascética; en la escuela no se habla de religión salvo marginalmente, a través de la lectura o de la historia... La escuela es el foco de una total neutralización de las convicciones. No tenemos que extrañarnos, entonces, de tener como resultado una sociedad sin convicciones, sino una dinámica propia, que va a pedirle todo el estado, en última instancia, que va a pedirle todo a ustedes, los políticos.

Deslegitimado, al espacio deja su lugar a la empresa

En este sentido la pérdida de credibilidad en el estado regulador (en mi opinión, muy bien analizada por Cazés, Haen y Thibaud, redactores de un informe editado recientemente: *La société française en d'ann 2000*), debe ser referida a este permanente intento de debilitamiento del dinamismo propio de la sociedad hecho desde el estado. Este estado, heredero de la revolución pero también de *l'ancien régime*, ha sido en verdad un persistente estado militar. Los autores de este informe insisten mucho en el debilitamiento del estado como representante del centralismo político local, por otra parte, coincide con el individualismo pasivo de los ciudadanos. En la tradición francesa, cuando el estado se ocupa de lo social lo hace casi siempre con el fin de manejarlo. Aun así, en la mayoría de los casos se trata de una manera de ocuparse muy voluntarista, carac-

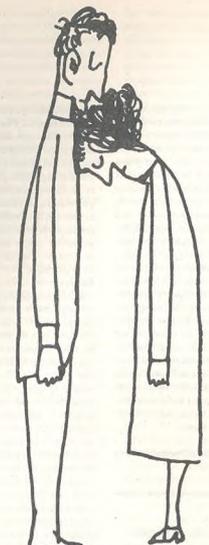
terística de la tradición del socialismo francés, que en el fondo es la de una sociedad administrada.

Es aquí donde los autores del informe destacan el papel importante asumido por una institución que ha sustituido al estado deslegitimado y que ha surgido en la esfera mercantil: la empresa, institución que pretende haber renovado el concepto de responsabilidad. Los sostenedores de la empresa, dicen: "nosotros tenemos el sentido de la iniciativa y de la responsabilidad, mientras que la primera motivación del estado respecto de nosotros es la desconfianza". ¿Cómo se ubica usted ante este conflicto en el que sólo aparecen, por una parte, discursos acerca del retorno, retorno a la república, retorno a la laicidad y, por la otra, discursos según los cuales el núcleo de la legitimidad se encontraría ahora en la empresa? Usted está, además, en el centro de este debate, se le reconoce el mérito de haber acelerado la modernización económica y revalorizando la empresa, pero, por otro lado, usted no abandona el reclamo de un lugar para la acción política.

Rocard: Antes que nada es necesario recordar que aquí tenemos una herencia histórica de mucho peso. Francia es, sin duda, el más antiguo de los estados modernos, el único en ser casi milenaria. La nación francesa es la única en Europa que ha sido creada por su estado, inclusive militarmente. En otras partes el estado es un producto, en todo caso, de la cultura y de la nación. Esto es evidente en el caso de España, de Italia y de Alemania, pero también en el de Gran Bretaña, salvo que esto sobrevino para ella dos siglos antes. En Francia, por el contrario, la construcción de la nación es el resultado de empresas militares del estado, de guerras conducidas contra Carlos el Temerario, contra los príncipes de Bretaña, contra los occitanos y los albigenses. Mucho más que los otros, el estado francés queda así marcado por una estructura jerárquica, por un modo de funcionamiento jerárquico. El énfasis del estado se apropió de todas las culturas políticas francesas, tanto de derecha como de izquierda. También del gaullismo, forma moderna del honapartismo que no tiene equivalente alguno en otros países desarrollados. A la inversa, el liberalismo es en Francia una tradición importada y sigue siendo consecuencia de una moda reciente más que de una efectiva cultura política. Cuando en 1966 publicó el pequeño volumen titulado *Decoloniser la province* se abrió una controversia animada principalmente por la revista *L'Express*. Esta publicación se puso al frente de las críticas llevadas en oposición a lo que yo proponía: descentralización, flexibilidad del estado, difusión de las responsabilidades... El título del texto que abrió la controversia, escrito por Roger Pironet, era *Le médécin est à Paris*. Ellos habían asumido, en resumen, plenamente la filosofía de "estado camillero", o sea, de un estado que sirve como prótesis a las carencias sociales. Ahora bien, esa es justamente la lógica que hoy suscita mayores sospechas, porque si la empresa tiene, en efecto, una fuerte legitimidad y con fundamentos históricos, además, porque es también gratuita a la empresa privada como la vida posible el formidable crecimiento económico que experimentamos -el Estado es, por su parte, sospechoso de incapacidad económica. Como es natural, pagamos así también el saldo de la quiebra de lo que fue la economía administrada, pero ahora la sospecha es tan grande que los altos funcionarios cuando deben afrontar un nuevo problema no dicen: ¿cómo podemos tratarlo, qué ley, qué reglamento se necesita?, sino: ¿es legítimo que el estado se ocupe de él?

Demandas a la utopía del hombre reconciliado

Por eso es necesario reconstruir los fundamentos de una legitimidad de la acción de estado, porque es ilusorio (estoy de acuerdo con usted en este punto) creer que la empresa pueda resolver por sí misma todos los problemas y que nosotros asumiéramos, pura y simplemente, al "fin de la política". Algunos cosas dependen del mercado por derecho propio, es cierto, pero otras, como la sanidad, los transportes

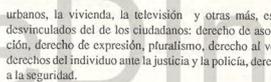


administrada, resurge la "peligrosa" utopía, para rescatar la distinción hecha por usted.

La muerte de las ideologías me parece que representa, a su vez, una de las numerosas muestras del rechazo a pensar, que impide, con demasiada frecuencia por desgracia, la actuación de la esfera intelectual. Han muerto algunas ideologías totalitarias que han demostrado su total fracaso, pero ellas han sido inmediatamente reemplazadas por una resplandeciente ideología liberal, que es absolutamente dominante y nos gobierna por todas partes. La muerte de las ideologías no existe. Existe, sí, una momentánea debilidad de las ideologías del movimiento. Porque la izquierda es, ante todo, voluntad de cambiar las cosas, de no satisfacerse con la sociedad actual.

El proyecto de una humanidad al menos pacificada

Pero la reconstrucción de un proyecto no puede hoy satisfacerse dentro de bases estrictamente nacionales: la batalla por la justicia tiene evidentemente una dimensión mundial, que no admite división entre países ricos y países pobres, oposición entre Norte y Sur. La idea de paz que usted evoca está por transformarse en un horizonte creíble ante los ojos humanos, y ésta es una novedad prodigiosa. La comunidad de las naciones está por transformarse en un efectivo instrumento de paz. Tras la última guerra mundial, el equilibrio de las superpotencias y el peligro de aniquilación nuclear impidieron que cualquier conflicto degenerase en una configuración mayor. Pero este equilibrio continuaba siendo precario sin embargo, y lo cuadraba el nombre de "equilibrio del terror". Esta ha sido sin duda una etapa necesaria, pero la voluntad de Gorbachov de pasar de una tendencia a coexistir, a la cooperación, como así también la imposición de la Unión Soviética, han cambiado radicalmente lo dado desde este punto de vista. En un primer momento, eliminando el escudo nuclear, se abre la puerta a una generalización de las guerras locales, a "subguerras", que pueden ser, como se sabe, extremadamente sangrientas. Pero al mismo tiempo las Naciones Unidas logran la paz en Namibia y facilitan con la negociación el nacimiento de una nueva nación. Cambayona seguramente será administrada por la comunidad internacional, que deberá enfrentarse en este paso, por un año diez y ocho meses, con deberes administrativos y asistenciales de los cuales no tiene ni idea y para los que le faltan, además, medios. Será necesario que de algún modo los consiga. La solidaridad de la comunidad internacional contra la violación por parte de Irak de la simpatía, o no, que se puede experimentar por este país, sino con la necesidad de que la ONU de afirmarse como actor protagónico. Es cierto que la violencia sobre el ser humano continúa siendo un dato permanente, pero esto no excluye que, en un nivel superior al estatal, la sociedad esté en ciernes de darse los medios para contener esta violencia. Me parece que el proyecto de una humanidad, sí, no reconciliada, por lo menos pacificada, es una ambición suficiente como para tenernos ocupados por lo menos durante uno o dos siglos. Tendremos ocasión de volver a hablar de estas cosas en una próxima oportunidad.



Ricoeur: Me parece que sería necesario, en efecto, apuntar en esta dirección. Pero ¿esto implicaría un discurso un poco más afirmativo con una dimensión simbólica fuerte? Diría, inclusive, ¿un discurso algo utópico? Hemos renunciado, con razón, a una cierta expresión de la utopía social, que llevaba a soñar un porvenir transparente, ilimitado, y que así llegaba a legitimar una ideología totalitaria. Pero existe otra demanda para la utopía, que es la del hombre reconciliado, el del hombre que ya no es víctima de la fragmentación, de la división, de la alineación. ¿Conservamos aún la posibilidad de actuar sin una utopía de este tipo, sin una utopía positiva? Usted ha dado algunas veces la impresión de aceptar con demasiada facilidad la muerte de las ideologías y de renunciar así a todo proyecto de sociedad. Pero ¿Algunas ideas que llevaba consigo esta utopía, por ejemplo la de un porvenir mejor, de la "paz perpetua" en el sentido kantiano o de Fichte, no deberían ser salvadas?

No basta con decir, como Jean-François Lyotard, que "los grandes relatos" de emancipación han llegado a su fin o que Fukuyama, que "la historia ha terminado". No porque éstas sean perspectivas desesperanzadoras, no busco consuelo alguno, pero ¿qué se hace con la dimensión del proyecto, sin la cual no puede darse la acción política?

Rocard: He llegado a decir, efectivamente, que no quería proyectos de sociedad, pero por razones empíricas, que son de dos clases. Ante todo: cuando en televisión se nos pregunta ¿cuál es su proyecto de sociedad? y se nos da un minuto o treinta segundos par contestar, qué podemos hacer?, se responde con un slogan o se rechaza la pregunta, lo cual he preferido hacer. No debemos olvidar, por otra parte, que no hemos terminado aún de combatar contra la sociedad administrada, y no sólo en su forma totalitaria, sino también en la forma tradicional francesa, la cual pretende que bajo la tutela benevola del estado todo sea armónico. Ahora bien, cada vez que nos lanzamos dentro de la polémica sobre el proyecto de sociedad, sin estar seguros de haber terminado de aclarar la crítica a la sociedad

Notas

- 1 Tomado de la revista *Micromega*.
- 2 Oferta Pública (o en firme) de Compra: operaciones bursátiles dirigidas a lograr el control de sociedades que cotizan en Bolsa.
- 3 Esta conversación se llevó a cabo poco antes de la llamada guerra del Golfo

Traducción: Hugo Farusi.

Los libros, en fausto
AHORA, TAMBIEN POR TELEFONO

Ya puede comprar sus libros por teléfono. Llamando al 45-8284 y 476-4919/3914, usted los recibirá en su casa. Con una ventaja más: si tiene dudas, puede pedirnos los libros que desee ver. Y decidir en el momento. Como si estuviera en la librería. El pago puede ser en efectivo. O con Argencard/Mastercard. Para nosotros es lo mismo.

Ventas: Corrientes 1316, Tel. 476-4919 • Corrientes 1243, Tel. 35-6114
Santa Fe 1715, Tel. 41-2708 • Santa Fe 1311, Tel. 41-4893 • Santa Fe 2077, Tel. 84-3253
Santa Fe 1987, Tel. 812-4219 Buenos Aires Argentina.
Rivadavia 2299 Tel.411513 Mar del Plata
Administración: Maiz 177, Tel. 808-2758/9-6446 • Fax 985-3002 • Bs. As. Arg.

El tiempo de la sociedad

Juan Carlos Portantiero

Organizado por la Universidad Nacional Autónoma de México, el Consejo Nacional de Cultura de ese país y la revista *Nexus* tuvo lugar en la Ciudad de México, entre el 10 y el 21 de febrero pasado, un Coloquio de Invierno con el tema "Los grandes cambios de nuestro tiempo: la situación internacional, América latina y México". Participaron de sus sesiones intelectuales de Europa, Asia y América ante un numeroso público presente y miles de personas más que siguieron las deliberaciones por televisión. En uno de los países, con el tema "El futuro de la democracia y el desafío de los estados nacionales", participó nuestro co-director

Juan Carlos Portantiero. Lo que publicamos es un resumen de su intervención.

La pregunta sobre los desafíos que se le plantean a la democracia y a los estados nacionales en el interior de los grandes cambios que vive nuestro tiempo sólo puede ser discutida en el marco global, planetario, de una crisis que excede en mucho los márgenes estrechos que se le quieren fijar. Quiero decir con esto, simplemente, que si la confinamos en el fracaso, en el colapso de los regímenes de "socialismo real" estaremos limitando de manera peligrosa su significado. Bienvenido el derrumbe de esas experiencias que mal atendieron y malgastaron el nombre del socialismo, pero la crisis de hoy va más allá que esas historias trágicas: es una crisis epocal, civilizatoria, mucho más parecida a la de finales del siglo pasado que a la más cercana de los años 30.

Se trata, en síntesis, que desde mediados de la década del '70 comenzamos a vivir una onda larga de reconversión productiva, de reorganización de los espacios geopolíticos y de transformación científico-tecnológica con alcances similares, aunque tal vez más profundos aun, que la gran transformación de fines del XIX, que Polanyi hiciera coincidir con la crisis del mercado autorregulador. Si una crisis se caracteriza por la pérdida de principios totalizadores (o al menos ese puede ser uno de sus rasgos definidores) y ello es espectacularmente claro para las pretensiones holísticas de los social-statismos, veremos que su alternativa actual, los liberalismos de mercado, no alcanzan a llenar ese vacío como lo han intentado mostrar desde Daniel Bell hasta el papa Wojtyła.

Hace un siglo el maestro de la desintegración y la fragmentación buscó ser paliado por un principio de unidad: el estado-nación modelando a la sociedad. Eso fue lo que propuso el socialismo (al fin de cuentas más lassalleano que marxiano), pero también la segunda fundación de la teoría sociológica -desde Durkheim hasta Parsons-, el auge de la planificación en economía y del decisionismo en política. Desde el 17, el 30, el 45, los resultados fueron los conocidos: los socialismos reales, los fascismos, los estados de bienestar, los populismos.

En ese marco, el gran conflicto de este siglo fue poder determinar desde cuáles fuerzas sociales, desde cuáles unidades estatales, desde cuáles teorías, en fin, la totalidad podía ser recuperada, la historia podía ser mundializada, las escisiones podían ser recompuetas. Y de ahí las respuestas, más o menos mitológicas a la manera de las propias preguntas: el Estado-Pueblo, el Estado-Raza, el Estado Social, el Estado clase.

Colocados como alternativa global los socialismos reales aceptaron frente al capitalismo ese desafío y, ubicadas en los bordes del Primer y del Segundo Mundo, terciaron las coaliciones nacional-populares. Hoy resulta claro que esa manera de la

bipolaridad está quebrada: es el capitalismo el que ha finalmente mundializado la economía, el que reorganiza los espacios geopolíticos y el que -en el mentís quizás más rondando a las expectativas iniciales del socialismo- quien se ha aprovechado de las transformaciones científico-tecnológicas. (Paradójicamente ha sido bajo los social-statismos donde se cumplió el apotegma de Marx sobre la contradicción irresoluble entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el freno de las relaciones de producción: la estructura estatizada de la propiedad sucumbió frente al impulso de la ciencia y de la técnica por falta de elasticidad para incorporar las innovaciones).

El modelo privatizador de mercado parece no tener rivales a la vista. Y no se trata sólo de un diseño económico o político sino y sobre todo de un proyecto moral y cultural. Vivimos una ofensiva excluyente de una forma de organización económica -la economía de mercado- y de un tipo de organización de las hegemonías políticas -la democracia representativa- pero también la primacía de un mundo de valores caracterizado por la privatización de la vida, por la explotación del espacio público. Los estados-nación resignan su papel de configuradores principales de las sociedades: es el mercado quien se transforma en un dispositivo moral asignando los valores a las personas; los partidos a la Schumpeter los que organizan la representación política y finalmente los media quienes crean una comunidad ilusoria. Parafraseando a Arendt, la nueva cultura y la nueva moral de lo privado expiera la privación, el despojo de una verdadera vida humana. El mundo de la economía, de la oikos, de la casa, desplaza al mundo de las polis, de lo público, de la argumentación, de

lo que puede ser visto oído. El resultado no es otro que el escepticismo, la desorganización, la insolidaridad; en casos extremos, la anomía colectiva. Y esto también es crisis aunque estimulado por las novedades del consumo, parezca progreso.

¿Cómo nos golpea este cuadro a nosotros, cada vez más colocados en los arrabales del mundo? Parecieran claras algunas conclusiones preliminares:

- a) que han quedado seriamente cuestionadas las estrategias basadas en el estado-nación;
- b) que las coaliciones nacional-populares que caracterizaron los modelos de desarrollo de las décadas anteriores están en disolución;
- c) que han perdido viabilidad los intentos de pensar el mundo desde el estado-nación y que éstos deben ser hoy pensados desde el mundo.

Simultáneamente, y también en correspondencia con una ola mundial, se vive lo 80 entre nosotros un proceso de revaloración de la democracia. Es decir que, bajo los efectos de políticas económicas de "shock", nos estamos transformando en sociedades pospopulistas, posnacional-desarrollistas que buscan también ser sociedades posautoritarias. La tarea es impropia porque requiere hacer compatibles la construcción de democracia, el ajuste y la reestructuración de la economía (con los costos sociales de adaptación que posee) y la reformulación de los esquemas de crecimiento introvertidos, autocentrados en los estados-nación. No sólo no es fácil combinar óptimos de participación, de eficiencia, de equidad y de autonomía, sino que puede pensarse legítimamente que un descompo que probable sea el caos y la descomposición.

Hasta hoy, por lo pronto, dicha fórmula dista de haber sido encontrada, tanto en el Sur cuanto en el Este. Si bien no se ha perdido la fe en las posibilidades de la democracia, está claro que ella puede corroerse porque existe una doble tensión indisoluble: por un lado entre ajuste y equidad y por otro entre participación y eficiencia. Si no se avanza en la resolución de esas tensiones, si se las subestima, la democracia comienza a ser ingobernable. Quienes primero aprendieron esa lección fueron los turnos iniciales de gobiernos posautoritarios en la América Latina de los primeros 80: la crisis se agravó y terminaron políticamente mal. Los segundos turnos se apresuraron a dar vuelta el guante y se sometieron a la seducción del neoliberalismo; cada uno el estado-nación decidieron que fuera el mercado el encargado de organizar a la sociedad.

La simplicidad de la respuesta es evidente y tampoco está a la altura de la crisis, pero es cierto que estamos lejos de poder elaborar alternativas superadoras. Ideológicamente estamos viviendo una travesía en el desierto, y es bueno asumirlo. Pero sabemos algunas cosas, más cerca de la crítica que de la proposición y más de la teoría que de la política. Si éste ya no es el tiempo del estado organizador de la sociedad tampoco es el mercado haciéndolo por sí mismo. Recapitulemos algunos de los rasgos de la crisis actual. El principal, a mi juicio, es la revalorización de los valores plurales de la sociedad civil, el redescubrimiento, como lo ha señalado hace poco Dahrendorf, de la sociedad abierta, activa, creadora. Esa recuperación de la sociedad fue el principal motor de la lucha actual contra los desbordamientos de la estadolatría, en la economía y en la política. A esa primacía de la sociedad sobre el estado el neoliberalismo la plantea desde lo privado. ¿No habría que pensarla desde lo público? Esta no es una receta práctica. Claro está, sino un punto de vista moral desde donde ordenar las alternativas posibles y deseables para un orden que nunca es natural sino que siempre está abierto a su producción por los hombres. Como forma de organización económica y política el socialismo estatal fracasó. Ya no existe más en el horizonte la vieja idea total de revolución ni un modelo ideal de sociedad preconstituido. Pero es posible pensar una tercera vía, moral y cultural, que nos libere de la cárcel del individuo y de la cárcel del estado. Frente a la crisis de los totalitarismos, de los estatismos, de los populismos y al temor por el liberalismo salvaje y por los fundamentalismos de diverso tipo que pueden surgir como respuesta desesperada ante su descomposición, vale la pena imaginar un nuevo horizonte ideológico y ético, cuyo tiempo es de la sociedad y cuyo nombre quizás sea el de socialismo democrático.